



# UCA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA ARGENTINA

SANTA MARIA DE LOS BUENOS AIRES

Facultad de Psicología y Psicopedagogía

**Estudio longitudinal de la relación entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo,  
la Empatía y la Prosocialidad dirigida a los extraños, los amigos y los miembros  
de la familia**

TESIS PARA OPTAR AL GRADO ACADÉMICO DE DOCTORA EN  
PSICOLOGÍA DE LA FACULTAD DE PSICOLOGÍA Y PSICOPEDAGOGÍA DE  
LA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

DOCTORANDA: Lic. Carina Daniela Hess

DIRECTORA DE TESIS: Dra. Belén Mesurado

CO-DIRECTOR DE TESIS: Dr. Lucas Marcelo Rodriguez

AÑO 2023

## Resumen

A partir del desarrollo de la Psicología Positiva, se ha sugerido la necesidad de la investigación de los aspectos positivos durante la adolescencia. Así, esta investigación tuvo como objetivo principal evaluar los cambios y la relación entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía (negativa y positiva) y la Conducta Prosocial hacia los Extraños, los Amigos y los miembros de la Familia en adolescentes. Esta es una investigación cuantitativa, descriptiva-correlacional, explicativa, causal y longitudinal. La muestra quedó conformada en un primer tiempo por 303 participantes y en el segundo tiempo por 223; los mismos eran adolescentes -estudiantes- (entre 11 y 17 años de edad). Se aplicaron los siguientes instrumentos de recolección de datos en sus versiones adaptadas a la población argentina: Escala de Resiliencia del Yo (Hess & Mesurado, 2019), Escala de Control del Yo (Hess & Mesurado, 2021), Inventario de Reactividad Interpersonal (Richaud de Minzi, 2008), Escala de Empatía Positiva (Hess & Mesurado, en prensa) y Escala de Conducta Prosocial hacia diferentes objetivos (Mesurado et al., 2019; Mesurado & Richaud, 2016). Se llevaron a cabo análisis estadísticos de descriptiva básica, univariado y multivariado de la varianza de medidas repetidas, correlación R de Pearson y modelos de ecuaciones estructurales. En cuanto a los resultados, la Preocupación Empática fue la única que mostró cambios a lo largo del tiempo y en su evolución se encontraron diferencias a favor de las mujeres. La Resiliencia del Yo se asoció de manera positiva con la mayoría de las variables y se constituyó como predictora de los tres tipos de Conducta Prosocial. La Empatía negativa y la Empatía positiva actuaron como mediadoras entre las variables. Como conclusión, por un lado, se destaca el hecho de que sea un trabajo longitudinal, debido a que son escasos los estudios que abordan de esta forma dichos constructos durante la

adolescencia en el contexto argentino; por otro lado, la perspectiva utilizada, la cual enfatiza los aspectos positivos del desarrollo humano.

**Palabras claves:** Resiliencia del Yo, Control del Yo, Empatía, Conducta Prosocial, Adolescencia

## Abstract

From the development of Positive Psychology, it suggests necessity of the investigation of the positive aspects during adolescence. Thus, this research had as its main objective to evaluate the changes and the relationship between Ego Resilience, Ego Control, Empathy (negative and positive) and Prosocial Behavior towards Strangers, Friends and Family members in adolescents. It was a quantitative, descriptive-correlational, explanatory, causal and longitudinal research. The sample was made up in the first time by 303 participants and in the second by 223; they were adolescents and students (between 11 and 17 years of age). The following data collection instruments were applied in their versions adapted to the Argentine population: Ego Resilience Scale (Hess & Mesurado, 2019), Ego UnderControl Scale (Hess & Mesurado, 2021), Interpersonal Reactivity Inventory (Richaud de Minzi, 2008), Positive Empathy Scale (Hess & Mesurado, in press) and Prosocial Behavior Scale towards different objectives (Mesurado et al., 2019; Mesurado & Richaud, 2016). Basic descriptive, univariate, and multivariate statistical analyzes of repeated measures variance, Pearson's R correlation, and structural equation modeling were performed. Regarding the results, Empathetic Concern was the only one that showed changes over time and differences were found in favor of women. Ego Resilience was positively associated with most of the variables and was established as a predictor of the three types of Prosocial Behavior. Negative Empathy and Positive Empathy acted as mediators between the variables. As a conclusion, on the one hand, the fact that it is a longitudinal study stands out, due to the fact that there are few studies that address these constructs in this way during adolescence in the Argentine context; on the other hand, the perspective used, which emphasizes the positive aspects of human development.

**Keywords:** Ego Resilience, Ego Control, Empathy, Prosocial Behavior, Adolescence

A Claudia, Daniel, Fede y Juli

A mi Tata

A mi Abuelo Freddy

## **Agradecimientos**

En las líneas siguientes, quisiera expresar mi profundo agradecimiento a las personas e instituciones que acompañaron el camino recorrido:

A mis padres y hermanos, quiénes fueron sostén, un apoyo incondicional y siempre me alentaron a continuar y no bajar los brazos ante las dificultades. De manera especial, a mi madre, que con su ejemplo de vida me enseñó qué es la resiliencia y el amor en todas sus formas.

A Aldo, mi compañero de vida, gracias por el cariño brindado, por acompañarme en cada paso y por la ayuda que me diste en todos estos años. Sin dudas, este logro también es tuyo.

A mis amistades, por su presencia durante este proceso y a lo largo de toda mi vida. De modo especial, a Fati, compañera incondicional, gracias por lo compartido.

A la Dra. Belén Mesurado y al Dr. Lucas Rodríguez, muchas gracias por el acompañamiento en este proceso, por la ayuda profesional, la calidez y contención brindada. Al Dr. Eduardo Moreno y al Dr. Santiago Resett, muchas gracias por haberme guiado y orientado en estos años.

A las Instituciones Educativas, las cuales abrieron sus puertas para que este trabajo se llevara adelante y también a los adolescentes y jóvenes que participaron, ofreciendo su tiempo y sus anhelos.

A la Universidad Católica Argentina, por ser la Casa de Estudios que me ha permitido la formación y el crecimiento personal en estos años.

Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, gracias por la beca otorgada, la cual permitió que este Doctorado sea posible.

Por último, mi gratitud a todas aquellas personas que han colaborado en mi formación académica y humana.

## Tabla de Contenidos

Resumen.....	ii
Abstract .....	iv
Agradecimientos .....	vii
Tabla de Contenidos .....	viii
Lista de Tablas .....	xii
Lista de Figuras .....	xiii
Capítulo I .....	1
Capítulo I: Introducción .....	1
1.1 Planteamiento del Problema.....	1
1.2 Objetivos .....	8
1.2.1 Objetivo general.....	8
1.2.2 Objetivos específicos .....	8
1.3 Hipótesis.....	9
Capítulo II.....	10
Capítulo II: Marco Teórico .....	10
2.1 Adolescencia .....	10
2.1.1 Conceptualización de la Adolescencia .....	10
2.1.2 Etapas de la Adolescencia .....	12
2.1.3 Adolescencia: importancia de realizar estudios en esta etapa del ciclo vital .....	13
2.2 Resiliencia del Yo .....	15
2.2.1 Conceptualización de la Resiliencia .....	15
2.2.2 Modelo de Block y Block: la Resiliencia del Yo y el Control del Yo.....	20
2.2.3 Evaluación de la Resiliencia del Yo en la adolescencia según el modelo de Block y Block .....	25
2.2.4 Resiliencia del Yo: diferencias según sexo y edad.....	27



2.3 Control del Yo .....	29
2.3.1 Conceptualización del Control del Yo.....	29
2.3.2 Relación entre Resiliencia del Yo y Control del Yo.....	32
2.3.3 Evaluación del Control del Yo en la adolescencia .....	34
2.3.4 Control del Yo: diferencias según sexo y edad .....	36
2.4 Empatía.....	37
2.4.1 Definiciones y conceptualizaciones de la Empatía.....	37
2.4.2 Teoría de Davis sobre la Empatía.....	44
2.4.3 Empatía Positiva .....	47
2.4.4 Evaluación de la Empatía en la Adolescencia .....	50
2.4.5 Empatía en la adolescencia: diferencias según edad y sexo .....	56
2.4.6 Empatía y su vinculación con la Resiliencia del Yo y el Control del Yo....	59
2.4.7 Relación entre la Empatía Negativa y la Empatía Positiva .....	61
2.5 Prosocialidad .....	63
2.5.1 Definiciones y conceptualizaciones de la Conducta Prosocial.....	63
2.5.2 Tipos de Conducta Prosocial .....	69
2.5.3 Motivaciones prosociales .....	73
2.5.4 Destinatarios de la Conducta Prosocial .....	76
2.5.5 Evaluación de la Conducta Prosocial en la Adolescencia .....	79
2.5.6 Prosocialidad en la adolescencia: diferencias según edad y sexo.....	81
2.5.7 Prosocialidad y Empatía negativa.....	85
2.5.8 Prosocialidad y Empatía Positiva .....	88
2.5.9 Prosocialidad y su relación con el Control del Yo y la Resiliencia.....	90
del Yo.....	90
Capítulo III.....	94
Capítulo III: Metodología .....	94
3.1 Diseño de la investigación.....	94
3.2 Muestra.....	95
3.2.1 Diseño muestral .....	95
3.2.2 Muestra resultante.....	96
3.2.2.1 Tiempo 1 .....	97
3.2.2.2 Tiempo 2 .....	97
3.3 Instrumentos de recolección de datos.....	98

3.3.1 Resiliencia del Yo: Escala de Resiliencia del Yo (ER89-R) -Versión argentina .....	98
3.3.2 Control del Yo: Escala de Control del Yo (UC-Ego Undercontrol Scale)- Versión argentina.....	100
3.3.3 Empatía negativa: Índice de Reactividad Interpersonal (IRI)- Versión argentina .....	102
3.3.4 Empatía positiva: Escala de Empatía Positiva (Dispositional Positive Empathy Scale)- Versión argentina .....	103
3.3.5 Conducta prosocial: Escala de Conducta Prosocial hacia diferentes objetivos- Versión argentina.....	105
3.4 Procedimientos de recolección de datos.....	106
3.5 Procedimientos de análisis de datos .....	108
Capítulo IV.....	110
Capítulo IV: Resultados .....	110
4.1 Análisis Preliminares.....	110
4.2 Análisis Descriptivo de las Variables en Estudio.....	111
4.3 Cambios en el Tiempo de las Variables de Estudio .....	113
4.2 Asociación entre las Variables de Estudio .....	115
4.3 Modelo longitudinal .....	116
Capítulo V .....	121
Capítulo V: Discusión, Conclusiones, Limitaciones y Recomendaciones .....	121
5.1 Discusión.....	121
5.1.1 Primer objetivo específico: Evaluar los cambios del Tiempo 1 al Tiempo 2 de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y los miembros de la familia controlando la edad y el sexo .....	121
5.1.2 Segundo objetivo específico: Evaluar la relación entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía (medidas en el Tiempo 1) y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia (medidas en el Tiempo 2 de estudio) .....	133
5.1.3 Tercer objetivo específico: Evaluar la influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (medidas en el Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia (medidas en el Tiempo 2) .....	138
5.2 Conclusiones .....	147
5.3 Limitaciones y Recomendaciones para Futuras Investigaciones .....	148

Referencias.....	152
Apéndice A: Instrumentos de recolección de datos aplicados.....	224
Resiliencia del Yo: Escala de Resiliencia del Yo (ER89-R)- Adaptación de Hess y Mesurado (2019).....	224
Control del Yo: Escala de Control del Yo (UC-Ego Undercontrol Scale)- Adaptación de Hess y Mesurado (2021) .....	225
Empatía negativa: Índice de Reactividad Interpersonal (IRI)- Adaptación de Richaud de Minzi (2008).....	226
Empatía positiva: Escala de Empatía Positiva (Dispositional Positive Empathy Scale)- Adaptación de Hess y Mesurado (2021).....	228
Conducta prosocial: Escala de Conducta Prosocial hacia diferentes objetivos- Adaptación de Mesurado, Guerra, De Sanctis y Rodriguez (2019)- Mesurado y Richaud (2016).....	228

## Lista de Tablas

Tabla 1 .....	54
Instrumentos de medición de la Empatía Negativa.....	54
Tabla 2 .....	97
Frecuencia y porcentajes de edades Tiempo 1 (N=303).....	97
Tabla 3 .....	98
Frecuencia y porcentajes de edades Tiempo 2 (N=223).....	98
Tabla 4 .....	112
Análisis descriptivo de la muestra para cada variable en los dos tiempos de estudio	112
Tabla 5 .....	116
Coefficientes de correlación r de Pearson entre Resiliencia del Yo, Control del Yo, Empatía del Tiempo 1 (N= 303) y Prosocialidad dirigida hacia diferentes objetivos del Tiempo 2 (N= 223) .....	116

## Lista de Figuras

Figura 1. Modelo teórico propuesto .....	109
Figura 2. Medias Preocupación Empática Tiempo 1 y Tiempo 2.....	114
Figura 3. Modelo de ecuaciones estructurales de la Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños (Tiempo 2) .....	118
Figura 4. Modelo de ecuaciones estructurales de la Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos (Tiempo 2) .....	119
Figura 5. Modelo de ecuaciones estructurales de la Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia la familia (Tiempo 2) .....	120

# Capítulo I

## Capítulo I: Introducción

### 1.1 Planteamiento del Problema

En el ámbito de la Psicología, en las últimas décadas se han estudiado los aspectos positivos de la salud y los estados vinculados al bienestar (Seligman, 2002; Taylor et al., 2000), dando lugar a un cambio de enfoque, centrado en una visión más positiva del hombre. Desde esta mirada, se destacan las experiencias subjetivas positivas, los rasgos individuales positivos y las instituciones positivas, lo cual permite una mejora en la calidad de vida y la prevención de las patologías (Seligman & Csikszentmihalyi, 2000). Por lo tanto, en el marco de la Psicología Positiva, la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía y la Prosocialidad, son considerados como aspectos positivos del desarrollo de la persona.

Entre las etapas del ciclo vital, la adolescencia es la población elegida para este estudio. Dicho período transcurre entre los 10 y los 19 años de vida aproximadamente (OMS, 2020). Durante la misma, ocurren cambios en diversas esferas: biológica, psicológica, cognitiva y social, los cuales adquieren una relevancia particular y son significativos (Shaffer et al., 2019; Steinberg, 2008). Así, en cada momento de la vida, los seres humanos experimentan cambios y retos importantes; no obstante, la adolescencia representa una etapa con grandes cambios que ocurren de manera vertiginosa (Palacios, 2019). Todo esto conlleva a un proceso de ajuste constante y de permanente adaptación, por lo cual se vuelve primordial estudiar a los adolescentes a lo largo del tiempo y específicamente, abordar aspectos de la personalidad y del

comportamiento que permitan comprenderlos. En consonancia con esto, la Organización Panamericana de la Salud (2018) en sus últimos años, ha sugerido que se investigue la salud mental en la adolescencia, considerando no sólo sus factores de riesgo sino aquellos que pueden contribuir a un desarrollo positivo (García Álvarez, Hernández Lalinde, Espinosa Castro & José Soler, 2020).

De este modo, un aspecto de la personalidad que se considera como positivo en el desarrollo adolescente es la Resiliencia del Yo. La misma puede ser entendida como aquella capacidad que permite la flexibilidad en los procesos regulatorios, en términos de adaptación a las situaciones. Esta cualidad implica que el comportamiento pueda cambiar o regularse según sea necesario (Syed, Eriksson, Frisé, Hwang & Lamb, 2020). Dicha variable es uno de los componentes que integra el sistema de personalidad propuesto por Block y Block (1980, 2006a). Según los autores, la Resiliencia del Yo refleja la dinámica del individuo y el estilo de afrontamiento característico frente a situaciones adversas. Asimismo, afirman que regula el Control del Yo en una persona (Block & Block, 1980).

En cuanto a los hallazgos existentes, diversas investigaciones longitudinales comprobaron que los niños resilientes pueden expresar sus emociones de manera apropiada, resultando más empáticos y competentes socialmente en comparación con otros pares con menor nivel de Resiliencia del Yo (Block & Block, 1980; Taylor, Eisenberg, Eggum, Sulik & Spinrad, 2013). De igual forma, otros trabajos longitudinales mostraron que esta variable se asoció con la prosocialidad evaluada de modo general (Alessandri et al., 2014). Por lo tanto, resultaría de gran interés estudiar si la Resiliencia del Yo está vinculada del mismo modo a la prosocialidad dirigida a diferentes destinatarios de la ayuda, como, por ejemplo, la familia, los amigos y los

extraños; o bien, si está asociada con mayor fuerza a algún tipo específico de contexto relacional.

Por otra parte, la teoría de Block y Block (1980) define otro aspecto de la personalidad, el cual denominan Control del Yo. Esta variable es entendida como aquel aspecto que permite controlar los impulsos, la anticipación de los comportamientos y sus consecuencias, lo que implica la capacidad de actuar con moderación cuando sea necesario (Block, 1983; Block & Block, 2006b). Asimismo, los estudios de Masten, Burt y Coatsworth (2006) sugieren que este constructo se asocia con la modulación de los impulsos, por lo que hace referencia tanto a la inhibición como a la expresión de los mismos.

Este control se presenta como un continuo, donde en un extremo, se encuentra el bajo control del yo y en el extremo opuesto, el hipercontrol del yo (Huey & Weisz, 1997). Así, los niveles adaptativos de Control del Yo implican el equilibrio entre estar subcontrolado y sobrecontrolado. Las personas que tienen bajo control pueden describirse como espontáneas, emocionalmente expresivas y centradas en la satisfacción inmediata de los deseos; mientras que, el hipercontrol está asociado con la inhibición y con la mínima expresión de los impulsos y las emociones (Huey & Weisz, 1997).

Respecto a los estudios previos, los resultados sugieren que los niños con un bajo control del yo tienden a presentar patrones de conductas delictivas, déficit en postergar las gratificaciones y suelen estar implicados en el uso de drogas en la adolescencia. En el caso del hipercontrol del yo, el mismo ha mostrado estar asociado a los síntomas depresivos en la adolescencia (White et al., 1994). De este modo, es posible hipotetizar que un Control del Yo equilibrado se relacionaría con



comportamientos más funcionales, tales como las conductas de ayuda y tal vez jugaría un rol diferencial cuando se las estudie en un contexto relacional particular, como por ejemplo dirigidas hacia diferentes receptores.

Continuando con este desarrollo, es factible mencionar a la Empatía, la cual se vincula con los aspectos de la personalidad mencionados previamente y también con la Prosocialidad. Esta variable puede definirse de distintas maneras. Una de ellas la entiende como una reacción producida en congruencia con el estado emocional del otro (Eisenberg, Carlo, Murphy & Van Court, 1995; Eisenberg, Zhou & Koller, 2001; Holmgren, Eisenberg & Fabes, 1998). Otra conceptualización es la propuesta por Davis (1980, 1983, 1996), en la cual este constructo está compuesto por distintas dimensiones: una cognitiva (por ejemplo, toma de perspectiva) y otra afectiva (por ejemplo, preocupación empática). La toma de perspectiva se refiere a la capacidad cognitiva de ponerse en el lugar del otro; en cambio, la preocupación empática es la capacidad emocional de sentir con el otro (Davis, 1980).

En cuanto a las diversas definiciones que se han realizado sobre empatía, las mismas no limitan dicha experiencia a las emociones negativas, dado que hacen referencia a estados afectivos o experiencias emocionales en general, abarcando desde la valencia negativa hasta la positiva (Preston & de Waal, 2002; Strayer, 1980; Telle & Pfister, 2015). Sin embargo, tradicionalmente, los trabajos existentes se han centrado en las respuestas empáticas a las emociones negativas de los demás, como también en el dolor empático (Andreychik, 2017; Ganegoda & Bordia, 2019), la preocupación empática o la empatía por el sufrimiento y la tristeza de los demás (Andreychik & Migliaccio, 2015; Eisenberg, 2000b; Tangney, Stuewig & Mashek, 2007), en vez de considerar la reacción de las personas frente a las emociones positivas (Sallquist et.al.,

2009). Teniendo en cuenta estos hechos, es que en este estudio se ha decidido considerar también el abordaje de la Empatía Positiva.

De esta manera, la empatía por las experiencias positivas, implica una expresión de felicidad o alegría, la cual es resultado de haber comprendido la condición emocional positiva de otra persona y de compartir la misma (Morelli, Lieberman & Zaki, 2015; Sallquist et.al., 2009; Yue, Wei, Huang & Jiang, 2016; Yue, Zhao & Fu, 2021). Esta variable también se ha asociado con la prosocialidad; así, diversos estudios hallaron que es posible que aquellas personas que se preocupan empáticamente por los demás, tienden a ayudar en situaciones de necesidad y al hacerlo, experimentan empatía positiva. Por lo tanto, los comentarios favorables de los receptores de la ayuda, generan alegría empática y motivan las conductas prosociales (Batson et al., 1991; Smith, Keating & Stotland, 1989).

Teniendo en cuenta lo expresado previamente, es posible observar la relación entre la Conducta Prosocial y los beneficios que genera para la salud, a nivel individual y colectivo a lo largo de todas las etapas del desarrollo humano (Arias Gallegos, 2015). Específicamente, este constructo cobra relevancia en la adolescencia por la multiplicidad y rapidez de los cambios que se presentan, ya que existe evidencia empírica de que los comportamientos prosociales aumentan a medida que los niños crecen (Carlo, Fabes, Laible & Kupanoff, 1999; Fabes, Carlo, Kupanoff & Laible, 1999).

La Prosocialidad se define en pocas palabras como cualquier acción que beneficia a otro (Dovidio, Piliavin, Schroeder & Penner, 2006; Schroeder & Graziano, 2015). No obstante, existen múltiples maneras de conceptualizarla, las cuales se asocian con la perspectiva que se adopte. Respecto a las investigaciones previas, la mayoría de

las mismas estudian dicha conducta en general. Sin embargo, los hallazgos existentes han demostrado que las personas realizan distinciones entre los potenciales receptores de la ayuda (Carlo & Padilla-Walker, 2020; de Guzman, Carlo & Edwards, 2008; Eisenberg, 1983; Mesurado, Richaud & Rodriguez, 2018). En el caso de los adolescentes, los mismos ayudan a sus compañeros con más frecuencia que a otras personas, asimismo, también se comportan de manera prosocial con bastante frecuencia con los miembros de la familia (Lewis, 2014) y de modo menos frecuente con los extraños (van de Groep, Zanolie & Crone, 2020). En otros trabajos, los autores hallaron que los comportamientos afectivos prosociales pueden ocurrir asiduamente hacia los familiares (Kumru & Yagmurlu, 2014; Lewis, 2014; Streit, Carlo & Killoren, 2020), mientras que el voluntariado y el servicio comunitario ocurren con mayor frecuencia hacia los extraños (Reinders & Youniss, 2006).

Por otra parte, algunos autores sugieren que, ciertas personas son más proclives que otras a tener en cuenta las necesidades y el bienestar de los demás; es por ello que el estudio sistemático de las diferencias personales es crucial para identificar aspectos de la personalidad (como por ejemplo la Resiliencia del Yo y el Control del Yo) que promueven la conducta prosocial y podrían llevar a los niños y adolescentes a desarrollar tendencias y habilidades prosociales (Caprara, Alessandri & Eisenberg, 2012). Asimismo, diferentes hallazgos tanto transversales como longitudinales, han mostrado que la empatía es una de las variables predictoras más importantes de la conducta prosocial en general (Carlo, Mestre, Samper, Tur & Armenta, 2010; Richaud de Minzi, 2006) y de la conducta prosocial dirigida a diferentes receptores, como pueden ser los miembros de la familia, los amigos y los extraños (Padilla-Walker & Christensen, 2011). Consecuentemente, es necesario profundizar en el abordaje de

dichas diferencias en los adolescentes argentinos.

En relación con lo anterior, la literatura existente ha mostrado que las diferencias según sexo se encuentran tanto en la prosocialidad como en la capacidad empática (Mestre, Samper, Frías & Tur, 2009). Los estudios dieron cuenta de que las mujeres presentan mayores niveles de prosocialidad y de empatía que los varones (Brotfeld & Berger, 2020; Gómez Tabares & Narvaez Marin, 2020; Gonzales, 2020; Mestre et al., 2009). De manera particular, trabajos previos encontraron que las mujeres suelen ser más prosociales con todos los miembros del grupo familiar, especialmente con la madre y los abuelos (Kumru, 2014). Sin embargo, investigaciones recientes hallaron que los hombres y las mujeres son similares en la prosocialidad, pero que difieren en comportamientos específicos, como, por ejemplo, el altruismo (Xiao, Hashi, Korous & Eisenberg, 2019). Por lo tanto, a partir de las diferencias encontradas en los hallazgos previos, se decidió controlar el posible efecto del sexo en las variables estudiadas.

En síntesis, a pesar de que existen investigaciones previas que han estudiado la relación de la Resiliencia del Yo con la Prosocialidad, estos trabajos fueron realizados en la adolescencia tardía y no en la adolescencia temprana y media como se plantea en este estudio. También, los estudios anteriores analizaron su influencia sobre la conducta prosocial en general sin distinguir los destinatarios de la conducta de ayuda (Alessandri et al., 2014). De aquí que la originalidad de la presente tesis radica en dos aspectos: por un lado, en realizar un estudio longitudinal durante la adolescencia inicial y media, el cual permita analizar no sólo la influencia de la Resiliencia del Yo sino también del Control del Yo sobre la Empatía (tanto negativa como positiva) y sobre la Prosocialidad hacia diferentes objetivos. Esto se encuentra en consonancia con trabajos llevados a cabo en esta etapa vital, los cuales destacan la importancia del diseño longitudinal, dado

que permite la evaluación de la misma muestra de personas en dos momentos con una periodicidad de un año y los cambios encontrados en los aspectos psicológicos que se evaluaron se pueden interpretar teniendo en cuenta la edad y los cambios evolutivos propios de la adolescencia. Esto también posibilita el abordaje de las relaciones causales entre las variables y, asimismo, el control de las diferencias que podrían deberse si se estudiaran muestras distintas como en el caso de un diseño transversal (Mestre, Samper, Tur, Cortés & Nácher, 2006).

Por otro lado, la importancia y originalidad de tener en cuenta dichos constructos psicológicos radica en considerar una mirada positiva del desarrollo humano.

## **1.2 Objetivos**

### **1.2.1 Objetivo general**

Evaluar los cambios y la relación entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía y la Conducta Prosocial hacia diferentes objetivos en adolescentes.

### **1.2.2 Objetivos específicos**

- 1) Evaluar los cambios del Tiempo 1 al Tiempo 2 de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia controlando la edad y el sexo.
- 2) Evaluar la relación entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía (medidas en el Tiempo 1) y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia (medidas en el Tiempo 2 de estudio).
- 3) Evaluar la influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (medidas en el Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia (medidas en el Tiempo 2).

### 1.3 Hipótesis

*Hipótesis 1:* Dado que la adolescencia es una etapa del desarrollo que se caracteriza por múltiples cambios en distintos aspectos se hipotetiza que los niveles de Resiliencia del Yo (Apertura a la Experiencia de Vida y Regulación Óptima), de Control del Yo (Impulsividad Cognitiva e Impulsividad Comportamental), de Empatía (tanto negativa como positiva) y de Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia se modificarán a través del tiempo aun cuando se controle la edad y el sexo.

*Hipótesis 2:* A mayor nivel de Resiliencia del Yo y de Empatía (negativa y positiva) (Tiempo 1), mayor nivel de Prosocialidad hacia los diferentes objetivos (Tiempo 2). A mayor nivel de Control del Yo (Impulsividad Cognitiva e Impulsividad Comportamental) (Tiempo 1), menor nivel de Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia en los adolescentes (Tiempo 2).

*Hipótesis 3:* Debido a la existencia de estudios longitudinales previos que demostraron la influencia de la Resiliencia del Yo sobre la Conducta Prosocial global (Alessandri et al., 2014) y la predicción de la Empatía sobre la Conducta Prosocial hacia diferentes objetivos (Padilla-Walker & Christensen, 2011), se hipotetiza que la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) actuarán como variables predictoras de la Conducta Prosocial dirigida hacia los extraños, los amigos y la familia (Tiempo 2). La Empatía (Tiempo 1) tendrá un papel mediador en dicha predicción en los adolescentes.

## Capítulo II

### Capítulo II: Marco Teórico

En este apartado se presenta una caracterización de la adolescencia, dado que este estudio se focalizará en este grupo etario, para luego presentar una revisión bibliográfica de cada una de las variables implicadas en esta tesis: Resiliencia del Yo, Control del Yo, Empatía y Conducta Prosocial. Se hará referencia a la teoría existente y a la información empírica vinculada a estas variables para caracterizar sus diferencias en función de la edad y el sexo. De este modo, se incluyen las definiciones de los conceptos centrales del presente trabajo, su contexto y relaciones entre los mismos.

#### 2.1 Adolescencia

##### 2.1.1 Conceptualización de la Adolescencia

Esta etapa del ciclo vital ha sido elegida como población de estudio del presente trabajo de investigación. La misma puede ser entendida como una etapa de la vida ubicada entre la niñez y la adultez.

Respecto a las edades de inicio y de finalización de la misma, esto depende de la cultura, de la herencia y del sexo. Así, si bien es difícil establecer límites cronológicos para este período, puede tomarse como criterio válido lo propuesto por la Organización Mundial de la Salud (2020), la cual considera que la adolescencia es la etapa que transcurre entre los 10 y 19 años, teniendo en cuenta dos fases: adolescencia temprana (10 a 14 años) y adolescencia tardía (15 a 19 años). Otros autores la ubican entre la pubertad (a los 12 o 13 años aproximadamente) y los 18 años (hasta obtener legalmente la independencia de la edad adulta) (Arnett, 2008; Shaffer et al., 2019).

No obstante, dichas franjas etarias son meramente indicativas, ya que el

comienzo está marcado por un hecho biológico pero su culminación se relaciona con los criterios que cada sociedad determina sobre qué es ser un adulto (Facio, Resett, Micocci & Mistrorigo, 2006).

Es menester tener en cuenta que no existe un esquema de desarrollo perfecto que pueda caracterizar de forma adecuada a cada adolescente, dado que no forman un grupo homogéneo (Güemes-Hidalgo, Ceñal González-Fierro & Hidalgo Vicario, 2017). Así, existe una gran variabilidad en cuanto al desarrollo biológico, psicosocial y cada adolescente da una respuesta frente a las diversas situaciones vitales de un modo único y personal, influenciado por los factores de riesgo y protección (como, por ejemplo, la resiliencia) que se hallan presentes en su vida.

Si bien a lo largo del transcurrir del ser humano, ocurren cambios en diferentes aspectos, los mismos adquieren una relevancia particular y son significativos en la adolescencia. Estos se presentan en diversas esferas: biológica (pubertad propiamente dicha), psicológica, cognitiva y social. A diferencia de otras edades, el joven cuenta con una capacidad intelectual que le facilita ser consciente de estas transformaciones (Steinberg, 2008). En cuanto a las metas por alcanzar, una de ellas refiere a la consolidación de la identidad.

La adolescencia no es un proceso sincrónico, continuo y uniforme, dado que los cambios previamente mencionados, pueden no llevar el mismo ritmo madurativo en cada persona, dando lugar a la aparición de retrocesos o estancamientos, principalmente cuando ocurren momentos de estrés (Güemes-Hidalgo et al., 2017).



### **2.1.2 Etapas de la Adolescencia**

La mayoría de los autores suelen distinguir tres fases: adolescencia inicial o baja (desde los 11 hasta los 13 años aproximadamente); adolescencia media o propiamente dicha (entre los 13 y los 16 años) y adolescencia final o alta adolescencia (entre los 16 y los 18 años) (Griffa & Moreno, 2005).

Durante la primera etapa se produce una serie de cambios bruscos a nivel corporal, dando lugar al fenómeno de la pubertad. Estas transformaciones demandan una reorganización profunda de la personalidad; el humor y el comportamiento son inestables. De este modo, la atención y la energía del adolescente son absorbidas por el logro de la identidad y la reestructuración del esquema corporal. En cuanto a las relaciones interpersonales, el otro sexo es vivido como peligroso, desconocido en su modo de ser y actuar. Por lo tanto, los sujetos se vinculan en mayor medida con personas del mismo sexo, conformando grupos de pares unisexuales. Respecto a la familia, comienza paulatinamente a desprenderse de la misma, existiendo un menor interés en las actividades paternas y un mayor recelo al momento de aceptar sus críticas y consejos (Güemes-Hidalgo et al., 2017).

En la adolescencia media, se presenta el apogeo de la construcción de la identidad, tanto sexual como a nivel personal. En el ámbito extrafamiliar, se produce una adhesión firme al grupo de pares, mostrando conformidad a sus normas y costumbres. Por otra parte, predomina la orientación al sexo opuesto y se conforman grupos heterosexuales de amigos. Los sujetos realizan diversas actividades tendientes a acercarse al otro. En lo que concierne a la familia, se distancia afectivamente de ella, lo cual lleva a que intente lograr la independencia de sus padres. Así, son frecuentes en esta etapa los comportamientos de rebeldía frente a los mismos y a la autoridad,

aumentando los conflictos con los padres (Güemes-Hidalgo et al., 2017).

En lo que refiere a la última fase, los logros más importantes se relacionan con la consolidación de la identidad y la capacidad de establecer vínculos de intimidad. De este modo, se recupera la calma, el equilibrio y prevalecen los sentimientos de seguridad y afirmación positiva de sí mismo. La persona conoce sus posibilidades y limitaciones y comienza a ser consciente de las responsabilidades respecto a su futuro. Así, la elección de una carrera, una profesión u ocupación es uno de los problemas más importantes que debe afrontar. Los adolescentes se integran nuevamente a la familia y son capaces de valorar y aceptar los consejos de los padres (Güemes-Hidalgo et al., 2017). En síntesis, los aspectos más relevantes de esta etapa son los siguientes: el establecimiento de vínculos más íntimos con los pares, una modificación de la relación con los padres (la cual madura progresivamente) y el comienzo de los vínculos con el sexo opuesto (Griffa & Moreno, 2005).

### **2.1.3 Adolescencia: importancia de realizar estudios en esta etapa del ciclo vital**

La adolescencia es una etapa del ciclo vital que presenta diversos cambios, a nivel físico, social y emocional, requiriendo un proceso de adaptación y de ajuste constante, de allí la importancia de estudiar aspectos de la personalidad que permitan comprender la misma.

De este modo, uno de los constructos vinculado con el desarrollo positivo de la personalidad es la Resiliencia del Yo. En referencia a esta variable, estudios previos han comprobado que las personas que presentan características resilientes o de vulnerabilidad durante la niñez, no necesariamente mantienen las mismas en la

adolescencia. Esto probablemente pueda deberse al pasaje de los sujetos por la pubertad y al reordenamiento de la personalidad que se produce en la adolescencia (Block & Block, 2006b; Taylor, Doane & Eisenberg, 2013).

Por otro lado, existe otro aspecto de la personalidad que se ha asociado con la Resiliencia del Yo, el cual se denomina Control del Yo. Esta vinculación se encuentra presente tanto en la niñez como en etapas posteriores del ciclo vital. A pesar de las correlaciones encontradas, las mismas se han visto modificadas en la adolescencia, especialmente en el caso de las mujeres, ya que la resiliencia se vincula con el control excesivo (Block & Block, 2006b; Letzring, Block & Funder, 2005). Así, estos hallazgos anteriores demostraron que en estas variables se presentan cambios al pasar de la niñez a la adolescencia.

Asimismo, la adolescencia no es solamente una época de cambios en aspecto relacionados con la personalidad, sino que también hay un cambio de comportamientos. En este sentido, gran parte de la literatura existente (Mestre, Tur, Samper & Latorre, 2010; Padilla-Walker, 2007; Zapert, Snow & Tebes, 2002) se ha enfocado en las conductas de riesgo y antisociales (como el consumo de sustancias y la delincuencia). Sin embargo, en esta etapa de la vida también se producen otras modificaciones, como el aumento de los comportamientos prosociales (Eisenberg & Morris, 2004). En consonancia con esto, a pesar de que gran parte de los estudios se han centrado en estudiar estas acciones de ayuda hacia los extraños o los amigos, en los últimos años existe un mayor interés en estudiar la conducta prosocial en el contexto familiar o en el hogar (Eberly & Montemayor, 1998; Padilla-Walker, Carlo, Christensen & Yorgason, 2012; Padilla-Walker & Christensen, 2011). De este modo, los comportamientos prosociales dirigidos hacia los miembros de la familia son fundamentales para ser

estudiados en la adolescencia, ya que durante este tiempo uno de los aspectos que se destaca se asocia con la renegociación entre padres e hijos, el cambio de expectativas y la redefinición del rol del joven respecto a las responsabilidades y tareas (Padilla-Walker et al., 2012; Steinberg & Silk, 2002).

Por otra parte, investigaciones previas han demostrado que la Empatía es un concepto vinculado a la Prosocialidad, dado que predice este tipo de comportamiento (Mestre, Samper & Frías, 2004). Así, la Empatía aumenta con el paso de los años, fundamentalmente en el caso de las mujeres (Calvo, González & Martorell, 2001; Cohen & Strayer, 1996; Feingold, 1994; Roberts, Strayer & Denham, 2014). Al llegar a la adolescencia, esta variable se integra dentro de la dimensión prosocial dado que logra su modo más maduro de desarrollo (Ventura Varas, 2020). En consonancia con esto, durante las conductas prosociales la persona necesita experimentar una participación afectiva con el sujeto a quién ayudó, la cual es cedida por la actitud empática. De igual modo, requiere la posesión de una conciencia plena de las consecuencias y propósitos de sus actos propios (Paciello, Vechio & Pepe, 2005).

En conclusión, se destaca la necesidad de estudiar aspectos relacionados con la etapa evolutiva de la adolescencia y especialmente, las variables propuestas en este trabajo.

## **2.2 Resiliencia del Yo**

### **2.2.1 Conceptualización de la Resiliencia**

Para comprender el concepto específico de Resiliencia del Yo, es necesario conocer y entender la noción de resiliencia. De este modo, dicha noción en el ámbito de la psicología ha sido objeto de controversias, críticas y debates (Fletcher & Sarkar,

2013; Kaplan, 2002; Tarter & Vanyukov, 2002; Windle, 2002). Si bien este constructo ha evolucionado desde su conceptualización inicial, aún se encuentra en pleno desarrollo (Carmona Gallegos, 2019; Infante & Lamond, 2006). La resiliencia comenzó a estudiarse aproximadamente en la década de los '70. Durante esa época, un grupo de investigadores que pertenecían a la Psicología del Desarrollo, identificaron a niños que lograban tener éxito en la vida a pesar de haber sido expuestos a situaciones traumáticas y de riesgo (Carmona Gallegos, 2019; Masten, 2001). Esta idea se asocia a la presencia de ciertos procesos atípicos en los que la adaptación positiva se manifiesta en circunstancias que generalmente suelen conducir al desajuste (Carmona Gallegos, 2019; Luthar, 2006; Masten, 2014).

Con la intención de explicar el fenómeno observado en los niños, los investigadores decidieron utilizar el nombre de resiliencia, tomando prestado este concepto de la ingeniería, el cual se aplica para hacer referencia a la propiedad de los materiales de recobrar la forma original luego de haber estado sometidos a presiones severas deformadoras (Kotliarenko, Caceres & Fontecilla, 1997). En este sentido, aquellas personas que presenten estas cualidades, es decir, que se adapten a los cambios, sean resistentes a la destrucción, que tengan estas habilidades y capacidades (las cuales se despliegan frente a las situaciones estresantes) podrían ser consideradas como resilientes.

Actualmente existen diversos modelos que explican y definen lo que se entiende por resiliencia. De esta manera, se mencionarán algunas conceptualizaciones:

- La resiliencia representa un factor de protección para la salud y contra el estrés, contribuye al bienestar y a una adecuada calidad de vida, permitiendo el desarrollo psicológico y el crecimiento (Farkas & Orosz, 2015; Richardson, 2002; Windle, Bennett

& Noyes, 2011). Por lo tanto, una manera de entender la misma puede ser considerarla como un fenómeno, que se asocia con el desarrollo exitoso de una persona en momentos de adversidad.

- Desde la perspectiva de Masten (2001), este constructo se refiere a un rasgo relativamente global de la personalidad, que facilita a los sujetos lograr una adaptación en la vida más saludable.

- Garmezy (1991) considera que la resiliencia es una capacidad para sostener una conducta adaptativa y recuperarse después de un evento estresante.

- Por otra parte, Luthar, Cicchetti y Becker (2000) entienden a este constructo como un proceso dinámico, que implica una positiva adaptación a pesar de situaciones adversas significativas.

- Masten, Powell y Luthar (2003) indican que la resiliencia se asocia con un patrón general de adaptación positiva y no la valoran como un rasgo del sujeto. De esta forma, al referirse a una persona, sería necesario hablar en términos tales como “tiene un patrón resiliente” o “muestra las características de la resiliencia” (Becoña Iglesias, 2006).

- Grotberg (2006) sostiene que las personas pueden volverse resilientes, si se promueve este aspecto, a nivel individual, familiar y comunitario. Para lograr esto, es necesario identificar la adversidad en primer lugar para posteriormente promover los factores o características resilientes (Grotberg, 1995).

- Con posterioridad, se conceptualizó a la resiliencia como un agregado de recursos, como, por ejemplo, fuerza del yo, ingeniosidad e intimidad y también como un continuo (Polk, 1997). Por consiguiente, hay diversos investigadores que entienden a la misma como un conjunto de factores de protección, que posee recursos personales

y sociales. De este modo, la resiliencia estaría conformada por factores individuales, familiares y sociales (Becoña Iglesias, 2006).

Para investigar empíricamente esta temática, se han utilizado diversas propuestas metodológicas. En relación a las mismas, es posible articular las corrientes de pensamiento que se detectaron en el estudio de la resiliencia. Según Suárez Ojeda (2004), existen las siguientes corrientes:

a) La mirada de los autores norteamericanos, que se centra en lo individual y es fundamentalmente pragmática (Cichetti, 1993; Garmezy, 1991; Masten, 2001). Este grupo de autores consideran a la resiliencia como una capacidad universal, la cual posibilita que una persona o un grupo superen o minimicen los efectos de la adversidad. De igual modo, promueve un crecimiento que vaya más allá del nivel actual de funcionamiento (Grotberg, 2006). Esta forma de comprender a la resiliencia hace referencia al proceso de afrontamiento que fortalece a la persona para que se mantenga intacta (Cardozo, 2010).

b) El pensamiento de los autores europeos, la cual es mayormente psicoanalítica. Se concibe a la resiliencia como una construcción psíquica que se elabora durante el transcurso de la existencia. De este modo, se debe tener en consideración la relación entre el sujeto con el entorno social y familiar (Manciaux, Vaniestendael, Lecomte & Cyrulnik, 2003). En esta línea se asocia la resiliencia con el concepto de crecimiento postraumático, dado que esta capacidad permite salir indemne de una experiencia adversa, aprendiendo de ella (Cardozo, 2010).

c) Los aportes sustentados por los autores latinoamericanos, con un enfoque centrado en lo comunitario y en lo social como una respuesta a las problemáticas

provenientes del contexto socio-cultural (Kotliarenco & Castro Ríos, 2003; Suárez Ojeda & Autler, 2006). A partir de los desastres que afectan a cada comunidad, que genera diversas pérdidas, esto suele generar la movilización de las capacidades solidarias para reparar los daños (Cardozo, 2010).

A partir de lo expresado, es factible observar las diferencias halladas en cada una de las corrientes de pensamiento en el modo de abordar el constructo “resiliencia”. En consonancia, autores como Luthar et al. (2000) sostienen que las discrepancias existentes en la conceptualización de este término se relacionan con la mirada sobre la resiliencia, ya sea considerándola como un rasgo de personalidad o como un proceso dinámico. Dichos investigadores han observado que ambos aspectos son usados de manera indistinta. No obstante, plantean que es necesario determinar ciertas diferencias entre ambos conceptos. De este modo, el término resiliencia debería utilizarse para referirse a un proceso dinámico; mientras que el término ego-resiliencia incluye las características personales de un sujeto, siendo un rasgo de personalidad. La ego-resiliencia o resiliencia del yo al ser un atributo de la persona, permite que pueda adaptarse positivamente con las circunstancias que la rodean, tomando como base sus recursos internos de manera energética y flexible. Este constructo es visto como algo inherente a los seres humanos y que no necesita de la adversidad; por el contrario, el enfoque de la resiliencia afirma que sí es necesaria la misma (Cardozo, 2010; Carmona Gallegos, 2019). Por lo tanto, la naturaleza específica de la resiliencia del yo podría ser uno de los motivos por los cuales no se lo utiliza tanto o incluso se lo olvida en el ámbito de la investigación actual (Farkas & Orosz, 2015). Sin embargo, el estudio empírico de la resiliencia como rasgo presenta una larga historia, que comienza con la concepción inicial de Block (1961) y ha sido confirmada y demostrada en varios trabajos



longitudinales (por ejemplo, Block, Block & Keyes, 1988; Block & Kremen, 1996; Klohnen, Vandewater & Young, 1996).

A continuación, se describirá el modelo de personalidad propuesto por Block y Block (1980), el cual constituye una de las primeras investigaciones empíricas sobre esta temática (Karairmak & Figley, 2017).

### **2.2.2 Modelo de Block y Block: la Resiliencia del Yo y el Control del Yo**

En la historia de la psicología de la personalidad, los teóricos se han interesado por estudiar los rasgos y factores de la personalidad. Un ejemplo de ello es la Teoría de los Cinco Grandes de McCrae y Costa (1987). Así, algunos investigadores tomaron como base los trabajos de estos autores y ampliaron las concepciones sobre la personalidad y específicamente sobre el yo (Syed et al., 2020). Por consiguiente, Block y Block (1980) elaboraron aún más el concepto del yo considerándolo en dos componentes dinámicamente relacionados y mensurables: la Resiliencia del Yo y el Control del Yo (Murzyn, 2020).

El Yo es un concepto abstracto que elaboró Sigmund Freud y con posterioridad fue estudiado por los seguidores de su escuela (Murzyn, 2020). La función principal de este constructo es controlar la ansiedad que puede surgir cuando las situaciones vitales hacen que los impulsos internos o lo que sucede en el mundo externo sobrepasa la capacidad de cada sujeto para lidiar con ellos. El control del yo y la resiliencia del yo son cualidades de esta estructura que permiten regular la tensión entre la satisfacción de los impulsos internos y la satisfacción de las demandas del contexto (Block & Haan, 1971; Murzyn, 2020).

No obstante, a diferencia de los demás seguidores de la teoría psicoanalítica, los autores se propusieron demostrar de forma empírica los constructos mencionados previamente. Para lograr este fin, utilizaron la teoría lewiniana (Block, 1987), a través de la reinterpretación de las nociones propuestas por Lewin, las cuales las convirtieron en aspectos medibles de la personalidad (Block & Block 1980, 2006b). Esta es una de las contribuciones más significativas de los autores y fue llevada adelante a través de la comparación entre las diferencias individuales en los aspectos de permeabilidad y elasticidad, es decir, en términos de control del yo y resiliencia del yo. Dichos procesos se convertirían en el núcleo de la personalidad.

De este modo, algunos de los conceptos más importantes en el trabajo de Lewin (1936, 1951) son la permeabilidad y la elasticidad, las cuales constituyen dos características del funcionamiento del yo. En el caso de la permeabilidad, se refiere a la capacidad para contener o no tensiones, fuerzas y motivaciones, por lo cual es responsable de controlar el cambio de información o comunicación entre los subsistemas. De este modo, las posibilidades deductivas del modelo Lewiniano podrían convertirse en un aspecto central del funcionamiento del yo. Este aspecto se incorporó a la teoría de Block (2002) como Control del Yo, denominándose de esa forma (Carmona Gallegos, 2019; Farkas & Orosz, 2015). Dicho constructo será definido y caracterizado en los próximos apartados.

Respecto a la elasticidad, la misma permite al sistema psicológico cambiar entre diferentes grados de permeabilidad-impermeabilidad, dependiendo de las tensiones psicológicas que puedan incidir. Asimismo, puede volver a su modalidad original cuando sea necesario (Block, 1987; Murzyn, 2020). Esta característica de la teoría de Lewin fue incluida como Resiliencia del Yo en el modelo de Block y Block (1980).

La Resiliencia del Yo corresponde a la flexibilidad en los procesos regulatorios en términos de adaptación a las situaciones, pudiendo cambiar o regular el comportamiento según sea necesario (Syed et al., 2020). Según Block y Block (2006a) este constructo refleja la dinámica del individuo y el estilo de afrontamiento característico frente a situaciones adversas; asimismo, afirman que la resiliencia del yo permite regular el control del yo de un sujeto. De manera coincidente, Eisenberg y colegas (2003, 2004) consideran la resiliencia del yo como una medida de la personalidad que refleja cómo responden las personas y cómo logran adaptarse a la incertidumbre, al estrés ambiental, al conflicto y al cambio en diferentes circunstancias (Block & Block, 1980; Syed et al., 2020).

Los autores consideran a la resiliencia del yo como un aspecto sustancial de la personalidad que sirve como una “estructura para manejar las emociones” (Block, 2002; Prince-Embury, 2013) y es necesaria para comprender la motivación, la emoción y el comportamiento (Alessandri, Vecchione, Caprara & Letzring, 2012; Taylor, Eisenberg, Spinrad & Widaman, 2013).

Las personas difieren en su dinámica para mantener un sistema de personalidad adaptativo, lo cual lleva a considerar a los individuos como resilientes o como personas que no poseen esta cualidad o son frágiles en la misma (Block, 1983). Por lo tanto, un sujeto con este atributo, es capaz de amoldarse a las circunstancias cambiantes, modificando su comportamiento. Esta cualidad le otorga persistencia, ingenio y un uso de estrategias de resolución de problemas flexibles y habilidades sociales que le permiten acomodarse al contexto de forma rápida; esto se ve posibilitado debido a que se disminuye o aumenta el control según sea necesario (Block & Block, 2006b; Syed et al., 2020). De este modo, aquellos que poseen una alta capacidad de resiliencia del yo

muestran un mejor ajuste y mayores logros en todas las etapas de la vida (Block & Block, 1980; Carmona Gallegos, 2019). Así, forman activamente el mundo y hacen que su entorno sea más compatible con su personalidad debido a su capacidad para hacer frente con éxito a los cambios del ambiente (Block & Block, 2006a; Vecchione, Alessandri, Barbaranelli & Gerbino, 2010).

Por el contrario, una persona que no tenga resiliencia del yo, podría llegar a sentirse inquieta frente a las circunstancias nuevas y cambiantes, tendería a preocuparse y se desmoronaría frente al estrés (Taylor et al., 2013). Esta característica se asocia con una personalidad menos adaptativa y flexible. Asimismo, los sujetos suelen tener dificultades para recuperarse luego de experiencias traumáticas (Block & Block, 1980, 2006a, 2006b; Syed et al., 2020).

Luego de lo expresado previamente, es posible inferir que la resiliencia permite mantener el bienestar, resultando favorecedor para la salud de las personas (Liu, Jiang, Li, & Yang, 2021). Así, se han encontrado estudios que relacionan esta variable con diversos aspectos positivos: en primer lugar, la resiliencia del yo se ha vinculado con la socialización, con diferentes estrategias para resolver problemas y con la capacidad para lograr un desempeño íntegro ante diversas situaciones estresantes (Block & Block, 1980). En segundo lugar, se la ha vinculado con el apoyo social, a través del cual aquellos sujetos que eran más resilientes, daban cuenta de una menor presencia de problemas internalizados (Taylor et al., 2013). En consonancia con lo expresado previamente, estudios transculturales asociaron el bienestar con la resiliencia del yo (Letzring et al., 2005).

De esta manera, se destacan algunas investigaciones realizadas en adolescentes que enfatizan las cualidades positivas de este constructo para el desarrollo humano. Así,

algunas de ellas indican que la resiliencia es promotora de la autoestima y a su vez, la autoestima es un factor protector de la resiliencia, lo cual da cuenta de la relación mutua existente entre ambos constructos (Liu et al., 2021; Wang & Luo, 2007). Otras, han encontrado que la resiliencia del yo se asocia negativamente con el estrés académico; es decir, cuanto mayor es la resiliencia, menor es el nivel de estrés por parte de los estudiantes (Sonam, 2021). Por último, otros estudios previos relacionan este constructo con la autocompasión y la percepción de aceptación de los padres, demostrando que aquellas personas que tienen un vínculo parental basado en la aceptación y en la calidez fomenta la capacidad de superación ante los desafíos de la vida, al apoyar el desarrollo de la autocompasión (Epli, Batık, Çabuker & Çelik, 2021).

Por otra parte, también existen otras variables que se asocian con este aspecto de la personalidad, como, por ejemplo, el apoyo familiar y las creencias de autoeficacia. De este modo, los niveles elevados de apoyo familiar y de creencias de autoeficacia para manifestar emociones positivas predicen altos puntajes de resiliencia del yo a los 15 años y puntajes estables desde los 19 a los 25 años (Alessandri et al., 2016). En contraste con los resultados anteriores, aquellos sujetos que demostraron niveles menores de apoyo familiar percibido y de creencias de autoeficacia positivas a los 15 años, presentaban en los inicios menor resiliencia del yo, pero, desde los 19 a los 25 años informaron aumentos en esta última variable (Alessandri et al., 2016). Dichos hallazgos permiten predecir las dificultades en la madurez emocional de las personas durante su infancia y adolescencia, lo que podría favorecer problemas psicológicos y sociales a posteriori (Eisenberg, Cumberland & Spinrad, 1998).

En conclusión, luego de todo lo desarrollado, se destaca el hecho de que la resiliencia del yo es un atributo de la Psicología Positiva, siendo un indicador

fundamental de salud mental positiva, por lo cual resulta fundamental promover la misma en la población adolescente (Liu et al., 2021).

### **2.2.3 Evaluación de la Resiliencia del Yo en la adolescencia según el modelo de Block y Block**

Los autores llevaron a cabo un estudio para evaluar a los participantes desde los primeros años de vida hasta la edad adulta, con el objetivo de rastrear los cambios en el control del yo y la resiliencia del yo. Para medir estas variables, les solicitaron a maestros que conocían a los sujetos que los calificaran con el inventario de clasificación Q de California Child (CCQ: Block & Block, 1980; Murzyn, 2020).

Posteriormente, Block y Kremen (1996) desarrollaron un breve autoinforme denominado Escala de Resiliencia del Yo (ER89- Ego- Resiliency Scale). Esta escala es unidimensional y evalúa la resiliencia del yo a lo largo de un continuo que representa en un extremo, la flexibilidad de adaptarse a contextos cambiantes y en el otro extremo, la imposibilidad de responder adecuadamente a los cambios del entorno. Dicho instrumento fue aplicado en jóvenes a las edades de 18 y 23 años (Block & Kremen, 1996). Las propiedades psicométricas de este instrumento han sido objeto de diversos estudios. Específicamente investigaciones previas han corroborado la unidimensionalidad de la escala, encontrando buenos niveles de fiabilidad y validez (Caprara, Steca & De Leo, 2003; Fonzi & Menesini, 2005; Letzring et al., 2005). Sin embargo, una serie de estudios más actuales pusieron en duda la unidimensionalidad del instrumento utilizando el Análisis Factorial Confirmatorio (Alessandri, Vecchio, Steca, Caprara & Caprara, 2007; Farkas & Orosz, 2015; Fonzi & Menesini, 2005; Vecchione et al., 2010).

De este modo, algunos investigadores demostraron que la Escala de Resiliencia del Yo de Block y Kremen (1996) tiene mejores niveles de ajuste a los datos empíricos con una solución de dos factores (Alessandri et ál., 2007; Fonzi & Menesini, 2005; Vecchione et al., 2010). Las dos dimensiones identificadas fueron la: Regulación Óptima y la Apertura a la Experiencia de Vida. Alessandri y colaboradores (2007) definieron a la Regulación Óptima (OR- “Optimal Regulation” por sus siglas en inglés) como un aspecto de auto-referencia, que refleja elementos de simpatía y habilidades de autorregulación, dando cuenta de una baja emocionalidad negativa. Mientras que la Apertura a la Experiencia de Vida (OL- “Openness to Life Experiences” por sus siglas en inglés) es entendida como una característica que agrupa elementos que denotan apertura y curiosidad, reflejando una alta emocionalidad positiva.

Posteriormente, Alessandri y otros (2007) propusieron una versión revisada de la escala, que denominaron ER89-R. Así, quitaron cuatro ítems de la versión original (ítems 3, 4, 6 y 13) dado que resultaban inadecuados, manteniendo los dos factores mencionados previamente. Asimismo, al estudiar la estabilidad del modelo bifactorial, diferentes investigaciones mostraron que esa solución factorial permaneció constante en muestras de distintas poblaciones, como la española, italiana y estadounidense (Alessandri et al., 2007; Alessandri et al., 2012; Fonzi & Menesini, 2005; Vecchione et al., 2010). Esta nueva versión fue aplicada en jóvenes y adultos, pero no en adolescentes. No obstante, en los últimos años se utilizó dicha escala en niños latinos que viven en Estados Unidos, con el objetivo de evaluar si la resiliencia del yo se encuentra asociada con los valores familiares y si contrarresta los problemas depresivos (Taylor & Jones, 2019).

Recientemente, Hess y Mesurado (2019) llevaron a cabo la adaptación al

español de la Escala de Resiliencia del Yo (Ego-Resilience Scale ER89-R) en adolescentes argentinos, corroborando la multidimensionalidad del instrumento dado que se encontraron las dos dimensiones mencionadas en estudios previos (apertura a la experiencia de vida y regulación óptima).

#### **2.2.4 Resiliencia del Yo: diferencias según sexo y edad**

En lo que concierne a las diferencias según sexo, trabajos llevados a cabo por Block y Block (2006b) han encontrado diferencias individuales entre hombres y mujeres. En el caso del sexo masculino, las mismas son identificables desde edades tempranas y continúan en los próximos años del ciclo vital. En cambio, en el sexo femenino, la resiliencia del yo se mantiene estable durante la niñez; asimismo, en la adolescencia y los años venideros, también adquiere cierta estabilidad. Sin embargo, entre el pasaje de la niñez a la adolescencia, parece no haber relación entre estas edades, dado que, si una niña es resiliente o es vulnerable, no necesariamente implica que lo será en la adolescencia y en la juventud. Así, una posible explicación respecto a estos hallazgos se asocia con la pubertad, ya que luego de la misma habría un reordenamiento en la personalidad (Block & Block, 2006b). Asimismo, otras interpretaciones sobre este fenómeno se vinculan con los procesos de socialización, los cuales difieren entre los sexos. En este sentido, las niñas se desarrollan en un ambiente más estructurado y directivo que los niños, dado que experimentan una mayor supervisión paterna y restricciones en cuanto a explorar el mundo y también, más énfasis en brindar ayuda en situaciones problemáticas (Block, 1973, 1983). Por lo tanto, la capacidad para lograr una reestructuración luego de los cambios biológicos se relaciona con la resiliencia y el abandono de adaptaciones constrictivas previas, ya que serían indicadores de que la persona ya no se encuentra tan sobrecontrolada (Block & Block, 2006b).



Otro trabajo longitudinal sueco encontró que la resiliencia del yo era significativamente más elevada en los niños que en las niñas durante los primeros años de vida dado que aumentaron de 2 a 3 años de edad y luego disminuyeron cuando tenían 7 y 8 años de edad. No obstante, durante la adolescencia, las mujeres se volvieron más resilientes que los varones (Chuang, Lamb & Hwang, 2006). También, estos autores hallaron que los puntajes de esta variable en los niños se mantenían estables con el transcurso del tiempo a diferencia de las niñas, que solamente eran consistentes durante la niñez. En este sentido, las diferencias individuales en los niveles de resiliencia de los niños fueron más estables durante el lapso de 13 años que las de las niñas. Este aspecto es coincidente con los estudios previos de Block y Block (2006b). Por el contrario, en la investigación sueca, las puntuaciones de las niñas durante la niñez escolar predijeron sus niveles de resiliencia en la adolescencia. Así, este resultado no concuerda con los trabajos de Block y Block (2006b), quienes sugirieron que la capacidad de recuperación de las mujeres se transforma al atravesar los cambios de la pubertad.

Por otro lado, existe un estudio transcultural llevado a cabo por Alessandri y su equipo (2012), en el cual analizaron esta variable en muestras de diferentes países (Italia, España y Estados Unidos) y hallaron que la misma se mantiene invariable según el sexo en dichas muestras.

En cuanto a la edad, los estudios longitudinales desarrollados por Block y colaboradores (1980) han encontrado que los perfiles de tipo de personalidad de los sujetos obtenidos durante la primera infancia, predijeron las puntuaciones de resiliencia del yo en la adolescencia (Murzyn, 2020).

Otros hallazgos también dieron cuenta de que la resiliencia del yo se mantiene constante a lo largo del tiempo, desde los primeros años de vida hasta los 30 años

aproximadamente, siendo relativamente estable en la infancia y en la adultez (Alessandri et al., 2016; Block & Block, 2006a; Taylor & Jones, 2019; Vecchione et al., 2010).

Asimismo, se han encontrado trabajos longitudinales que tuvieron como objetivo estudiar los patrones normativos de cambio de esta variable, desde la adolescencia media hasta la adultez emergente. Los investigadores hallaron que aquellas personas que presentaban un alto nivel de confianza en sus capacidades propias para la regulación del afecto negativo, mostraron una pequeña disminución en la resiliencia del yo entre los 15 y 19 años (Alessandri et al., 2016). Esto puede relacionarse con los desafíos y las frustraciones que implica atravesar la adolescencia tardía, lo cual implica perder cierta seguridad para el manejo de las emociones negativas o también, volverse más realistas con respecto a las habilidades propias.

Por último, como se ha destacado previamente, Block y Block (2006a; 2006b) indican que la resiliencia de yo está fuertemente relacionada con el control del yo. Es decir, ambos aspectos se conceptualizan como aspectos centrales de la personalidad dentro del modelo de los autores. Así, este último concepto se desarrollará en los siguientes apartados.

## **2.3 Control del Yo**

### **2.3.1 Conceptualización del Control del Yo**

Para definir esta variable, Jack y Jeanne Block (1980, 2006b) utilizaron un marco Lewiniano sobre el funcionamiento del sistema psicológico. De este modo, como se hizo referencia en los párrafos precedentes, tomaron el concepto de permeabilidad de Lewin (1936, 1951) y lo incorporaron a su teoría como control del yo (Carmona

Gallegos, 2019; Farkas & Orosz, 2015; Murzyn, 2020).

El Control del Yo es entendido como aquel aspecto de la personalidad que permite controlar los impulsos, la anticipación de los comportamientos y sus consecuencias, lo que implica la capacidad de actuar con moderación cuando sea necesario (Block, 1993; Block & Block, 2006b). En relación a esto, los estudios de Masten y colegas (2006) sugieren que este constructo se asocia con la modulación de los impulsos, por lo que hace referencia tanto a la inhibición como a la expresión de los impulsos. Este control se presenta como un continuo, donde en un extremo, se encuentra el bajo control del yo y en el extremo opuesto, el hipercontrol del yo (Huey & Weisz, 1997). Así, los niveles adaptativos de control del yo implican el equilibrio entre estar subcontrolado y sobrecontrolado.

De acuerdo al modelo de Block y Block (1980), aquellas personas que tuvieran un exceso de control (es decir, que fueran sobrecontroladas), presentarían dificultades para afrontar la incertidumbre, tienden a la restricción y a la inexpresividad emocional. Asimismo, poseen la capacidad de continuar tareas repetitivas durante largos períodos de tiempo. Mientras que, los individuos mal controlados (es decir, subcontrolados) son generalmente incapaces de retrasar la gratificación, pueden distraerse fácilmente y están relativamente libres de las costumbres sociales (Block, 2002; Eisenberg et al., 1996; Funder & Block, 1989). Investigaciones previas han indicado que las personas que tienen bajo control del yo son espontáneas, tienen mayor apertura a la experiencia, son emocionalmente expresivas y centradas en la satisfacción inmediata de los deseos; no obstante, el hipercontrol del yo está asociado con la inhibición y con la mínima expresión de los impulsos y de las emociones (Huey & Weisz, 1997; Syed et al., 2020).

El Control del Yo y la Resiliencia del Yo hacen referencia a un sistema dinámico

de regulación adaptativa que responde a las demandas del entorno (Block & Block, 2006b), lo cual indica que aquello que podría resultar apropiado es variable tanto en el contexto como en el tiempo. Por consiguiente, a nivel social se considera que el sobrecontrol es sinónimo de autocontrol y se lo valora como deseable; sin embargo, al pensarlo de modo opuesto, se lo interpreta como impulsividad y, por lo tanto, un aspecto socialmente inaceptable. Aunque puede ser psicológicamente poco deseable ser extremadamente impulsivo también lo es ser extremadamente controlado (Block & Block, 2006b). De este modo, el constructo de control del yo, a diferencia de otras concepciones, reconoce las diversas implicaciones (tanto positivas como negativas) referidas a cada extremo del continuum (Block, 1950; Block, 1961; Block & Block, 2006b).

Por otra parte, algunos autores realizan distinciones entre esta variable y el control esforzado o con esfuerzo (*effortful control*), ya que consideran que el control del yo refleja un control reactivo (Derryberry & Rothbart, 1997). En consonancia con este aporte, Eisenberg (2002) afirma que las medidas de este constructo generalmente no son puras y pueden evaluar distintos aspectos del continuum mencionado anteriormente. Por tanto, Rothbart y Bates (1998) han definido el control esforzado como aquella capacidad que permite inhibir una respuesta dominante, a través de la eficiencia de la atención ejecutiva y/o también, activar una respuesta subdominante, mediante la planificación y evitación de los errores. Este aspecto incluye la voluntad y habilidades para modificar la atención, inhibir o activar los comportamientos según sea necesario para lograr la adaptación a las diversas circunstancias (Eisenberg et al., 2003).

En consonancia con lo expresado previamente, algunos trabajos longitudinales han relacionado el control del yo con el control esforzado y la resiliencia del yo. De este

modo, se encontró que tanto el control del yo como el control esforzado predicen la resiliencia a finales de la infancia y comienzos de la adolescencia (Eisenberg et al., 2003). Asimismo, la resiliencia actuó como mediadora de las asociaciones de estas variables con las medidas de estatus social. Estos resultados sugieren que las personas reguladas son vistas por los demás como bien comportadas y con conductas socialmente apropiadas.

Luego de todo lo desarrollado, es factible pensar que este aspecto de la personalidad es un indicador de una salud mental positiva. Así, la capacidad de recuperación frente a las situaciones conflictivas, la fortaleza mental y el adecuado control del yo son habilidades psicológicas necesarias para poder convertir las condiciones estresantes en una oportunidad de crecimiento potencial (Maddi, 2014; Roustaei, Bakhshipoor, Doostian, Goodiny, Koohikar & Massah, 2017). Las mismas en algunas personas se encuentran presentes en mayor medida en comparación de otras (Roustaei et al., 2017), razón por la cual es necesario fortalecer estos aspectos durante la adolescencia y a lo largo de todo el desarrollo vital.

### **2.3.2 Relación entre Resiliencia del Yo y Control del Yo**

Los autores de la personalidad que han propuesto esta tipología afirman que ambos constructos se relacionan (Block & Block, 1980). Así, existen trabajos argentinos que comprobaron empíricamente esto, encontrando asociaciones estadísticamente significativas entre las dimensiones de la Resiliencia del Yo (Apertura a la Experiencia de Vida y Regulación Óptima) y el Control del Yo (Hess & Schönfeld, 2019).

De este modo, la resiliencia del yo regula al control del yo, permitiendo un

equilibrio y una regulación dinámica de los impulsos y las inhibiciones (Block, 1993). Por consiguiente, aquellos individuos altamente resilientes son capaces de modificar su nivel de control, ya sea aumentándolo o disminuyéndolo, según sea apropiado o necesario de acuerdo con el contexto situacional. En cambio, las personas con un bajo nivel de resiliencia del yo están más restringidas al mismo nivel de contención o expresión de impulsos, independientemente de las demandas situacionales (Letzring et al., 2005; Taylor et al., 2013).

Según los autores, ambos constructos representan abstracciones, simplificaciones y condensaciones que pretenden considerar de forma observable los fenómenos de control motivacional y de adaptación ingeniosa como aspectos estructurales y duraderos de la personalidad de los sujetos (Block, 1993). Así, ambos aspectos forman parte de un sistema dinámico, el cual permite que la personalidad pueda adaptarse a los cambios del entorno. Esta cualidad de la gestión adaptativa y flexible del entorno y de las experiencias hace que la resiliencia del yo y el control del yo sean constructos importantes para investigar en el desarrollo; no obstante, pocos estudios se han centrado en cómo cambian los mismos a través del tiempo (Block, 1987; Chuang et al., 2006; Syed et al., 2020; Wessels, Lamb, Hwang & Broberg, 1997).

Si bien son escasos los estudios longitudinales que han abordado estos aspectos de la personalidad, aquellos que sí han estudiado los mismos, encontraron que las relaciones entre el control del yo y la resiliencia del yo se modifican con el paso del tiempo y es diferente según se trate de varones o de mujeres (Block, 1987). De este modo, existen investigaciones que afirman que, en el caso de los niños y hombres jóvenes, durante los primeros 20 años de vida, el control del yo y la resiliencia del yo no se encuentran esencialmente correlacionados. En cuanto a las niñas, los autores

encontraron que durante los primeros 11 años, los resultados coinciden con los varones en el hecho de que no existe relación entre dichas variables. Sin embargo, a partir de esta edad, se presenta una asociación negativa entre la resiliencia del yo y el control del yo, a través de la cual la resiliencia del yo se relaciona de forma recíproca con el control excesivo. Esta correlación disminuye en los años posteriores a la adolescencia (Block & Block, 2006b).

Otras distinciones según sexo también se comprobaron en estudios realizados en varias culturas (caucásica, americana-asiática, hispana y americana-africana). Así, los investigadores encontraron que los hombres y mujeres obtienen puntuaciones diferentes en las correlaciones entre la resiliencia del yo y el control del yo (Letzring et al., 2005). Por otra parte, estos trabajos transculturales han demostrado que las correlaciones entre ambas variables son similares en las culturas mencionadas con anterioridad; no obstante, los resultados obtenidos sugieren que puede haber algunas diferencias culturales en las mediciones de cada una de ellas (Letzring et al., 2005).

### **2.3.3 Evaluación del Control del Yo en la adolescencia**

Las investigaciones desarrolladas para evaluar el Control del Yo se han llevado a cabo principalmente en adultos y en jóvenes mayores de 18 años; sin embargo, son escasos los estudios realizados en adolescentes. De esta manera, en décadas anteriores, las técnicas más comunes para medir el control del yo fueron mediante la utilización de inventarios de clasificación de la personalidad como el *California Child* (CCQ: Block & Block, 1980) y el CAQ (*California Adult Q-set*), el cual compara distintos prototipos de personalidad. Ambos presentan un conjunto de declaraciones desarrolladas cuidadosamente y de amplio alcance sobre la personalidad y las características sociales. Así, se puede describir psicológicamente a una persona clasificando los enunciados

usando una escala de 9 puntos, que varía de 1 (nada característico) a 9 (extremadamente característico) (Letzring et al., 2005).

Con posterioridad, se desarrollaron nuevas técnicas e instrumentos para evaluar este constructo. Una de ellas fue llevada a cabo por Jack Block, quién elaboró las escalas de autoinforme para el control del yo y la resiliencia del yo. Las mismas fueron validadas juntas en forma previa y pueden ser usadas en combinación o por separado (Isaksson, Ghaderi, Wolf-Arehult & Ramklint, 2018). De este modo, la EUC (EgoUnderControl-Scale) fue creada para identificar el *continuum* de individuos sobrecontrolados a subcontrolados en una sola escala (Block & Block, 1980). Este instrumento ha presentado niveles aceptables de confiabilidad y validez (Isaksson et al., 2018; Letzring et al., 2005).

Por otra parte, un grupo de investigadoras suecas (Isaksson et al., 2018) llevaron a cabo la validación de la EgoUnderControl-Scale en población no clínica y hallaron una solución multifactorial de la escala. Estas autoras identificaron tres componentes: 1) Comportamiento desinhibido, 2) Comportamiento consciente planificado y 3) Comportamiento socialmente restringido. Esta nueva evidencia contradice los estudios previos, los cuales afirmaban la unidimensionalidad del instrumento. Para llegar a la solución factorial, se tuvieron que eliminar varios ítems de la escala original debido a que presentaban una débil carga factorial o bien que cargaban de manera simultánea en varios factores, obteniendo así una versión final de 13 ítems que se denominó EUC-13 (Isaksson et al., 2018).



### **2.3.4 Control del Yo: diferencias según sexo y edad**

En cuanto a las diferencias según la edad, existen diversos estudios longitudinales que han investigado el control del yo en sujetos a lo largo del tiempo. Uno de ellos evaluó a los sujetos en diferentes etapas de la vida (a los 3, 4, 7, 11, 14, 18, y 23 años) encontrando que existen diferencias individuales, las cuales pueden identificarse desde una edad temprana y son distintivas para las personas durante más de 20 años aproximadamente, existiendo una continuidad a través del tiempo en este aspecto de la personalidad (Block & Block, 2006b). Otros resultados que encontraron estos autores fueron obtenidos al correlacionar esta variable en diferentes momentos del desarrollo y hallaron que aquellos adolescentes que eran subcontrolados o con poco control habían sido descritos de la misma manera durante sus primeros años de vida (Block, 1987). De igual manera, trabajos recientes comprobaron la estabilidad de esta característica de la personalidad desde la infancia hasta la adultez; pero, también encontraron un mayor cambio en la niñez en relación con la adolescencia y la edad adulta (Syed et al., 2020).

Respecto a las diferencias según sexo, los estudios mencionados previamente hallaron que las asociaciones entre las edades son positivas de forma consistente para ambos sexos (Block, 1987; Block & Block, 2006a). Es decir, que existe una coherencia a lo largo del tiempo en cuanto a los atributos de personalidad, tanto en el caso de los varones como en el caso de las mujeres. De este modo, aquellos adolescentes varones subcontrolados o con poco control del yo de 18 años habían sido caracterizados por sus maestros en la infancia como niños que buscaban ser el centro de atención, con una labilidad a nivel emocional, que sobrepasaban los límites, como sujetos poco confiables y no planificadores. Asimismo, las mujeres adolescentes con poco control de 18 años

fueron descriptas en su infancia como niñas que no obedecían, que eran obstinadas, como poco cooperativas o prosociales. Así, esto denota una coherencia en las cualidades de personalidad (Block, 1987).

A continuación, en el apartado siguiente se describirá la empatía, una de las variables que puede ser asociada tanto con la resiliencia del yo como con el control del yo en la adolescencia (Eisenberg, Spinrad & Morris 2011; Strayer & Roberts, 1989; Taylor et al., 2013).

## **2.4 Empatía**

### **2.4.1 Definiciones y conceptualizaciones de la Empatía**

Respecto a la conceptualización de la empatía, no existe actualmente en el campo científico una definición unívoca de la misma. No obstante, se ha intentado lograr un consenso para delimitarla y diferenciarla de otros constructos. De este modo, es posible encontrar tantas definiciones como autores que estudien esta temática (Cuff, Brown, Taylor & Howat, 2016; Decety & Jackson, 2004; de Vignemont & Singer, 2006; López, Arán Filippetti, & Richaud, 2014).

Es importante tener en cuenta que este constructo no solamente aplica para el ámbito psicológico y dentro del mismo, a la relación terapéutica, sino que también se encuentra presente en las diversas interacciones humanas (Arenas-Ospina & Jaramillo-Jaramillo, 2017).

De este modo, en el presente apartado se hará mención a diversas formas de pensar esta variable y luego se la diferenciará de otros conceptos. Así, la utilización del término empatía se remonta a las definiciones de los psicólogos estadounidenses y alemanes, como las de Edward Titchener (1909) y Theodor Lipps (1903/1979). El

primero de ellos tradujo la palabra alemana *Einfühlung* al idioma inglés como *Empathy*, la que significa literalmente “en-sentimiento”, es decir, sentirse dentro de algo o alguien; posteriormente, este vocablo fue conocido en castellano como empatía. El término en alemán (*Einfühlung*) se lo utilizaba en el ámbito de la estética alemana; en cambio, el término en el idioma inglés (*Empathy*) se lo aplicó en la psicología experimental estadounidense a inicios del siglo XX (López et al., 2014; Nuñez Mera & Villamil Melo, 2017; Wispé, 1987). Por su parte, Lipps (1903) tomó este concepto de la experiencia estética y lo desarrolló en psicología, asociando al mismo con el fenómeno de la imitación (López et al., 2014). En este sentido, se acentuaba el hecho de que las personas tendían a imitar cuando observaban a otros sujetos, concibiéndola como un reflejo pasivo del otro y un esfuerzo activo para lograr adentrarse en el mundo de los demás (Arenas-Ospina & Jaramillo-Jaramillo, 2017; Gerdes, Lietz & Segal, 2011). De esta manera, la imitación es un proceso que facilita la autoconciencia de la experiencia por un lado y la conciencia del objeto experimentado por otro lado. Por lo tanto, la empatía implica la participación de dos sujetos en la misma experiencia que se vinculan a través de sus acciones (Morgade Salgado, 2000).

Por otra parte, es posible encontrar antecedentes del uso de este constructo en los aportes de Mead (1934) y Hogan (1969). En el primer caso, la autora desde una mirada cognitiva, planteó que el hecho de adoptar la perspectiva del otro sujeto es una manera de comprender lo que siente. En el segundo caso, el autor definió la empatía como una capacidad meta-representativa, dado que conlleva el intento de comprender los estados mentales ajenos, a través de la construcción que cada uno realiza (Arenas-Ospina & Jaramillo-Jaramillo, 2017; Fernández-Pinto, López-Pérez & Márquez, 2008).

Continuando con el desarrollo teórico de esta variable, a continuación, se

describirán algunas conceptualizaciones sobre la misma:

*a) Enfoque o visión cognitiva:*

Desde esta mirada se considera que la empatía consiste en la adopción de la perspectiva cognitiva de la otra persona (Fernández-Pinto et al., 2008). Así, este constructo implica un proceso cognitivo que incluye habilidades para interpretar y reconocer las creencias, sentimientos, pensamientos y formas de ver las situaciones de los otros (Borke, 1971; Cuff et al., 2016; Deutsch & Madle, 1975; Hoffman, 2000; Regan & Totten, 1975; Richaud de Minzi, 2008). En esta línea de pensamiento se pueden situar los aportes de Dymond (1949) con su teoría sobre la toma de roles cognitivos; en consecuencia, una persona empática es capaz de explicar y asumir imaginariamente el papel de otra, comprendiendo y prediciendo los pensamientos, acciones y sentimientos de ese sujeto (Mehrabian & Epstein, 1972). Actualmente, es posible afirmar que esta visión de la empatía la sitúa cerca del constructo de la teoría de la mente (Arenas-Ospina & Jaramillo-Jaramillo, 2017)

Por lo tanto, se considera que la toma de perspectiva permite comprender los sentimientos positivos hacia los demás, sus motivaciones y la conducta prosocial (Cuff et al., 2016; Fernández-Pinto et al., 2008; Richaud de Minzi, 2008).

*b) Enfoque o visión afectiva:*

Este enfoque comienza a consolidarse a finales de los años 60, concediéndole mayor importancia al aspecto afectivo de la empatía, considerándola como un afecto compartido o sentimiento vicario (Arenas-Ospina & Jaramillo-Jaramillo, 2017; Fernández-Pinto et al., 2008). Uno de los primeros autores en llevar a cabo una definición de esta variable desde esta perspectiva fue Stotland (1969), quién la definió

como “la reacción emocional de un observador que percibe que otra persona está experimentando o va a experimentar una emoción” (p. 272).

En esta misma línea, otra de las definiciones de este constructo considera a la empatía como la experiencia vicaria del estado emocional del otro (Mehrabian & Epstein, 1972). Por otra parte, también se destacan los aportes de Hoffman (2000) quién describe a la empatía como una respuesta afectiva que es más apropiada a la situación de otra persona que a la propia, explicando que este sentir con el otro es una respuesta más compleja de lo que parece (Fernández-Pinto et al., 2008). De este modo, el autor aclara que es de mayor utilidad definir este concepto en términos de los procesos subyacentes a la relación entre el sentimiento del observador y el del modelo y no en términos de resultados (es decir, la coincidencia afectiva).

Según los aportes de Hoffman (2000), la empatía es lo que ha hecho que se mantenga la vida social a lo largo de la evolución. Además, puede ser considerada como aquella chispa de la preocupación humana por los demás y el adhesivo que facilita la vida social. Asimismo, esta variable contribuye a la emoción moral, la motivación, el comportamiento en general y la acción prosocial. De acuerdo a Hoffman (1981), la misma es producto de la selección natural y como tal, es una respuesta multideterminada y que puede ser provocada por señales de angustia que provienen de la víctima o de la situación de la víctima.

Cabe aclarar que la mirada de los autores mencionados previamente corresponde a lo que se ha denominado como empatía disposicional, debido a que se asocia con una capacidad propia del sujeto. En cambio, este enfoque es diferente de la empatía situacional, la cual enfatiza la importancia del contexto y de la situación para que se produzca o no la empatía (Sánchez-Queija, Oliva & Parra, 2006). Así, uno de los

representantes fundamentales de esta última propuesta es Batson (1991), el cual considera la empatía como una emoción vicaria, la cual es congruente con el estado emocional del otro. Esto implica experimentar sentimientos de compasión y de interés orientados hacia la otra persona luego de ser consciente del sufrimiento de la misma (Eisenberg & Fabes, 1995). Para lograr esto, el sujeto debe poder discriminar entre el propio yo y el de los demás (Garaigordobil & García de Galdeano, 2006).

Existen autores como Salovey y Mayer (1990), quienes integran ambas perspectivas, la disposicional y la situacional, dado que entienden que la empatía requiere una adecuada identificación de las respuestas emocionales en los demás sujetos, implicando también las habilidades, actitudes y competencias bien definidas (García Matamoros, 2019).

Otros estudiosos de la temática también consideran que esta variable es fundamentalmente emocional y han llevado a cabo diversas investigaciones para comprobarlo. Por consiguiente, Eisenberg y Strayer (1992) afirman que la empatía implica compartir la emoción que se percibe en el otro, es decir sentir con el otro. De este modo, la han definido como “una reacción emocional orientada a los demás (como la preocupación) al estado o condición emocional de otra persona” (Eisenberg et al., 1989, p.55; Eisenberg et al., 1995; Sallquist et al., 2009).

*c) Enfoque o visión multidimensional/integradora:*

A partir de la década del 80 se comienza a trabajar sobre una definición integradora de la empatía, que tiene en cuenta tanto sus componentes cognitivos como los afectivos. De este modo, Davis (1983) propone una definición multidimensional de esta variable y un nuevo instrumento para su medida. Así, se hace énfasis en la

capacidad de ponerse en el lugar de la otra persona, comprender lo que siente y sentir lo que siente (Davis, 1983; Jiménez Martínez, 2017). Los aportes de este representante se describirán con mayor precisión en el apartado siguiente.

Otra mirada multidimensional de este constructo es ofrecida desde el ámbito de las neurociencias a nivel cognitivo y social, en el cual los autores Decety y Jackson (2004) proponen un modelo funcional de la empatía que incluye diversos componentes: 1) el afecto compartido entre el yo y los otros: se basa en la vinculación entre la percepción y la acción; así, la percepción de un comportamiento en otra persona activa de forma automática las representaciones propias de esa conducta; 2) la autoconciencia: permite diferenciar al sí mismo de los demás; 3) la flexibilidad mental: el cual posibilita la toma de perspectiva, adoptar los puntos de vista del otro (proceso cognitivo) y 4) la regulación emocional: implica el estado emocional que se genera a través de la percepción de la situación del otro sujeto, sin ser abrumado por esos sentimientos. Dichos macrocomponentes se sustentan en sistemas neuronales específicos.

En consonancia con lo expuesto, existen estudios recientes en el ámbito neurológico que dan cuenta de la relación de distintas partes del cerebro con una tendencia mayor al desarrollo de los diversos componentes de la empatía (Carril Merino, Sánchez-Agustí, & Miguel-Revilla, 2018). Estos trabajos han demostrado el hecho de que cuando aumenta la densidad de materia gris en la zona media del cerebro existe un desarrollo mayor del aspecto emocional de la empatía. En cambio, si el aumento se ubica por encima del cuerpo calloso, se asocia con el aspecto cognitivo de la empatía (Eres, Decety & Molenberghs, 2015). La investigación de Christov-Moore, Simpson, Conde, Grigaityte, Lacoboni y Ferrari (2014) apoya los hallazgos de los

trabajos de estimulación repetitiva de un área cerebral y su vinculación con el comportamiento, lo que denota la causalidad de una región cerebral con respecto a las conductas. En suma, todos estos resultados evidencian que ambos enfoques (cognitivo y emocional) pueden actuar de forma separada desde una perspectiva neurológica; también, permiten reconocer el carácter multidimensional de la empatía (Carril Merino et al., 2018).

En relación con esta concepción de la empatía, Gerdes y Segal (2009) manifiestan que los procesos cognitivos y afectivos de este constructo terminan dando curso a la acción empática, a través de acciones prosociales o de ayuda (Gerdes et al. 2011).

Continuando con el desarrollo teórico, es menester diferenciar esta variable de otras respuestas emocionales que se encuentran relacionadas, como, por ejemplo, la simpatía y la angustia personal.

En cuanto a la simpatía, la misma es una respuesta afectiva que generalmente se deriva de la empatía; sin embargo, puede hacerlo desde la toma de perspectiva u otros procesos cognitivos. Sus principales características se asocian con el sentimiento de pena o preocupación por el otro necesitado o angustiado (Eisenberg et al., 2006). Por lo tanto, en ella predomina particularmente el aspecto cognitivo. Dichos hallazgos son consistentes con las diferencias reportadas en los procesos neurológicos subyacentes a los dos constructos (Decety & Michalska, 2010). Debido a estas distintas implicaciones emocionales, los autores actuales opinan que la empatía y la simpatía deben separarse (Cuff et al., 2016).

Respecto a la angustia personal, también suele provenir del hecho de que la persona se encuentre expuesta a la condición o al estado de otro. No obstante, es una



reacción emocional aversiva y centrada en uno mismo a la experiencia indirecta de la emoción de otro sujeto (por ejemplo, ansiedad, malestar) (Batson, 1991; Eisenberg, Shea, Carlo & Knight, 1991).

Es importante destacar el hecho de que la empatía es una variable que se encuentra asociada a otros constructos, como por ejemplo con la prosocialidad. De este modo, diversos estudios han encontrado que los individuos empáticos son menos agresivos con los demás. Así, la empatía se correlaciona de forma negativa con la conducta agresiva, dado que la falta de empatía promueve el comportamiento antisocial (Jolliffe & Farrington, 2004; Miller & Eisenberg, 1988) y de manera positiva con la conducta prosocial, fomentando la misma (Bandura, 1999; Batson & Coke, 1981; Batson, Fultz & Schoenrade, 1987; Hambleton Hambleton, 2001; Hoffman, 1990; Mestre Escrivá, Samper García & Frías Navarro, 2002; Sobral Romero, Luengo & Marzoa, 2000). Cabe aclarar que estas relaciones se explayarán en los apartados siguientes sobre prosocialidad.

También, otro aspecto que se relaciona con este concepto, es la influencia de los iguales, ya que aquellas personas que establecen vínculos de intimidad con sus amigos, son más empáticas y prosociales (Sánchez-Queija et al., 2006). Esto se debe a que es en la adolescencia el momento del ciclo vital en donde se entablan relaciones de amistad más profundas e íntimas.

A continuación, se desarrollará la Teoría de Davis sobre la Empatía, la cual ha sido elegida como modelo para este trabajo.

#### **2.4.2 Teoría de Davis sobre la Empatía**

En la teoría de Davis (1980; 1983), la empatía ha sido caracterizada como un

concepto multidimensional, presentando de esta manera dos dimensiones: una cognitiva y otra afectiva, las cuales contienen dos factores cada una. De este modo, en este modelo se presentan cuatro componentes diferentes, pero relacionados entre sí (Fernández-Pinto et al., 2008). Desde esta mirada, se hace necesario evaluar lo instintivo como también los procesos de construcción cognitiva, lo cual facilita el reconocimiento de las experiencias emocionales de los demás a partir de los aprendizajes propios (Muñoz Zapata & Chaves Castaño, 2013). En síntesis, este autor (Davis, 1996) define la empatía como “un conjunto de constructos que incluyen los procesos de ponerse en el lugar del otro y respuestas afectivas y no afectivas” (p.12).

Este autor no solamente plantea su definición desde esta perspectiva, sino que también propone un instrumento nuevo para su medida; estos hechos pueden considerarse un momento de inflexión en la historia del desarrollo del constructo empatía (Davis, 1980; Fernández-Pinto et al., 2008).

En cuanto al componente afectivo de la empatía, el mismo refiere a los sentimientos compartidos o vicarios frente a las emociones experimentadas por otra persona. Esto puede dar lugar a sentimientos y comportamientos positivos (por ejemplo, la compasión y el altruismo) o, por el contrario, a experiencias emocionales negativas (como la angustia y la aversión). Respecto al componente cognitivo, este se asocia con las capacidades o tendencias de la persona (Davis, 1980, 1983; Eisenberg & Strayer, 1987).

De este modo, dentro de este modelo, la dimensión cognitiva está conformada por la toma de perspectiva y la fantasía, mientras que la dimensión afectiva se encuentra compuesta por la preocupación empática y el distrés o malestar personal.

La toma de perspectiva alude a los intentos espontáneos de la persona por

adoptar la perspectiva del otro ante situaciones de la vida reales y cotidianas. Por lo tanto, implica la habilidad para comprender el punto de vista de la otra persona (Davis, 1983).

La fantasía refiere a la tendencia del sujeto a identificarse con diversos personajes (los cuales provienen del cine y la literatura, por ejemplo) y a la capacidad imaginativa que lo lleva a ponerse en situaciones ficticias (Mestre et al., 2004).

Respecto a la preocupación empática, la misma hace referencia a los sentimientos de preocupación, compasión y cariño frente al malestar que experimentan los demás. Así, se trata de sentimientos orientados hacia el otro (Muñoz Zapata & Chaves Castaño, 2013).

El último componente, el cual se denomina distrés o malestar personal se relaciona con los sentimientos de ansiedad y molestia que experimenta la persona al observar las experiencias negativas de los demás. De este modo, se trata de sentimientos orientados al yo (Davis, 1983; Mestre, Pérez Delgado, Frías & Samper, 1999).

Con posterioridad a estos aportes, Davis (1996) propuso un Modelo organizacional con el objetivo de explicar los antecedentes, procesos y consecuentes de la empatía (García Matamoros, 2019; Fernández Pinto et al., 2008).

Respecto a los antecedentes de esta variable, los mismos hacen referencia a las características propias de la persona que va a empatizar y de la situación. Dichos antecedentes pueden provocar ciertos procesos: de bajo costo cognitivo (por ejemplo, reacción circular primaria), de medio costo cognitivo (por ejemplo, condicionamiento clásico) y de alto costo cognitivo (por ejemplo, adopción de perspectiva). Estos tres tipos de procesos al asociarse con los antecedentes generan respuestas, las cuales pueden ser intra-personales, tanto afectivas (como la preocupación empática) y/o no

afectivas (como los juicios atribucionales) y también inter-personales, ejemplificado en la conducta de ayuda (Fernández Pinto et al., 2008).

El mismo autor (Davis, 1996) lleva a cabo una crítica hacia su modelo, señalando el hecho de que las relaciones entre los elementos son unidireccionales y que no considera las características del sujeto hacia el cual se muestra empatía (Arenas-Ospina & Jaramillo-Jaramillo, 2017).

Si bien esta propuesta muestra algunas deficiencias, es importante destacar que Davis con su marco teórico pudo conciliar diversas propuestas, las cuales actualmente se encuentran interrelacionadas (Arenas-Ospina & Jaramillo-Jaramillo, 2017; Fernández-Pinto et al., 2008).

Por último, se destaca el hecho de que el presente trabajo toma en consideración dos componentes de esta propuesta para abordar la Empatía negativa (Preocupación Empática y Toma de Perspectiva). Así, algunas revisiones sistemáticas han encontrado que los autores de diversas investigaciones eligen estas dimensiones dado que las describen como representantes paradigmáticos de la empatía afectiva y cognitiva, respectivamente (Hall & Schwartz, 2019).

### **2.4.3 Empatía Positiva**

Gran parte de las definiciones propuestas sobre empatía no limitan dicha experiencia a las emociones negativas, dado que hacen referencia a estados afectivos o experiencias emocionales en general, abarcando desde la valencia negativa hasta la positiva (Preston & de Waal, 2002; Strayer, 1980; Telle & Pfister, 2015). Sin embargo, tradicionalmente los trabajos existentes se han centrado en las respuestas empáticas a las emociones negativas de los demás, como también en el dolor empático (Andreychik,

2017; Ganegoda & Bordia, 2019), la preocupación empática o la empatía por el sufrimiento y la tristeza de los demás (Andreychik & Migliaccio, 2015; Eisenberg, 2000; Tangney et al., 2007), en vez de considerar la reacción de las personas frente a las emociones positivas (Sallquist et.al., 2009). Teniendo en cuenta estos hechos, es que en este estudio se ha decidido considerar también el abordaje de la empatía positiva.

De este modo, investigaciones previas han mostrado evidencias de que la empatía negativa y positiva difieren entre sí (Andreychik, 2017; Andreychik & Migliaccio, 2015; Jansen, 2021; Morelli et al., 2015; Morelli, Rameson & Lieberman, 2014). Así, la empatía por las experiencias positivas, en contraste con la empatía por los estados negativos de los otros, implica una expresión de felicidad o alegría, la cual es resultado de haber comprendido la condición emocional positiva de otra persona y compartir la misma (Morelli et al., 2015; Sallquist et.al., 2009; Yue et al., 2016; Yue et al., 2021). En relación a esta definición, existen algunas que son similares, como la propuesta por Light y colaboradores (2009), quienes afirman que la felicidad empática es "la tendencia a experimentar indirectamente sentimientos de buena voluntad y placer en respuesta a la demostración de emoción positiva de otra persona" (p. 1211).

La empatía positiva es un tipo de emoción que se centra en el otro sujeto, dado que su origen se encuentra en una persona que toma la perspectiva de otro. Algunas situaciones que ejemplifican esto pueden ser: cuando observan una situación en la cual no están involucrados (ver a una persona que ha ganado un premio); al interactuar con otros (escuchando las novedades positivas que les comenta alguien) y también, al crear una experiencia positiva para otro (obsequiando un regalo) (Morelli et al., 2015). No obstante, hay situaciones en las que alguien se siente feliz como respuesta a la experiencia positiva de otra persona, pero por razones que se centran en sí mismo. Un

ejemplo de esto se puede visualizar en los vínculos entre mentores y estudiantes (Ganegoda & Bordia, 2019; Jansen, 2021).

Otras características de esta variable, es que la misma puede ocurrir como respuesta a una variedad de objetivos sociales (a nivel individual o grupal), ya sean cercanos o distantes y de igual modo, frente a personajes reales o ficticios. Por otra parte, los seres humanos experimentan empatía positiva como un estado emocional transitorio y, asimismo, como un rasgo de personalidad estable (Morelli et al, 2015).

Por otro lado, es necesario realizar una distinción entre empatía positiva y negativa, ya que son constructos que pueden parecer semejantes. Desde el punto de vista neurológico, investigaciones recientes han demostrado que ambas activan regiones del cerebro que se relacionan con el pensamiento sobre los estados mentales de los demás, es decir, están asociadas con la toma de perspectiva, como la corteza prefrontal medial y dorsomedial (Jansen, 2021; Mitchell, 2009; Morelli et al., 2014). Sin embargo, la empatía positiva activa selectivamente regiones que se vinculan con el afecto positivo (la corteza prefrontal ventromedial) y la empatía negativa, hace lo mismo con regiones asociadas al afecto negativo (como la corteza cingulada anterior dorsal, ínsula anterior) (Morelli et al., 2014; Morelli et al., 2015). En cuanto a la vinculación entre estos constructos, existen diversos estudios que informan una asociación positiva y de carácter moderado entre la empatía positiva y negativa (Gable, Gonzaga & Strachman 2006; Sallquist et al., 2009). Por lo tanto, es posible afirmar que, si bien estos constructos están relacionados, son diferentes entre sí (Clinton & Pollini, 2021).

Otra variable que difiere de la empatía positiva es la alegría apreciativa, un constructo proveniente del Budismo. Respecto a ambos conceptos, existen autores que consideran que son esencialmente lo mismo en la literatura psicológica (Morelli et

al.2015; Yue & Huang, 2016). Sin embargo, otras posturas sostienen que son diferentes, ya que la alegría apreciativa implica relacionarse con los demás desde la posición propia, a la inversa de la empatía, en donde para vincularse importa la posición del otro (Zeng, Chan, Oei, Leung, & Liu, 2017; Zeng et al. 2016).

Por otra parte, la evidencia empírica ha encontrado que la empatía positiva se relaciona con la conducta prosocial, la conexión social y el bienestar (Andreychik, 2017; Gable & Reis, 2010; Gable et al., 2004; Morelli et al., 2015). En consonancia con esto, el estudio de la empatía positiva es importante dado que esta variable promueve el bienestar subjetivo y refuerza los recursos personales como, por ejemplo, la resiliencia (Cohn, Fredrickson, Brown, Mikels & Conway, 2009; Fredrickson, Cohn, Coffey, Pek, & Finkel, 2008). Además, se asocia con las emociones positivas y la satisfacción con la vida (Hicks & Diamond, 2008; Morelli et al., 2015; Nezlek, Feist, Wilson & Plesko, 2001).

#### **2.4.4 Evaluación de la Empatía en la Adolescencia**

Para evaluar la empatía en la adolescencia existen diversos instrumentos de medición. Los mismos son diversos en cuanto a que varían de acuerdo a las definiciones y conceptualizaciones que se tenga como sustento teórico sobre esta variable.

A continuación, se enumerarán los principales instrumentos de evaluación de acuerdo a las visiones de la empatía presentadas previamente:

- *Visión afectiva:* dentro de esta perspectiva es posible ubicar al Cuestionario de Tendencias Emocionales Empáticas de Mehrabian y Epstein (1972), el cual fue desarrollado como una medida de empatía emocional, arrojando una sola puntuación. Esta escala fue tomada como base para estudios posteriores, como el de Garaigordobil (2000). De esta manera, la autora desarrolló el Cuestionario de Evaluación de la

Empatía, aplicándolo en población infantil española. Este instrumento presenta un total de 22 ítems que hacen referencia a sentimientos empáticos. Los mismos son informados a través de los sujetos, los cuales deben responder si generalmente hacen, piensan o sienten lo que afirma cada una de las frases.

Por otra parte, Caruso y Meyer (1998) desarrollaron una escala para evaluar empatía emocional en adolescentes de entre 11 y 18 años. La versión final de la misma consta de 30 ítems; algunos de ellos se encuentran redactados de forma inversa y se incluyeron situaciones emocionales positivas y negativas. Para responder, los autores utilizaron una escala de 5 puntos, donde 1 era “totalmente en desacuerdo” y 5 “totalmente de acuerdo”.

- *Visión cognitiva:* en esta visión es posible mencionar a la escala de Dymond (1949), la cual es reconocida como el primer cuestionario que tiene importancia y calidad científica. La misma está compuesta por dos subescalas (A y B) y para lograr las puntuaciones el sujeto debe puntuar en una lista de adjetivos tanto a sí mismo como a otros, lo que permite obtener una medida aproximada de la capacidad de toma de perspectiva (Fernández-Pinto et al., 2008).

Con posterioridad, Hogan (1969), con la finalidad de superar algunas limitaciones que presentaba el instrumento de Dymond, desarrolló la Escala EM. Esta medida fue una de las más utilizadas, dado que implica menor tiempo de administración; está conformada por 64 ítems y ha presentado propiedades psicométricas adecuadas (Fernández-Pinto et al., 2008).



- *Visión integradora*: en esta mirada se pueden ubicar el Test de Empatía Cognitiva y Afectiva (TECA) de López-Pérez, Fernández-Pinto y Abad (2008), el Cuestionario de Empatía para niños de Richaud, Lemos, Mesurado y Oros (2017), el Cuestionario Multidimensional de Empatía para Adolescentes (CMEA) de Lemos y Richaud (2021) y el Índice de Reactividad Personal (IRI) de Davis (1980, 1983).

Respecto al primer instrumento, el mismo ha sido adaptado en diferentes países. Una de dichas adaptaciones fue llevada a cabo para ser aplicada en niños y adolescentes en España (TECA-NA). Así, cuenta con 33 ítems que evalúan la empatía de manera global y de forma específica a través de cuatro subescalas (Adopción de perspectivas, Comprensión emocional, Estrés empático y Alegría empática). Los resultados obtenidos de la adaptación indican que esta medida presenta adecuadas propiedades psicométricas (López-Pérez, Ambrona & Márquez-González, 2014). En el contexto argentino, se ha llevado a cabo un estudio para evaluar el funcionamiento psicométrico del TECA en una muestra de estudiantes universitarios de la carrera de psicología, encontrándose resultados satisfactorios y confiables (Lemos, Vargas Rubilar & Ordano, 2018).

En el caso del segundo y tercer instrumento, el Cuestionario ha sido desarrollado en el contexto argentino para ser aplicado en niños y adolescentes respectivamente, a partir de un modelo de neurociencia social cognitiva. El mismo está compuesto por 15 ítems y presenta cinco dimensiones: contagio emocional, autoconciencia, toma de perspectiva, regulación emocional y actitud empática. Los resultados confirman que tanto la versión para niños como la que está destinada a adolescentes representan medidas válidas y confiables para la evaluación de la empatía cognitiva y emocional (Lemos & Richaud, 2021; Richaud et ál., 2017).

En cuanto al cuarto instrumento, el Inventario de Davis ha sido traducido al idioma español y ha tenido aceptación en el mundo académico (Mestre Escrivá, Frías Navarro & Samper García, 2004; Pérez-Albéniz, de Paúl, Etxeberría, Montes & Torres, 2003; Richaud de Minzi, 2008). Asimismo, ha sido adaptado a distintas poblaciones (infantil, adolescentes, universitarios, adultos).

Uno de los trabajos que llevó a cabo este proceso de adaptación y validación en adolescentes es el desarrollado por Mestre Escrivá y colaboradores (2004), quienes determinaron las propiedades psicométricas de este instrumento luego de ser adaptado a adolescentes españoles con edades comprendidas entre los 13 y 18 años.

En el contexto argentino se ha realizado una adaptación de la Escala de Davis en niños de 9 a 12 años (Richaud de Minzi, 2008) y también en sujetos con edades comprendidas entre los 19 y 55 años (Müller, Ungaretti & Etchezahar, 2018). En el primer caso, la versión obtenida mantuvo el modelo teórico de base, pero presentó ciertas diferencias en algunos ítems, dado que los sujetos le otorgaron significados distintos a los mismos. En el segundo caso, el cuestionario permite abordar el estudio de la empatía en diferentes poblaciones teniendo en cuenta cuatro dimensiones: fantasía (FS), toma de perspectiva (PT), preocupación empática (EC) y angustia personal (PD). Otro ejemplo de la utilización de este instrumento se visualiza en un trabajo realizado por Rodríguez (2014b), en el cual se ha aplicado el Cuestionario de Tendencias Emocionales Empáticas de Mehrabian y Epstein (1972) correlacionándolo con la adaptación argentina del Índice de Reactividad Interpersonal de Davis (Richaud de Minzi, 2008). Los resultados indicaron asociaciones entre ambas escalas, lo que permitiría llevar a cabo una integración en la medición de la empatía.

En la Tabla 1 puede visualizarse un resumen de los instrumentos detallados

previamente:

**Tabla 1**

*Instrumentos de medición de la Empatía Negativa*

<b>Visión Afectiva</b>	<b>Visión Cognitiva</b>	<b>Visión Integradora</b>
Cuestionario de Tendencias Emocionales Empáticas de Mehrabian y Epstein (1972)	Escala de Dymond (1949)	Test de Empatía Cognitiva y Afectiva (TECA) de López-Pérez, Fernández-Pinto y Abad (2008)
Cuestionario de Evaluación de la Empatía de Garaigordobil (2000)	Escala EM de Hogan (1969)	Adaptación a población española del Test de Empatía Cognitiva y Afectiva (TECA-NA) de López-Pérez, Ambrona & Márquez-González (2014)
Escala de Empatía Emocional en adolescentes de Caruso y Meyer (1998)		Cuestionario de Empatía para niños de Richaud, Lemos, Mesurado y Oros (2017)
		Cuestionario Multidimensional de Empatía para Adolescentes (CMEA) de Lemos y Richaud (2021)
		Índice de Reactividad Personal (IRI) de Davis (1980, 1983)
		Adaptación a población española del Índice de Reactividad Interpersonal de Mestre Escrivá y colaboradores (2004)
		Adaptación argentina del Índice de Reactividad Interpersonal de Richaud de Minzi (2008) y de Müller, Ungaretti y Etchezahar (2018)

En el caso de la empatía positiva, las mediciones existentes para evaluar la misma han estado dirigida a población infantil pre-escolar, a universitarios y adultos, pero no se encuentran escalas destinadas a evaluar esta variable en adolescentes (de Weid, Goudena & Matthys, 2005; Eisenberg & Lennon, 1983; Feshbach & Feshbach, 1969; Lennon, Eisenberg & Carroll, 1983; Roberts & Strayer, 1996; Strayer, 1993).

De esta manera, existen autoinformes como es el caso de la Escala de Empatía Positiva (PES, por sus siglas en inglés), dirigida a adultos y desarrollada por Morelli y colaboradores (2015). La escala presenta propiedades psicométricas adecuadas y puede

considerarse efectiva para medir la empatía positiva (Yue et ál., 2016). Por otra parte, este grupo de investigadores también desarrollaron y validaron una medida diaria de empatía positiva, diferente a la escala anterior. Este instrumento presenta cuatro ítems, como por ejemplo “Hoy, me sentí feliz de que algo bueno le sucediera a alguien que conozco” y “Hoy, me sentí emocionado cuando vi a alguien triunfar”. Al igual que las otras evaluaciones, esta medida ha mostrado una buena confiabilidad interna y ha correlacionado significativamente con otros constructos tales como la empatía negativa diaria, la toma de perspectiva diaria y afecto positivo diario o cotidiano.

En relación a la utilización de la Escala de Empatía Positiva, la misma ha sido traducida al idioma chino-mandarín por Yue y colegas (2016). Los investigadores tradujeron esta escala y examinaron las propiedades psicométricas de su versión, para verificar su aplicación transcultural. Para llevar a cabo su trabajo, tomaron como muestra a estudiantes universitarios. La versión china del PES resultó ser una medida adecuada de empatía positiva para estudiantes universitarios de esa población.

Otra medida de evaluación existente es la escala desarrollada por Gable y colaboradores denominada Escala de Respuestas Percibidas e Intentos de Capitalización (PRCA), la cual evalúa la empatía positiva percibida en parejas de novios, a través de los siguientes elementos: “Cuando le cuento a mi pareja algo bueno que me pasó, a veces tengo la sensación de que mi pareja está aún más feliz y emocionado/a que yo” (Gable et al., 2006; Gable et al., 2004).

Por último, también existe la utilización de hetero informes para evaluar la empatía positiva como es el caso de la *Escala de Empatía Positiva Disposicional*, desarrollada por Sallquist y colaboradores (2009). Originalmente tuvo como objetivo evaluar la empatía positiva en preescolares, informada por los padres y las madres de

los niños. Los investigadores examinaron la relación entre la medida de empatía positiva informada por los padres y la empatía positiva de los niños observada por los experimentadores.

#### **2.4.5 Empatía en la adolescencia: diferencias según edad y sexo**

En cuanto a las diferencias según sexo en el desarrollo de la empatía, se han encontrado algunas inconsistencias en los aportes teóricos. Así, existen estudios previos que afirman que las diferencias de género son reales (Zhan-Waxler, Radke-Yarrow, Wagner & Chapman, 1992). Por consiguiente, los hombres y las mujeres difieren al momento de experimentar las emociones, tanto las negativas como las positivas y también en cuanto a su intensidad (Brebner, 2003; Chaplin & Aldao, 2013). Así, las mujeres resultan más empáticas que los hombres, demostrando niveles mayores de comprensión ante las reacciones emocionales de los otros, especialmente en situaciones negativas (Galán, Romero, Morillo & Alarcón, 2014; Guzmán Bohórquez, Duarte Ramos & Giraldo Camacho, 2019).

En consonancia con esta mirada, las investigaciones han encontrado que las niñas suelen mostrar más empatía y simpatía, a través de sus manifestaciones faciales y de sus comportamientos que los niños (Zahn-Waxler, 2001; Zahn-Waxler, Cole & Barrett, 1991). También, diversos estudios hallaron en las mujeres puntuaciones significativamente superiores de empatía (Litvack, Mcdougall & Romney, 1997; Mestre et ál., 2004; Mirón, Otero & Luengo, 1989), lo que se relaciona con niveles más bajos de agresividad (Carlo et al., 1999; Singh-Manoux, 2000).

Respecto a las diferencias según sexo, los estudios de Eisenberg y otros (2001) y de Sánchez-Queija y equipo (2006) afirman que las mismas aumentan con el paso de

los años. De esta manera, dichos autores hipotetizan que algunas explicaciones posibles para esto podrían relacionarse con la presión social ejercida sobre las mujeres (lo cual se asocia con la predisposición que deben tener para todo lo vinculado con lo social, los afectos y el preocuparse por los demás) y también con la deseabilidad social (contestar a las preguntas de acuerdo a lo que se espera de cada sujeto).

De igual modo, los trabajos llevados a cabo por Hoffman (1977) y por Eisenberg y Lennon (1983) encontraron que las diferencias de género se encontraban a favor de las mujeres en la dimensión afectiva y no en la cognitiva. En relación a esto, Hoffman (1977) expresa que la empatía en las mujeres puede ser parte de una orientación afectiva prosocial, que incluye la tendencia a experimentar culpa si infringen daño a otras personas y la capacidad de imaginarse a sí mismas en el lugar del otro. En el caso de los hombres, los mismos presentan una mayor tendencia para llevar a cabo acciones instrumentales de mejora en las relaciones sociales.

Estos hallazgos previos han sido replicados también en diversas investigaciones (Bryant, 1982; Muncer & Ling, 2005; Pérez-Albéniz et al, 2003), inclusive en adolescentes entrerrianos (Rodríguez & López, 2020).

Asimismo, estudios recientes encontraron que en diversos grupos de adolescentes entre 16 y 19 años las mujeres obtuvieron puntuaciones más elevadas que los hombres en las medidas de empatía global, toma de perspectiva, preocupación empática y malestar personal (Gómez Tabares & Narvaez Marin, 2020). Otro trabajo llevado a cabo en preadolescentes y adolescentes entre 10 y 19 años también encontró hallazgos similares, dado que las mujeres puntuaron más alto en empatía cognitiva y afectiva (Brotfeld & Berger, 2020). De igual modo, estos resultados son coincidentes con otros, dado que las diferencias se encuentran a favor de las mujeres en esta variable

(Gonzales, 2020).

A pesar de que el debate sobre estos aspectos sigue abierto, algunos autores afirman que las mujeres resultan más empáticas si se utilizan como técnicas de recolección de información las medidas de autoinforme (Calvo et al., 2001; Hay, 1994; López, 1994; Pakaslahti, Karjalainen & Keltikangas-Järvinen, 2002), debido a que las diferencias disminuyen si se tienen en cuenta otro tipo de estudios (Eisenberg, 2000b).

En lo concerniente al desarrollo de la empatía a lo largo del ciclo vital, las diferencias individuales en esta capacidad y la tendencia a hacerlo tienen alcances significativos para el funcionamiento social durante la vida (Eisenberg, 2000a; Eisenberg, Spinrad & Knafo-Noam, 2015; Stern & Cassidy, 2018). Así, parte de la literatura científica afirma que la misma suele emerger desde edades muy tempranas, para luego volverse más sofisticada en la infancia (Mesurado, 2018; Roth-Hanania, Davidov & Zahn-Waxler, 2011; Vaish, Carpenter & Tomasello, 2009; Zahn-Waxler et al., 1992). De igual modo, hay autores que afirman que al aumentar los años también se produce un incremento de la empatía (Eisenberg et al., 2001).

Específicamente, en la adolescencia, los hallazgos son diversos con respecto a los cambios durante esta etapa vital. Así, los avances sociocognitivos, las mejoras en la teoría de la mente, la regulación y comprensión de las emociones y el desarrollo de la autoconciencia, así como la capacidad para informar sobre lo que les sucede, sus estados internos, facilitan un aumento en la capacidad de empatía (Eisenberg, 2000b; Hart & Fegley, 1995; Stern & Cassidy, 2018). También, durante esta etapa de la vida se ha encontrado que la baja empatía se manifiesta en los comportamientos antisociales y a través de la agresividad (Cohen & Strayer, 1996; Lovett & Sheffield, 2007).

Por otra parte, algunos investigadores han encontrado un aumento en la simpatía

(Davis & Franzoi, 1991; Olweus & Endresen, 1998) y una disminución en las angustias personales durante la adolescencia (Davis & Franzoi, 1991; Eisenberg, Cumberland, Guthrie, Murphy & Shepard, 2005); otros no lo han hecho (Karniol, Gabay, Ochion & Harari, 1998) o han encontrado un patrón mixto de resultados (especialmente para la angustia empática) que varían según el sexo (Olweus & Endresen, 1998).

En cuanto a su evolución a través del tiempo y la interacción con el sexo, Bryant (1982) encontró que, con el paso de los años, las mujeres incrementan de forma significativa la respuesta empática hacia personas que sean de su mismo sexo, mientras que los varones disminuyen la respuesta empática hacia sujetos del mismo sexo (hasta comienzos de la adolescencia). Por otra parte, Calvo y colaboradores (2001) destacan que la empatía se incrementa con la edad en el sexo femenino mientras que en el sexo masculino permanece constante.

#### **2.4.6 Empatía y su vinculación con la Resiliencia del Yo y el Control del Yo**

Respecto a la empatía, gran parte de los trabajos que se han llevado a cabo, se centraron en investigar las habilidades cognitivas que predicen las habilidades empáticas en la primera infancia. No obstante, son escasos los estudios que hacen referencia a qué tan bien los niños logran recuperarse del estrés (es decir, su capacidad de resiliencia del yo) y cómo podría afectar sus respuestas ante la angustia emocional de los demás (uno de los aspectos de la empatía) (Taylor et al., 2013).

De este modo, en lo que concierne a la vinculación entre la empatía y la resiliencia del yo, uno de los primeros trabajos en demostrar su asociación ha sido el de Block y Block (1980) quienes informaron que los niños con niveles más altos de



resiliencia del yo eran más simpáticos con los demás y a su vez, más hábiles para expresar emociones apropiadas. Del mismo modo, Strayer y Roberts (1989) destacaron la presencia de correlaciones positivas entre la resiliencia del yo y la empatía en niños de 6 y 7 años. Es decir, aquellas personas que son relativamente hábiles para adaptar sus reacciones emocionales y conductuales al estrés pueden comprender y responder de mejor forma a las necesidades emocionales de los demás.

En consonancia con lo expresado previamente, existen trabajos que han encontrado que las diferencias individuales en la empatía se vinculan con la resiliencia y el estrés. De esta manera, aquellos niños escolares que eran resilientes, presentaban mayores niveles de empatía que aquellos que no lo eran y que estaban afectados por el estrés (Magnus, Cowen, Wyman, Fagen & Work, 1999; Parker, Cowen, Work & Wyman, 1990).

Por otra parte, Eisenberg y otros (2011) afirmaron que las personas que presentan niveles bajos en la resiliencia del yo, pueden manifestar sentimientos de angustia al afrontar las emociones negativas de los demás, lo que conlleva a un enfoque centrado en uno mismo en vez de los demás.

En lo que concierne a la relación entre la empatía y el control del yo, diversos estudios hallaron que los sujetos que son capaces de regular sus emociones y las conductas vinculadas a estos, es más probable que experimenten empatía en vez de malestar. Así, Eisenberg y Fabes (1995) argumentaron que aquellas personas que mantienen sus reacciones emocionales dentro de rangos tolerables tienen mayores posibilidades de experimentar cómo se sienten los demás. Por el contrario, aquellas que tienen propensión a experimentar emociones negativas y tiene dificultades para regularse a sí mismas, suelen ser proclives a la angustia personal (Hoffman, 1982).

Por otra parte, Roberts y otros (2014) encontraron en niños que, la empatía contribuye en varios comportamientos sociales y además sugieren vínculos importantes entre las emociones, la autorregulación (control del yo) y el comportamiento prosocial. Asimismo, se ha demostrado que en la infancia hay una correlación positiva entre el control del yo y la empatía y una correlación negativa en la adultez (Davies, Stankov & Roberts, 1998; Eisenberg, 2000a). De este modo, es factible visualizar una asociación entre estos aspectos.

Por lo tanto, a partir de lo expuesto es posible observar el hecho de que el estudio de las vinculaciones entre la empatía con la resiliencia del yo y el control del yo, han sido demostrados en la etapa de la niñez y en la adultez, pero son casi inexistentes los hallazgos en la adolescencia. En este sentido, se destaca la necesidad de llevar a cabo trabajos que se focalicen en estas relaciones en los adolescentes.

#### **2.4.7 Relación entre la Empatía Negativa y la Empatía Positiva**

Como se ha mencionado en apartados previos, la literatura científica plantea que la empatía negativa y positiva son diferentes entre sí (Andreychik, 2017; Andreychik & Lewis, 2017; Andreychik & Migliaccio, 2015; Jansen, 2021; Morelli et al., 2015; Morelli et al., 2014; Yue et al., 2016). Más allá de las distinciones que puedan realizarse entre ambas formas de empatía, algunas investigaciones afirman que la tendencia a experimentar empatía positiva se relaciona con la tendencia a experimentar empatía negativa, a través de la comprensión de los estados emocionales negativos de los otros (Morelli et al., 2015). De este modo, diversos hallazgos encontraron asociaciones estadísticamente significativas entre dichas variables a nivel de rasgo (Gable et al., 2006; Sallquist et al., 2009). Asimismo, la empatía positiva se correlaciona

positivamente con el bienestar personal y social y su mejora, aún después de controlar la empatía negativa (Morelli et al., 2015).

En cuanto a estas variables durante la niñez, algunos estudios previos sugieren que, en esta etapa del ciclo vital, los niños pueden mostrar niveles similares o incluso mayores de empatía positiva respecto de la empatía negativa (Feshbach & Roe, 1968; Levine & Hoffman, 1975; Strayer, 1980; Telle & Pfister, 2015). En apoyo a esto, la investigación llevada a cabo por Light y colaboradores (2009) informó una asociación moderada entre los sentimientos empáticos experimentados debido a emociones negativas y positivas en niños, luego de que ellos observaran a los experimentadores manifestar expresiones de dolor y/o alivio.

Continuando con el razonamiento anterior, autores como Feschbach y Roe (1968) y Duan (2000) concluyeron que la empatía positiva resulta más gratificante en comparación con la negativa, la cual puede generar sentimientos desagradables. Así, las personas tienen la tendencia a empatizar con afectos positivos, debido a que implica la experiencia de sentimientos agradables. Continuando con los ejemplos de estos estudios en niños, se descubrió que suelen responder más empáticamente al visualizar la felicidad de sus compañeros que a otras emociones, como las negativas (Strayer, 1980; Telle & Pfister, 2015).

Por otra parte, los trabajos realizados durante la juventud y la adultez han encontrado que la empatía covariaba de manera significativa con la experiencia de las personas en eventos sociales positivos (como salir a cenar con amistades) antes que en eventos sociales negativos (Nezlek et al., 2001). Otras investigaciones tuvieron en cuenta la literatura sobre la motivación de acercamiento y evitación y buscaron relacionarla con ambas capacidades empáticas y con las motivaciones prosociales, ya

sea para ayudar a otras personas a acercarse a las experiencias positivas o evitar las negativas (Andreychik & Lewis, 2017). De este modo, los hallazgos encontrados por estos autores dan cuenta de que ambas empatías se separan e influyen de forma distinta con la motivación de ayuda, debido a que la empatía positiva se asocia con una motivación centrada en el otro para ayudarlo a acercarse a resultados positivos mientras que la empatía negativa se vincula con una motivación centrada en el otro para ayudarlo a evitar resultados negativos.

Desde otra perspectiva, Andreychik (2019) constató una relación entre la empatía negativa y positiva con aspectos como la calidad de vida profesional y laboral. Por consiguiente, en el ámbito organizacional, experimentar emociones negativas se asocia con mayor agotamiento mientras que lo contrario, vivenciar emociones positivas genera mayor satisfacción a través de la compasión y reduce el agotamiento (Jansen, 2021).

En resumen, si bien ambos tipos de empatía son diferentes, no son excluyentes entre sí (Andreychik & Migliaccio, 2015), sino que se relacionan y hasta incluso se complementan. De allí la importancia de abordarlas conjuntamente en las investigaciones.

## **2.5 Prosocialidad**

### **2.5.1 Definiciones y conceptualizaciones de la Conducta Prosocial**

Desde una perspectiva histórica, es posible encontrar referencias a los comportamientos prosociales en escritos antiguos, como por ejemplo en la Biblia o en la Reforma Protestante (Schroeder & Graziano, 2015). De este modo, este tipo de conductas estuvo ligado a la moralidad y al pensamiento religioso, por lo cual resultaba

complejo poder identificar de forma científica las variables que influían en las mismas (Haidt, 2007; Pigliucci, 2013).

El término prosocialidad fue acuñado por Wispe (1972) como un antónimo de la conducta antisocial y luego, se consolidó en estudios posteriores, como los de Staub (1975), Mussen & Eisenberg (1977). Cabe destacar que el interés en esta temática se ha acrecentado en los últimos años, debido a la importancia que tiene en el desarrollo de una personalidad saludable, orientada a vínculos sociales e interpersonales positivos (Mesurado, Rodriguez & Oñate, 2019). Así, desde esta perspectiva, la prosocialidad es un tema que pertenece al campo de la Psicología Positiva (Castro-Solano, 2010).

En concordancia con lo antes expuesto, se destaca el hecho de que en los últimos años se ha incrementado el desarrollo empírico que aborda esta variable (Carlo, Eisenberg & Knight, 1992; Carlo & Randall, 2002; Caprara & Pastorelli, 1993; Caprara, 2005; Eisenberg & Fabes, 1998; Roche-Olivar, 1997, 1999, 2010; Padilla-Walker & Carlo, 2014). De este modo, existen diversos avances en este campo, que acompañan el interés en el desarrollo prosocial (Taylor & Carlo, 2021). Por lo tanto, algunos académicos enfatizan las trayectorias de los tipos y objetivos de los comportamientos prosociales (Padilla-Walker & Carlo, 2014; Taylor, O'Driscoll, Dautel & McKeown, 2020). Otro avance es el enfoque renovado en el estudio de diversos grupos culturales, tanto de diversas nacionalidades y minorías sociales, lo cual permite examinar la generalización de modelos a través de culturas y comprender el desarrollo social normativo (Bähr et al., En prensa; Carlo, 2006; Carlo & de Guzman, 2009). Una tercera tendencia importante es la presencia de diseños de estudios más sofisticados (por ejemplo, longitudinales, experimentales) y medidas (por ejemplo, múltipleinformadores, escalas multidimensionales) (Taylor & Carlo, 2021; Taylor,

Merrilees, Baird, Goeke-Morey, Shirlow & Cummings, 2018). Cabe aclarar que algunos de estos enfoques se desarrollarán en los siguientes párrafos.

Respecto a su conceptualización, en palabras sencillas, el comportamiento prosocial puede ser entendido como cualquier acción que beneficia a otro (Dovidio, et al., 2006). A pesar de que esta definición puede parecer simple, proporciona algunas nociones para comprender este tipo de conducta. Una de ellas refiere al hecho de que la prosocialidad es un acto social, de carácter interpersonal, por lo cual debe haber un benefactor y uno o más destinatarios de la misma (Dovidio et al., 2006; Schroeder & Graziano, 2015).

Otras maneras de entender esta variable se asocian con la perspectiva que se adopte. Así, hay autores que consideran la conducta prosocial como un constructo único que evalúa la conducta voluntaria (Eisenberg & Fabes, 1998) dirigida a cuidar, asistir, confortar, ayudar y beneficiar a otros (Caprara, Alessandri, Di Giunta, Panerai & Eisenberg, 2010; Caprara & Pastorelli, 1993; Caprara, Steca, Zelli & Capanna, 2005; Eisenberg, Fabes & Spinrad, 2006). Así, se incluyen en el dominio de la ayuda conductas de rescate, asistencia, donación, voluntariado y apoyo social (Pearce & Amato, 1980).

Por otra parte, existen investigaciones recientes que destacan la necesidad de analizar y evaluar los diversos tipos de conductas prosociales y su relación con diferentes variables emocionales; es decir, tienen una mirada multidimensional (Mestre, 2014; Mesurado, 2014; Padilla-Walker & Carlo, 2014; Richaud, 2014). Por lo tanto, desde esta perspectiva, la prosocialidad implica una amplia cantidad de situaciones en las que se pueden presentar distintos comportamientos empáticos y prosociales como así también los motivos que dirigen la misma (Carlo & Randall, 2002).

Así como existen dichas perspectivas para conceptualizar la prosocialidad, también se han encontrado en revisiones sistemáticas otras definiciones que enfatizan diversos aspectos de la misma (Pfattheicher, Nielsen & Thielmann, 2021). De acuerdo a esta investigación, la conducta de ayuda puede ser considerada desde tres aspectos: a) intenciones y motivos; b) costos y beneficios y c) contexto social. En cuanto al primer aspecto, Batson y Powell (2003) destacan que el comportamiento prosocial incluye una gama amplia de acciones que están destinadas a beneficiar a uno o más sujetos, además de uno mismo (Eisenberg & Miller, 1987; Zaki & Mitchell, 2013). En este caso, el acento se pone en la intención de generar bienestar en las demás personas, más allá de las consecuencias que se obtengan de las conductas. En cuanto al segundo aspecto, al contrario del enfoque anterior, se hace énfasis en las consecuencias de la prosocialidad más que en los motivos e intenciones que subyacen la misma. Un ejemplo de esto es el aporte de Schroeder y Graziano (2015) quienes entienden al comportamiento prosocial como cualquier tipo de acción que beneficie a otro (esta mirada fue mencionada previamente). Por último, el tercer aspecto afirma que este tipo de comportamiento es aquel que es valorado por la sociedad del sujeto, destacando la aprobación social de los demás y por lo cual la prosocialidad se convierte en un fenómeno normativo (Dovidio, 1984; Penner, Dovidio, Piliavin & Schroeder, 2005).

Continuando con las definiciones de esta variable, el autor Roche Olivar (1998) entiende la conducta prosocial como aquel comportamiento que favorece a otra persona, a grupos o metas sociales y que permite el aumento de la probabilidad de generar una reciprocidad, de calidad, solidaria y positiva en las relaciones interpersonales; también, debe salvaguardarse la identidad, iniciativa y creatividad de las personas o grupos implicados (Auné, Blum, Abal, Lozzia & Attorresi, 2014).

Por otra parte, González Portal (2000) demarca este término de forma más amplia, considerando que la misma incluye a toda conducta social que sea positiva, ya sea que presente o no una motivación altruista, poniendo el foco en la acción en sí misma.

Así, a partir de estas definiciones previas, es posible esbozar algunas diferencias y similitudes con el altruismo, dado que, en diversas ocasiones, ambos conceptos se confunden, ya que se encuentran estrechamente relacionados. El altruismo puede ser considerado como el resultado de anteponer la necesidad de los otros a la propia, teniendo en cuenta el beneficio exclusivo del receptor y no del actor (Howard & Piliavin, 2000). De esta manera, surge a partir de un amor incondicionado por el prójimo, a través del cual se busca hacer el bien y tener en cuenta el bienestar de la otra persona, aun sacrificando el propio interés (Caprara, 2005; Mesurado et al., 2019). Asimismo, el comportamiento altruista puede generarse como un intento de reducir el sufrimiento ajeno (Batson, 1991). Respecto a este concepto, existen autores que afirman que el mismo consiste en la ayuda a otros, sin tener en cuenta los castigos o recompensas externas (Carlo, Eisenberg, Troyer, Switzer & Speer, 1991).

Sin embargo, la conducta prosocial podría encontrarse motivada de manera externa o por recompensas (existen diversas tendencias prosociales, las cuales se detallarán más adelante). Por lo tanto, es posible afirmar que todo comportamiento altruista es prosocial, pero, no toda conducta prosocial es altruista, dado que la misma presentaría otros motivos más allá de la incondicionalidad por el prójimo (González Portal, 2000; López, 1994; Mesurado et al., 2019).

Continuando con la caracterización de este constructo, el mismo es concebido como resultado de diversos factores causales, mecanismos mediadores y circunstancias



moderadoras (Auné et al., 2014; Penner et al., 2005). Dentro de los factores que contribuyen a la consecución de conductas prosociales se encuentran los aspectos biológicos, culturales, las experiencias de socialización, las características de la situación, variables como la edad, el género, los rasgos de personalidad, el nivel socioeconómico y características cognitivas y afectivas. Como ejemplo de estos aspectos que favorecen las acciones prosociales, es importante considerar que durante el proceso de socialización se aprende a actuar en beneficio de otras personas (Garaigordobil & Berrueco, 2007); en concordancia con esto, algunas conductas paternas contribuyen a que los hijos puedan llevar a cabo comportamientos de ayuda. Algunas de ellas son la aceptación parental, la preocupación empática y la toma de perspectiva de los padres (Richaud de Minzi, Lemos & Mesurado, 2011). En suma, ningún aspecto por sí solo es capaz de explicar este tipo de comportamientos en su totalidad (Batson & Powell, 2003; Mesurado & Guerra, 2018).

Por otra parte, de acuerdo a estudios recientes, el comportamiento prosocial actuaría como factor de protección o inhibidor de la agresividad, demostrando ser contrapuesto a la conducta agresiva (Broidy, Cauffman, Espelage, Mazerolle & Piquero, 2003; Eisenberg, Fabes, Guthries & Reiser, 2000; Loudin, Loukas & Robinson, 2003; Mestre, Frías, Samper & Nácher, 2003; Mestre Escrivá et al., 2002; Mestre et al., 2006; Richardson, Hammock, Smith, Gardner & Signo, 1994; Sobral et al., 2000). De igual modo, algunos trabajos realizados en la infancia y en la adolescencia han arribado a la conclusión de que niveles de conducta prosocial bajos implican un factor de riesgo de desórdenes afectivos y problemas de comportamiento (Scourfield, John, Martin & McGuffin, 2004).

En consonancia con lo expresado en el párrafo anterior, se considera que la

conducta prosocial se relaciona con aspectos saludables de la persona y que generan bienestar (Johnson, Beebe, Mortimer & Snyder, 1998; Littman-Ovadia & Steger, 2010; Taylor & Carlo, 2021). De este modo, llevar a cabo frecuentemente acciones prosociales se vincula con el desarrollo moral, una mayor autoestima, estabilidad emocional, confianza, rendimiento académico y otras cualidades salugénicas y también son fundamentales para comprender la cooperación y el conflicto entre grupos (Bowman, Brandenberger, Lapsley, Hill & Quaranto, 2010; Carlo, 2014; Caprara et al., 2012). De igual modo, la confianza en la capacidad para ayudar a otros, el control emocional, la capacidad de toma de perspectiva y los valores de autotranscendencia favorecen la prosocialidad (Alessandri, Caprara, Eisenberg & Steca, 2009).

### **2.5.2 Tipos de Conducta Prosocial**

Actualmente existen diversas clasificaciones que categorizan la conducta prosocial. Una de las tipologías más aceptadas en el ámbito académico diferencia entre: ayudar, altruismo, voluntariado y cooperación (Schroeder & Graziano, 2015). A continuación, se detallarán cada una de las mismas:

a) *Ayudar*: este constructo representa un descriptor bastante amplio e inespecífico que incluye una amplia variedad de actos. Así, los investigadores han realizado intentos para definir qué se incluye dentro de esta categoría. De este modo, se encuentran los aportes de Pearce y Amato (1980) quienes sugirieron que la conducta de ayuda puede dividirse en un continuo que va desde planificado y formal hasta espontáneo e informal. Posteriormente, aparece McGuire (1994), quien llevó a cabo un estudio con estudiantes universitarios, los cuales debían enumerar ejemplos de ayuda que habían recibido en

los últimos tiempos. Luego de este trabajo, se identificaron cuatro tipos de ayuda: ayuda casual, ayuda personal sustancial, ayuda emocional y ayuda de emergencia

b) *Altruismo*: como se ha mencionado previamente, la relación entre ayudar y altruismo suele ser confusa a veces. Los términos a veces se usan de manera indistinta; sin embargo, hay distinciones importantes que se puede llevar a cabo para diferenciar estas conductas. En consecuencia, para que un comportamiento reciba la etiqueta de altruista, deben considerarse la intención y los beneficios, los cuales resultan centrales. Por lo tanto, Macaulay y Berkowitz (1970) afirman que un acto altruista es aquel en el que la persona que ayuda brinda asistencia sin esperar recompensas externas por realizar dicha acción. Por otra parte, Aronson, Wilson y Akert (2013) consideran que el altruismo es ayudar pura y exclusivamente por el deseo de beneficiar a otro, sin beneficio para uno mismo. Por último, se pueden destacar los aportes de Batson, (1987, 1991, 1994, 1998, 2011), uno de los estudiosos del tema, el cual sostiene que la condición definitoria para el altruismo es la motivación del ayudante, dado que es un estado motivacional que tiene como objetivo final aumentar el bienestar de las demás personas (Batson, 2011).

c) *Voluntariado*: este tipo de conducta suele involucrar a una persona que brinda tiempo, energía, recursos o experiencias a una organización que atiende a personas con diferentes necesidades (Clary et al., 1998; Stürmer & Snyder, 2010). Otros autores consideran que el voluntariado es una tarea no obligada y que a su vez es continua y sostenida; asimismo, requiere de cierta planificación (Omoto & Snyder, 1995). También se destacan los aportes de Penner (2002, 2004) quien afirma que este tipo de

conducta prosocial suele darse en un contexto institucional.

d) *Cooperación*: esta conducta puede ser definida como aquellas interacciones sociales en las que las partes que están involucradas participan en relaciones interdependientes, coordinando sus acciones a través de metas en común. Estas relaciones deben promover resultados que sean beneficios para todos y pueden incluir recompensas sociales y materiales (Dovidio et al., 2006). Mediante la cooperación, todas las partes contribuyen de alguna forma al logro de los objetivos planteados. Esta contribución no necesariamente debe ser igual, pero cada miembro aporta lo que le es posible y los demás esperan obtener algún tipo de beneficio (Schroeder & Graziano, 2015). Este tipo de conducta prosocial es posible encontrarla en relaciones diádicas (Kelley & Thibaut, 1978; Thibaut & Kelley, 1959), también se la puede ver en situaciones intragrupalas (Parks, Joireman & Van Lange, 2013; Van Lange, Balliet, Parks & van Vugt, 2014; Van Lange, Joireman, Parks & Van Dijk, 2013) e intergrupales (Allport, 1954; Pettigrew, 1998; Pettigrew & Tropp, 2006).

Además de la clasificación recién presentada, existen otros autores que han distinguido en detalle distintas conductas prosociales, como, por ejemplo, Roche Olivar (1998, 1999) y González Portal (2000).

Así, Roche Olivar (1999) diferencia entre: Ayuda física, Servicio físico, Dar, Ayuda verbal, Consuelo verbal, Confirmación y Valoración positiva del otro, Escucha profunda, Empatía, Solidaridad y Presencia positiva y unidad.

Por otra parte, González Portal (2000), ha llevado a cabo una contraposición de diversos tipos de conductas prosociales. Las mismas son:

- Conducta prosocial de ayuda directa versus conducta prosocial de ayuda

indirecta.

- Conducta prosocial solicitada versus conducta prosocial no solicitada.
- Conducta prosocial de ayuda identificable versus conducta prosocial de ayuda no identificable.
- Conducta prosocial de ayuda en situación de emergencia versus conducta prosocial de ayuda en situación de no emergencia.
- Conducta prosocial en situación de emergencia versus conducta prosocial institucionalizada.
- Conducta prosocial espontánea (no planificada) versus conducta prosocial no espontánea (planificada).

Si se observa la tipología de González Portal (2000) y la presentada al comienzo del apartado, es posible verificar que existen relaciones entre las mismas. De esta manera, por ejemplo, la conducta prosocial institucionalizada podría vincularse al voluntarismo, según las características presentadas (Penner, 2002, 2004). Asimismo, la conducta prosocial espontánea y la planificada pueden asociarse a la clasificación propuesta por Pearce y Amato (1980) quienes consideran la conducta de ayuda en términos de un continuum.

Contrariamente a los estudios previos, las teorizaciones de los últimos años tienen en cuenta una menor cantidad de categorías (Auné & Attorresi, 2017). De esta manera, Caprara y colaboradores plantean como categorías de la conducta prosocial las siguientes: Compartir, Cuidar, Ayudar y Ser empático. Por otra parte, Hay y Cook (2007) distinguen entre: Sentimientos por el otro, Trabajar con otro y Atender a otro. Así, además de estos ejemplos de tipologías mencionados previamente pueden encontrarse otras en la actualidad, las cuales presentan semejanzas entre sí mismas

(Dunfield, 2014; López de Cózar, Alonso Plá, Esteban Martínez, Calatayud Miñana & Alamar Rocati, 2008; Warneken & Tomasello, 2009).

### **2.5.3 Motivaciones prosociales**

Teniendo en cuenta la diversidad de tipologías, las tendencias y motivaciones prosociales que se establecieron en la literatura científica (Auné et al., 2014), es de suma importancia delimitar a qué se hace referencia cuando se habla de tendencias o motivaciones prosociales (Gómez Tabares & Narvaez Marin, 2020).

En primer lugar, el hecho de considerar las conductas prosociales en situaciones específicas permite obtener mayor información acerca del desarrollo de las mismas y de las relaciones que se pueden establecer entre la prosocialidad y otras variables del desarrollo, incluyendo contextos diversos, la identificación de los receptores de ayuda y los motivos que pueden relacionarse con dichas prácticas (Mesurado, 2014; Richaud, 2014; Richaud, Mesurado & Kohan Cortada, 2012; Rodriguez, 2014a). Por lo tanto, desde esta perspectiva multidimensional, una de las maneras de abordar los comportamientos prosociales es teniendo en consideración las motivaciones o tendencias que los originan. Cabe destacar que las mismas han sido estudiadas en profundidad en los últimos años, ya que estas tendencias se constituyen en el motor de la prosocialidad (Carlo & Randall, 2002; Carlo, McGinley, Hayes, Batenhorst & Wilkinson, 2007; Richaud et al., 2012).

En segundo lugar, respecto a las motivaciones o tendencias prosociales, existen una diversidad de perspectivas. A continuación, se describirán algunas de ellas.

Una forma de entender estos aspectos responde a un modelo neo-darwiniano contemporáneo, con una visión biológica, desde la cual se considera que las motivaciones prosociales se presentan en los seres humanos a partir de predisposiciones

genéticas. Asimismo, aquellas personas que se comportan de este modo tienen mayor éxito evolutivo, el cual es comprendido como la supervivencia de los genes a través de las distintas generaciones (Penner et al., 2005).

Otros autores consideran que el colectivismo y la motivación moral también pueden ser fuentes de la prosocialidad, además del altruismo y egoísmo (Batson & Powell, 2003). Respecto al colectivismo, el mismo supone el beneficio de un grupo particular en su conjunto; de este modo, percibir a alguien como integrante de un grupo común aumenta la cantidad de acciones de ayuda (Hewstone, Rubin & Willis, 2002). En cuanto a la tendencia moral, la misma tiene como último objetivo el sostenimiento de un principio moral universal, como, por ejemplo, la justicia (Batson & Powell, 2003).

Por otra parte, se encuentra la mirada de Omoto y Snyder (1990), quienes hacen referencia a la participación y el mantenimiento de actividades de voluntariado. Se distingue seis motivaciones principales, las cuales son: valor expresivo, comprensión, social, de la carrera, protección y mejora. De este modo, en esta línea, se han desarrollado diversos análisis; pero, no se ha estudiado con profundidad en el ámbito de las profesiones en la cual su rol incluye la conducta de ayuda, como, por ejemplo, medicina, enfermería, psicología (González Gutiérrez, Peñacoba Puente, Moreno Rodríguez, López López & Velasco Furlong, 2006).

Otro aporte en este tema es el de Smith, Kleinbeck, Boyle, Kochinda y Parker (2001), los cuales han desarrollado tres tipos de motivaciones para el comportamiento prosocial de los cuidadores familiares (altruista, búsqueda de recompensa y motivación castigo-evitación).

También, además de las perspectivas mencionadas anteriormente, existen otros estudios que investigaron las tendencias que llevan a la concretización de la conducta

de ayuda (Carlo & Randall, 2002; Carlo et al., 2007; Richaud, Mesurado & Lemos, 2012; Rodriguez, 2014a, 2016). De este modo, Carlo y Randall (2002) llevaron a cabo una distinción, a través de la cual destacan: motivación altruista (la ayuda se encuentra motivada por la preocupación sobre el bienestar y las necesidades de las demás personas, relacionada a la compasión e internalización de normas) (Eisenberg & Fabes, 1998); motivación complaciente (se produce la ayuda como respuesta a pedidos verbales o no verbales del otro sujeto) (Eisenberg, Cameron, Tryon & Dodez, 1981); tendencia emocional (se ayuda a aquellos que se encuentran en circunstancias emocionales evocadoras); tendencia pública (la conducta de ayuda se lleva a cabo en la presencia de una audiencia, para obtener el respeto o la aprobación de los demás y también, mejorar la propia autoestima); motivación anónima (ayuda que se lleva adelante para beneficiar a otras personas, sin que nadie se entere de la misma) y motivación directa (la ayuda se presta en momentos de crisis o situaciones de emergencia).

En lo concerniente a las diversas motivaciones prosociales, algunas investigaciones han encontrado relaciones existentes entre las mismas. Así, la tendencia pública correlaciona de forma negativa con las tendencias complaciente, anónima y altruista (Carlo & Randall, 2002). También, se hallaron asociaciones positivas de carácter significativo entre la tendencia complaciente y emocional la complaciente y la directa, así como la tendencia emocional y la motivación directa (Richaud et al., 2012). Asimismo, estas correlaciones se han confirmado en otros trabajos (Azimpour, Neasi, Shehni-Yailagh & Arshadi, 2012).

Respecto a las motivaciones sensibles (emocional, directa y complaciente), se ha observado que las mismas corresponden a una demanda externa intensa, por parte de



la persona que es receptor de la ayuda (Richaud et al, 2012). Estos aspectos han sido comprobados en adolescentes argentinos (Rodríguez, 2014a).

#### **2.5.4 Destinatarios de la Conducta Prosocial**

Los trabajos sobre prosocialidad en su mayoría, abordan la misma de forma general, sin identificar aquellas personas que son destinatarias de la ayuda (Mesurado, 2014). No obstante, existen estudios previos que han arribado a la conclusión de que los sujetos realizan distinciones entre los posibles receptores de la ayuda (de Guzman et al., 2008; Eisenberg, 1983) y una base fundamental para dichas distinciones parece ser la cercanía del vínculo con el destinatario (Eisenberg, 1983). En concordancia con estos aspectos, los autores Staub y Sherk (1970) encontraron que existen más intercambios entre amigos que aquellos que no lo son; asimismo, los adolescentes jóvenes aseveraron que tenían una mayor propensión a actuar de forma prosocial hacia sus padres y amigos cercanos que hacia otras personas más distantes (Bigelow, Tesson & Lewko, 1992; Eisenberg, 1983). Por lo tanto, aquello que impulsa a actuar de este modo hacia amigos cercanos o miembros de la familia, puede ser un intento por mejorar o mantener la relación (Chapman, Zahn-Waxler, Cooperman & Iannotti, 1987).

En relación a estos aspectos, Kumru (2002) halló diferencias en la conducta prosocial de adolescentes dentro del contexto familiar. Así, las mujeres eran más prosociales con todos los miembros del grupo familiar, pero especialmente con la madre y los abuelos. Por lo tanto, estas características desarrolladas hasta el momento, son consistentes con un enfoque relacional de la conducta prosocial (Eberly & Montemayor, 1999) y no de una perspectiva disposicional o situacional.

Por otra parte, si bien gran parte de la literatura existente sobre la temática

estudia la misma de manera general, de igual modo, la mayoría de las investigaciones tienen una mirada situacional de la conducta prosocial. Sin embargo, al considerar una perspectiva relacional, es posible pensar sobre los predictores de este tipo de comportamiento, los cuales varían de acuerdo se trate de la ayuda brindada a los amigos y a la familia o a los extraños, donde no existe una motivación relacional para llevar a cabo actos prosociales (Padilla-Walker & Christensen, 2011).

En consonancia con lo expresado previamente, en los últimos años se han llevado a cabo trabajos que demuestran que la prosocialidad varía de acuerdo a los distintos tipos de objetivos (los receptores de la ayuda).

De este modo, los hallazgos existentes (Carlo & Padilla-Walker, 2020) han demostrado que los adolescentes ayudan a sus compañeros con más frecuencia que a otros objetivos, pero también se comportan de manera prosocial con bastante frecuencia con los miembros de la familia (Lewis, 2014) y con menos frecuencia con los extraños (van de Groep et al., 2020). En otros trabajos los autores hallaron que los comportamientos afectivos prosociales pueden ocurrir con más frecuencia hacia los familiares (Kumru & Yagmurlu, 2014; Lewis, 2014; Streit et al., 2020), mientras que el voluntariado y el servicio comunitario ocurren con mayor frecuencia hacia los extraños (Reinders & Youniss, 2006).

Por otra parte, desde una mirada sociológica e histórica, se han encontrado trabajos realizados en niños, los cuales intentaron comprender las diferencias en las acciones prosociales hacia los compañeros, las madres y los desconocidos (de Guzman et al., 2008; Eisenberg, Wolchik, Goldberg & Engel, 1992; Knafo, Zahn-Waxler, Van Hulle, Robinson & Rhee, 2008; Miller, Eisenberg, Fabes & Shell, 1996). También, otros hallazgos en esta población dan cuenta de que la pertenencia a un grupo influye

en el desarrollo de la prosocialidad (Over, 2018). Desde este enfoque se ha demostrado que los niños pequeños pueden ser prosociales y que suelen involucrarse en comportamientos que están destinados a beneficiar a otras personas (Dunfield & Kuhlmeier, 2013; Warneken & Tomasello, 2009). Estos estudios proponen que dichos impulsos prosociales se manifiestan con sujetos del mismo grupo, ya sea lingüístico, de género y de raza (Dunham, Baron & Banaji, 2008; Kinzler, Dupoux & Spelke, 2007; Shutts, 2015), por lo cual a veces los niños son más prosociales con los miembros de su propio grupo y no con miembros de otros grupos o exogrupos (Benozio & Diesendruck, 2015; Buttelmann & Böhm, 2014; Greenwald & Banaji, 1995; Over, 2018).

Asimismo, se han realizado investigaciones en esta línea en estudiantes universitarios, encontrando resultados similares a los anteriores (Everett, Faber & Crockett, 2015). De esta manera, los sujetos que participaron del estudio eran más prosociales hacia el endogrupo (en comparación con los integrantes del exogrupo), lo cual puede ser explicado por el hecho de que las personas prefieren ayudar a los miembros del grupo interno más que a los del grupo externo (Mifune, Hashimoto, & Yamagishi, 2010; Tajfel, Turner, Austin & Worchel, 1979; Yamagishi & Mifune, 2008).

Por otra parte, se encuentran los trabajos desarrollados por Padilla-Walker y colaboradores (2011, 2015), quienes abordaron estas cuestiones en la niñez y en la adolescencia a través de estudios longitudinales y de autoinformes. Estos autores consideran que es necesario tener en cuenta el comportamiento prosocial dentro de los vínculos interpersonales. De esta manera, tanto los niños como los adolescentes llevan a cabo distinciones entre los receptores de la ayuda (Mesurado et al., 2018). Estos investigadores demostraron la asociación entre diversas variables (como la empatía) y

la conducta prosocial dirigida hacia los amigos, la familia y los extraños. Además, encontraron que las características disposicionales se asocian consistentemente con comportamientos prosociales hacia extraños (Padilla-Walker & Christensen, 2011), mientras que las motivaciones relacionales basadas en valores o el deseo de mantener y defender las normas de los vínculos se asocian más consistentemente con comportamientos prosociales hacia miembros de la familia (Padilla-Walker, Dyer, Yorgason, Fraser & Coyne, 2015). También hallaron que la calidez materna es un predictor significativo de la prosocialidad hacia la familia y la simpatía y la autorregulación están pobremente relacionados con esta conducta (Padilla-Walker et al., 2015). Por otro lado, otros estudios demostraron que la calidez paterna se asocia con la prosocialidad hacia los amigos (Padilla-Walker, Nielson & Day, 2016).

En síntesis, luego de todo lo expresado, es posible inferir la necesidad de un enfoque multidimensional del desarrollo prosocial (Carlo & Padilla-Walker, 2020; Padilla-Walker, Carlo & Memmott-Elison, 2018) y de continuar realizando estudios en esta dirección, lo cual es una de las propuestas de este trabajo de investigación.

### **2.5.5 Evaluación de la Conducta Prosocial en la Adolescencia**

En lo que concierne a la evaluación de la conducta prosocial, existe una gran diversidad de instrumentos. Un gran número de ellos están destinados a niños y adolescentes (Auné & Attorresi, 2017).

Esta exploración psicológica puede presentar diversas fuentes de información, tales como el propio sujeto (autoevaluación), o fuentes externas, como los padres, compañeros, docentes, entre otros (heteroevaluación). A los fines de este trabajo, solamente se describirán algunas medidas de autoevaluación, especialmente las que se

han adaptado a población adolescente. Para un acercamiento más exhaustivo y detallado sobre este aspecto se sugiere ver los trabajos de Auné et ál. (2014) y de Martí-Vilar, Corell-García y Merino-Soto (2019).

Si se considera que la prosocialidad es un constructo amplio, al momento de evaluarla es posible distinguir entre medidas de conducta prosocial global y conductas prosociales en situaciones específicas (Carlo & Randall, 2002). En el primer caso, este tipo de instrumentos evalúan tendencias personales de exhibición de comportamientos prosociales, en diversos contextos y motivos; así, se caracteriza a aquellas personas que son prosociales de las que no lo son. Un ejemplo que representa este tipo de medición es la Escala para la Medición de la Conducta Prosocial en Adultos de Caprara y colaboradores (2005). La misma presenta 16 reactivos, con cinco opciones de respuesta Tipo Likert; cada uno de los ítems refleja comportamientos y sentimientos, los cuales pueden incluirse en una de estas acciones: ayuda, compartir, cuidar y ser empático con los otros. Ha sido adaptada a población adolescente argentina, presentando buenas propiedades psicométricas (Rodríguez, Mesurado, Oñate, Guerra & Menghi, 2017).

En el segundo caso, se pueden considerar situaciones específicas, como, por ejemplo, obtener información respecto a las motivaciones por las cuales se llevan a cabo conductas de ayuda o quiénes son los destinatarios de la misma. Por un lado, autores como Carlo y Randall (2002) desarrollaron una Escala para la Evaluación de Prácticas Prosociales. La misma cuenta con 23 ítems y está compuesta por seis subescalas, que dan cuenta de distintos tipos de comportamiento prosocial: público, anónimo, en situaciones de urgencia, emocional, complaciente y altruista. Dichos ítems se valoran a través de una escala Likert de cinco opciones. Este instrumento se aplicó en adolescentes tardíos. Así, se ha adaptado y utilizado en diversos estudios argentinos

(McGinley, Opal, Richaud & Mesurado, 2014; Richaud et al., 2012). Por otro lado, Padilla-Walker y Christensen (2011), llevaron a cabo una Escala que permite distinguir a quién está dirigida la conducta de ayuda (hacia familiares, amigos y extraños), en población adolescente. En cuanto a la misma, se realizaron adaptaciones en población de jóvenes argentinos (Mesurado, Guerra, De Sanctis & Rodriguez, 2019).

También se encuentran otras formas de exploración de la prosocialidad, como, por ejemplo, la Escala de Conducta Prosocial de Caprara y Pastorelli (1993), la cual través de 15 ítems evalúa las conductas de altruismo, de confianza y de agradabilidad. Fue adaptada en argentina en adolescentes con edades comprendidas entre los 12 a 15 años (Urquiza, 2005). Asimismo, es posible mencionar el Cuestionario de Conducta Prosocial de Sánchez Queija, Oliva y Parra (2006), el cual está destinado a adolescentes y deben responder si han llevado a cabo las siguientes conductas: consolar a un chico o chica (par) que estaba triste o deprimido, quedar al cuidado de algún niño pequeño sin recibir dinero, dar dinero a instituciones benéficas, realizar tareas sociales de voluntariado en ONGs, ayudar a personas con deficiencias físicas o sensoriales, devolver dinero o algún objeto perdido a un desconocido y cuidar a enfermos o personas mayores. Por último, se puede hacer referencia la Escala de Conductas Prosociales en Adolescentes, la cual estudia este tipo de comportamiento en adolescentes escolarizados argentinos (Balabian & Lemos, 2018).

#### **2.5.6 Prosocialidad en la adolescencia: diferencias según edad y sexo**

Respecto al sexo, diversas investigaciones han encontrado que las mujeres suelen presentar conductas prosociales con mayor frecuencia (Caprara & Pastorelli, 1993; Inglés et al. 2008; Inglés et al., 2009). Así, suelen desarrollar estos

comportamientos en el contexto de relaciones duraderas, llevando a cabo acciones de apoyo, cuidado o empatía (Caprara & Steca, 2005). Por lo tanto, muestran mayores tendencias prosociales motivadas por el altruismo y la emoción empática (Carlo et al., 2003; Carlo & Randall, 2002), ya que ayudan a los otros cuando atraviesan circunstancias emocionales difíciles.

Estos hallazgos previos son coincidentes con otros trabajos empíricos que han demostrado una mayor disposición empática en la mujer, niveles más elevados de conducta prosocial y niveles más bajos de agresividad (Broidy et al., 2003; Carlo, Hausmann, Christiansen & Randall, 2003; Carlo, Raffaelli, Laible & Meyer, 1999; Scourfield et ál., 2004; Singh-Manoux, 2000).

En cambio, los hombres, muestran una tendencia a ayudar cuando son necesarias acciones rápidas y a su vez, existen necesidades claras (Carlo & Randall, 2002). Por otra parte, un estudio realizado por Carlo y otros (2003) concluyó que los varones llevan a cabo más conductas prosociales públicas (como por ejemplo aquellas orientadas a ganar la aprobación de los demás).

Por otra parte, algunos trabajos longitudinales (Carlo & Padilla-Walker, 2020; Padilla-Walker et al., 2018) identificaron diferencias de sexo cuando se consideran los receptores de la ayuda de los comportamientos prosociales (por ejemplo, en el caso de los amigos) pero las diferencias no resultan tan consistentes al tener en cuenta otros objetivos (por ejemplo, los integrantes de la familia y personas extrañas).

No obstante, a pesar de estos resultados previos, en los últimos años diversas investigaciones obtuvieron conclusiones disímiles respecto a las diferencias de sexo en la conducta prosocial. Específicamente, en el caso de la cooperación, un estudio encontró que los hombres y las mujeres no difieren en este aspecto de la prosocialidad;

asimismo, los autores destacan que la asociación entre sexo y cooperación está moderada por varias características claves del contexto social (Balliet, Li, Macfarlan & Van Vugt, 2011). Sin embargo, el trabajo desarrollado por Rand (2017) encontró diferencias de sexo a favor de las mujeres.

En el caso del altruismo, existe un mayor consenso entre la literatura existente, dado que los autores en los últimos años concuerdan en que las diferencias según sexo están a favor de las mujeres; por lo tanto, las mujeres tienden a presentar comportamientos de ayuda que buscan el beneficio de los demás de modo desinteresado en comparación con los hombres (Brañas-Garza, Capraro & Rascon-Ramirez, 2018; Engel, 2011; Rand, Brescoll, Everett, Capraro & Barcelo, 2016; Xiao et al., 2019). Además, tanto hombres como mujeres esperan que las mujeres sean más altruistas que las personas del otro sexo; estos hallazgos han sido encontrados en estudiantes y en sujetos que no lo eran (Brañas-Garza et al., 2018).

De este modo, los autores concluyen que, aunque pueda haber similitudes en la prosocialidad entre hombres y mujeres, es importante considerar el tipo de conducta prosocial como asimismo las motivaciones de la misma al momento de examinar las diferencias según sexo (Xiao et al., 2019).

En cuanto a la edad, estudios previos sostienen que la orientación prosocial se asociaría con la entrada en la madurez adulta, considerada tanto por adolescentes como por jóvenes (Eisenberg et al., 2005). Esto se debe a que el desarrollo de la prosocialidad implica procesos evolutivos generales y psicológicos, en los cuales se implica la atención, la evaluación, el razonamiento moral, la competencia social, la autorregulación (Caprara & Pastorelli, 1993; Eisenberg & Fabes, 1998), los estilos parentales y la percepción de empatía (Richaud de Minzi et al., 2011). Asimismo, la



prosocialidad se relaciona con la identidad y una vez que se consolida el proceso formativo, la prosocialidad forma parte de la identidad personal, ya sea en la adolescencia como en la adultez temprana. Esta asociación es muy estrecha y se evidencia especialmente en aquellos casos en donde las personas con una identidad más difusa presentan niveles menores de conducta de ayuda (Hardy & Kisling, 2006).

Por otra parte, se encuentran trabajos longitudinales que han demostrado que el comportamiento prosocial tiene un desarrollo positivo, ya que, a lo largo de la niñez, el repertorio de este tipo de respuestas, aumenta de forma progresiva (Shaffer, 2002). De esta manera, el curso de la prosocialidad lleva a que se convierta en relativamente estable durante el final de la infancia (Mestre, Tur, Samper, Nácher & Cortés, 2007) y al comienzo de la adolescencia temprana. Luego, en la etapa media de la adolescencia, tiende a declinar, pero, se incrementa en la fase tardía (Carlo, Crockett, Randall & Roesch, 2007; Inglés et al., 2008). De este modo, según Kohlberg (1992), en la adolescencia aumenta el desarrollo de la prosocialidad debido a que los razonamientos morales se van complejizando y se produce una disminución del egocentrismo.

De igual manera, las investigaciones desarrolladas por Padilla-Walker y su equipo (Padilla-Walker et al., 2018) han constatado que la conducta prosocial hacia los extraños se incrementa durante la adolescencia temprana a la mitad y luego se estabiliza durante la transición a la edad adulta. En el caso el comportamiento prosocial hacia los amigos, el mismo aumenta de manera constante y respecto a la prosocialidad hacia los miembros de la familia, encontraron que fue relativamente estable durante la adolescencia y luego si se produce un aumento de la misma en la transición hacia la adultez. También, estos mismos autores lograron identificar diferentes trayectorias de conductas prosociales dirigidas hacia diferentes objetivos (con trayectorias de 11 a 14

años). Respecto a las mismas, los resultados obtenidos dan cuenta de que a medida que pasa el tiempo, aumentan las trayectorias para la prosocialidad hacia los amigos; no obstante, gran parte de las trayectorias permanecieron estables o disminuyeron al transcurrir el tiempo en el caso de los comportamientos prosociales hacia la familia (Carlo & Padilla-Walker, 2020; Padilla-Walker et al., 2015).

### **2.5.7 Prosocialidad y Empatía negativa**

Los diversos trabajos que abordan la temática de la prosocialidad y las variables que se asocian a la misma, destacan el importante papel que cumple la empatía como una de las motivaciones de la conducta prosocial (Mestre et al., 2006; Mesurado et al., 2019; Yin & Wang, 2022).

La presencia de la empatía como parte fundamental en la conducta prosocial se puede observar en la adolescencia, debido a que, en este momento, la empatía alcanza su estabilidad y forma más madura (Rodríguez, 2014a). En consecuencia, para llevar a cabo una conducta de ayuda, el sujeto debe experimentar una implicación afectiva con el destinatario de dicho comportamiento y una conciencia plena de las intenciones y efectos de sus acciones. Por lo tanto, esta implicación estaría dada por la empatía (Paciello et al, 2005).

Por otra parte, existen estudios que destacan la importancia de la regulación emocional (como por ejemplo el control del yo) para experimentar empatía y de este modo, facilitar la disposición prosocial (Eisenberg, 2000a; Mestre et al., 2006). En consonancia con esto, un grupo de investigadores han planteado el hecho de que la capacidad de autocontrol y de regulación emocional son fundamentales para el desarrollo de la conducta prosocial. Contrariamente, el comportamiento impulsivo se

relacionaría con la conducta antisocial (Bandura, 1999; Caprara & Pastorelli, 1993; Eisenberg et al., 2000).

Otro concepto relacionado con la empatía es el de angustia empática, desarrollado por Martin Hoffman (2000). Este autor la define como la aflicción ante el malestar, el peligro o la necesidad de los demás (Mesurado et al., 2019). Este constructo, según el autor, es motivo para que se presente la acción prosocial, dado que, se suele dar ayuda cuando una persona se encuentra en alguna situación que le genera angustia o dolor. Asimismo, la angustia empática precede y motiva la conducta de ayuda, destacando que los observadores se sienten mejor posteriormente de haberla llevado a cabo. Así, el objetivo primordial de este comportamiento es, a través de la empatía, aliviar la angustia de las víctimas (Hoffman, 2000). De igual modo, existen investigaciones que llegaron a la conclusión de que las personas que experimentan una mayor emoción empática presentan más conductas de ayuda (Yin & Wang, 2022).

Si se considera a la empatía desde una perspectiva multidimensional (Davis, 1980, 1983), teniendo en cuenta sus componentes cognitivos (toma de perspectiva y fantasía) y emocionales (preocupación empática y malestar personal), en la adolescencia ha sido asociada positivamente con la prosocialidad y de forma negativa con la conducta agresiva. De este modo, aquellas personas que son empáticas serían menos agresivas debido a su sensibilidad emocional y su capacidad de comprensión de los comportamientos y sus consecuencias (Loudin et al., 2003; Mestre et al., 2002; Mestre et al., 2004; Richardson et al., 1994). Asimismo, en esta etapa del ciclo vital la empatía es el mejor predictor de la conducta prosocial (Mestre et al., 2006), especialmente en sus componentes emocionales (Llorca, Malonda, & Samper-García, 2017; Tur, Llorca, Malonda, Samper & Mestre, 2016). Por su parte Gutiérrez, Escartí, y

Pascual (2011) encontraron una correlación positiva entre las variables de conducta prosocial, empatía, autoeficacia y responsabilidad (Esparza-Reig, Martí Vilar & Rodriguez, 2021).

Continuando con este apartado, así como se han llevado a cabo estudios que evalúan la relación entre la empatía y la prosocialidad en otros países, de igual manera se han realizado trabajos en el contexto argentino y especialmente en población adolescente. Uno de ellos es el de Moreno y Fernández (2011), quienes concluyeron que la empatía predice las actitudes prosociales ante ofensores y a su vez, inhibe las actitudes agresivas hacia los mismos.

En el caso de la prosocialidad dirigida hacia objetivos específicos y su vinculación con la empatía, los investigadores hallaron que la empatía se asocia con las conductas prosociales hacia los amigos y extraños, pero no hacia la familia (Padilla-Walker & Christensen, 2011). Estos hallazgos pueden ser explicados por el hecho de que las conductas de ayuda en el hogar se conviertan en parte natural de los lazos familiares y esto puede no requerir la presencia de respuestas empáticas tan fuertes, a diferencia de las conductas prosociales hacia miembros externos, las cuales sí las necesitan.

Además, en trabajos llevados a cabo en población argentina se ha observado que la empatía negativa (los aspectos de toma de perspectiva y de preocupación empática) se asocian con la prosocialidad y las emociones positivas, tanto en varones como en mujeres (Richaud & Mesurado, 2016). Asimismo, se demostró que la empatía juega un papel importante en la promoción de comportamientos prosociales en el ámbito de familia y amigos (Mesurado & Richaud, 2017). Otros hallazgos recientes indicaron que esta variable predice en mayor medida los comportamientos prosociales hacia los

extraños y en menor medida la prosocialidad hacia la familia (Mesurado et al., 2018). Por lo tanto, en el contexto argentino los resultados obtenidos son coincidentes con las investigaciones desarrolladas previamente.

### **2.5.8 Prosocialidad y Empatía Positiva**

En cuanto a la relación entre estas dos variables, diversos estudios hallaron que es posible que aquellas personas que se preocupan empáticamente por los demás, tienden a ayudar en situaciones de necesidad y al hacerlo, experimentan empatía positiva. Por lo tanto, los comentarios favorables de los receptores de la ayuda, generan alegría empática y motivan las conductas prosociales (Batson et al., 1991; Smith et al., 1989).

Otros autores sostienen que la empatía positiva puede desencadenar comportamientos prosociales, especialmente hacia aquellas personas que experimentan la felicidad como un estado afectivo (Telle & Pfister, 2015). De este modo, cuando el afecto positivo se produce como consecuencia de la empatía positiva, la persona que empatiza puede ser consciente de que esta experiencia, proviene de la percepción de felicidad de la otra persona. Esto se vincula con el hecho de que la empatía se caracteriza por la distinción entre uno mismo y el otro (Decety & Jackson, 2004; Decety & Lamm, 2006; de Vignemont & Singer, 2006). En consonancia con esto, es menester recordar que la empatía en general se considera un antecedente de la prosocialidad (Roberts & Strayer, 1996), por lo tanto, es probable que la empatía positiva deba ser provocada en primer lugar, antes de que se presente una conducta prosocial. Así, la asociación entre dichas variables puede ser explicada por la hipótesis de que las personas tienen deseo de prolongar y mantener el afecto positivo experimentado empáticamente (Telle &

Pfister, 2015).

Así como existen estudios que abordan la relación entre la empatía negativa y los tipos particulares de conductas de ayuda, también se han llevado a cabo trabajos que abordan esta vinculación, pero con la empatía positiva. De este modo, Andreychik y Lewis (2017) demostraron que la empatía positiva disposicional se asoció con la motivación de enfoque orientada a otros, pero, no se relacionó con la motivación de evitación orientada a otros (Andreychik, 2017).

Cabe destacar que también se han desarrollado investigaciones en Argentina, las cuales abordaron la relación entre estos constructos en adolescentes. Una de ellas es la desarrollada por Mesurado (2018), en la cual se investigó la influencia de los diversos tipos de empatía (tanto positiva como negativa) en el comportamiento prosocial y la experiencia de agotamiento anticipado al realizar una conducta de ayuda. Los resultados indicaron que las situaciones de empatía negativa promueven mayores niveles de conducta prosocial y agotamiento anticipado que las situaciones de empatía positiva.

Por otra parte, existe otro aspecto que se vincula con la prosocialidad y la empatía positiva, como la conexión social. En este sentido, diversos estudios sugieren que las personas experimentan empatía positiva fundamentalmente en relaciones cercanas, como en el ámbito de la amistad, la pareja y la familia. Sin embargo, también pueden hacerlo por una variedad de objetivos sociales (por ejemplo, extraños, compañeros de trabajo, conocidos) (Gable & Reis, 2010; Gable, Reis, Impett & Asher, 2004; Morelli et al., 2015). De esta manera, la empatía positiva posibilita una mejora en las relaciones sociales a través del aumento de las percepciones de la cercanía social y mediante la construcción de recursos para los vínculos (Gable et al., 2006; Gable et al., 2004).

### 2.5.9 Prosocialidad y su relación con el Control del Yo y la Resiliencia

#### del Yo

En cuanto a la vinculación entre estas variables, investigaciones previas indicaron una relación entre la resiliencia en general y la prosocialidad. De este modo, uno de los primeros estudios en abordar esta asociación fue llevado a cabo en la década del '60 en Hawái, con niños que provenían de hogares vulnerables. Se concluyó que, a pesar de que los niños estuvieron expuestos a diversos riesgos psicosociales, gracias al apego establecido a través de figuras de afecto positivas como los abuelos y sus valores inculcados, lograron crecer y desarrollarse de manera exitosa (Craig, 1999).

Respecto a los hallazgos más actuales, los mismos asocian estas variables en consonancia con otros aspectos del desarrollo. De este modo, algunos de ellos fueron llevados a cabo en adolescentes con edades entre los 14 y los 17 años pertenecientes a una tribu denominada *Acholi*, los cuales habían sobrevivido a la guerra y al desplazamiento en el norte de Uganda. El objetivo principal del trabajo consistió en investigar las relaciones entre la resiliencia, el comportamiento prosocial, el apoyo social percibido y la mejora en la depresión y en los síntomas de ansiedad durante 6 meses en dichos adolescentes. Los resultados sugieren que, por un lado, la conducta prosocial actuó como factor de protección frente a los síntomas y, por otro lado, el comportamiento prosocial se asoció con una mayor resiliencia (Haroz, Murray, Bolton, Betancourt & Bass, 2013). Otras investigaciones se llevaron a cabo en adolescentes norteamericanos con el propósito de evaluar si aquellas personas que estaban expuestas al estrés de forma moderada, tenían probabilidades de presentar conductas prosociales que los jóvenes menos expuestos al estrés. De esta manera, los resultados demostraron que la exposición al estrés se relacionó con algunas medidas de prosocialidad, como,

por ejemplo, el voluntariado (Larson & Moses, 2017). Por último, se hallan trabajos realizados en estudiantes universitarios de China continental durante la pandemia por COVID-19. Así, los investigadores encontraron que la resiliencia se asoció de manera positiva con el comportamiento prosocial y a su vez, el apoyo social se convirtió en mediador y moderador de este vínculo entre las variables (Xue et al., 2022).

En el caso de la resiliencia del yo y el control del yo, se ha comprobado que se vincularon con la capacidad empática (Taylor et al., 2013) y también con la conducta prosocial evaluada de manera unidimensional (Alessandri et al., 2014). Este último estudio se basó en un modelo longitudinal en el cual el control esforzado predijo de manera positiva la prosocialidad a través de la mediación de la resiliencia del yo. Por lo tanto, resultaría de gran interés estudiar si estos aspectos de la personalidad están asociados a la conducta prosocial dirigida a diferentes objetivos, o bien si están relacionados con mayor fuerza a algún tipo específico de contexto relacional.

Otro grupo de trabajos afirma que, para el funcionamiento social de los seres humanos en general y específicamente en el desarrollo del comportamiento de ayuda, las diferencias individuales en el autocontrol y la regulación de los estados emocionales desempeñan un rol fundamental. De esta manera, aspectos de la personalidad como el control del propio yo y la impulsividad pueden relacionarse con la conducta antisocial y el desarrollo de la conciencia (Eisenberg et al., 2000). En consonancia con esto, aquellas personas que tienen dificultades para controlarse a sí mismas y son impulsivas, presentan una mayor tendencia para los problemas externalizados de la conducta (tanto en la infancia como en la adolescencia o adultez), que las conduce a comportamientos desadaptativos (Eisenberg, et al., 2000; Bandura, 1999; Caprara & Pastorelli, 1993).



En suma, si bien los hallazgos previos estudiaron estos constructos, los mismos fueron llevados a cabo en otros países, en diferentes momentos etarios y han sido abordados de diversas maneras. Por consiguiente, el presente trabajo se propone analizar la mediación de la empatía (tanto negativa como positiva) en la relación entre la resiliencia del yo, el control del yo con los tres tipos de conducta prosocial durante la adolescencia inicial y media. Este modelo puede hipotetizarse a partir del hecho de que ciertas investigaciones afirmaron que la empatía se comportó como mediadora entre la prosocialidad y aspectos como el maltrato infantil y adolescente (Yu, Li & Zhao, 2020) y la atención plena o el *mindfulness* (Aydin Sünbül, 2021). De manera particular, también se encontró que la preocupación empática medió los efectos de la amenaza para la salud por COVID-19 en tendencias prosociales y antisociales en jóvenes (Serrano-Montilla, Alonso-Ferres, Navarro-Carrillo, Lozano & Valor-Segura, 2021). Por consiguiente, estos trabajos tomaron en consideración el rol mediador de la empatía negativa hacia la prosocialidad, evaluada de manera general o hacia las tendencias prosociales, pero no lo hicieron considerando los diferentes objetivos de la misma. Asimismo, no tuvieron en cuenta a la empatía positiva. A partir de lo antes expuesto, es que se plantea realizar un aporte incluyendo en el modelo a la empatía positiva como mediadora entre los dos aspectos de la personalidad y los receptores de la conducta de ayuda.

Por otra parte, los investigadores han considerado a la resiliencia del yo en algunas ocasiones como predictora de diversos comportamientos internalizados y externalizados (Miloni, Alessandri, Eisenberg, Vecchione & Caprara, 2015) y en otras, como mediadora entre el control y la prosocialidad (Alessandri et al., 2014). Por lo tanto, en este trabajo se considerará a la resiliencia del yo y al control del yo como

variables predictoras de la prosocialidad hacia los extraños, los amigos y la familia, permitiendo ampliar la revisión de la literatura existente sobre el comportamiento prosocial al explicar cómo los factores de personalidad influyen en éste a través del papel mediador de la empatía.

## Capítulo III

### Capítulo III: Metodología

En el presente capítulo se detallará la metodología utilizada en esta investigación. Se explicará el diseño de la investigación, el diseño muestral y la muestra final sobre la cual se trabajó, las técnicas de recolección de datos como así también los procedimientos de recolección de datos y de análisis de datos.

#### 3.1 Diseño de la investigación

Este trabajo presenta un enfoque cuantitativo, dado que los datos se han utilizado para probar las hipótesis teniendo como base la medición numérica y los análisis estadísticos (Hernández Sampieri, Fernández Collado & Baptista Lucio, 2014).

Según sus objetivos, puede caracterizarse como un estudio descriptivo-correlacional en los objetivos número 1 y 2, ya que por un lado pretende evaluar y describir los niveles de cada variable y su cambio en el tiempo; y, por otra parte, busca establecer el tipo de relación existente entre dichas variables medidas entre el primer tiempo con las variables evaluadas en el segundo tiempo. En relación al objetivo 3 el alcance del estudio es explicativo causal, en tanto trata de predecir las conductas prosociales de los adolescentes un año después de haber evaluado la resiliencia del yo, el control del yo y la empatía.

En cuanto al tiempo, se trata de una investigación de tipo longitudinal, ya que los datos se recolectaron a través de un lapso prolongado de tiempo, en el que los mismos sujetos fueron evaluados en dos oportunidades con un año de diferencia (Yuni & Urbano, 2016). Específicamente, el tipo de diseño longitudinal utilizado se denomina *panel*, dado que los mismos participantes son medidos u observados en los dos tiempos

o momentos (Hernández Sampieri et al., 2014). Cabe aclarar que este trabajo ha sido diseñado con la finalidad de poner a prueba un modelo longitudinal, estudiando la influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia (Tiempo 2).

De acuerdo al tipo de fuente a utilizar, puede clasificarse como un trabajo de campo. Finalmente, se considera que sigue un diseño ex post facto, dado que no manipula las variables independientes, sino que trabaja con variables asignadas (Hernández Sampieri et al., 2014).

## **3.2 Muestra**

### **3.2.1 Diseño muestral**

El universo o población está constituido por adolescentes escolarizados de la Provincia de Entre Ríos, Argentina, de ambos sexos y con edades comprendidas entre los 11/12 y los 17 años.

Los participantes que integraron los dos tiempos se seleccionaron a través de un muestreo no probabilístico, de tipo intencional. Considerando el tipo de muestreo, al momento de elegir las instituciones educativas, se incluyeron tanto las de gestión pública como privada.

Respecto a los criterios de inclusión para pertenecer a la muestra, los mismos fueron los siguientes: a) que los adolescentes tuvieran edades comprendidas entre los 11/12 y los 17 años; b) que los participantes asistieran a las instituciones seleccionadas como estudiantes de 1er, 2do y 3er Año del Ciclo Básico Común y c) aquellos estudiantes que hubieran repetido de año escolar, también se los tendría en cuenta. En cuanto a los criterios de exclusión, no formaron parte de la muestra los jóvenes que no

fueron autorizados a través del consentimiento informado por sus padres y/o tutores y los que por su propia voluntad decidieron no participar. La edad no fue un criterio de exclusión, ya que se tuvo en consideración la pertenencia al curso elegido.

Por otra parte, es menester aclarar que las proporciones de varones y mujeres no fueron equitativas en el trabajo debido a que se respetó la conformación de los cursos escolares, los cuales presentaron un mayor número de mujeres. Por consiguiente, al tratarse de una investigación que tuvo como objetivo principal estudiar el cambio y las relaciones causales entre las variables en los participantes a lo largo de los dos tiempos, no se consideró fundamental el criterio de equidad respecto al sexo. Asimismo, en el caso de los estudios con un diseño longitudinal se encuentra la desventaja de que a veces, resulta difícil obtener con exactitud a los mismos participantes para una segunda medición en el tiempo consecuente (Hernández Sampieri et al., 2014). De este modo, se contempla la pérdida muestral a medida que transcurre la investigación.

### **3.2.2 Muestra resultante**

Las instituciones en donde fueron tomadas las muestras de estudio, corresponden a escuelas públicas y de gestión privada, ubicadas en el Departamento Paraná, Provincia de Entre Ríos-Argentina. En dichas escuelas se desarrollan todos los niveles educativos obligatorios (Nivel Inicial, Primario y Secundario). Asimismo, en tres de ellas se cursan estudios superiores, pero no fue el objeto de estudio.

En el caso del Nivel Secundario, el mismo se divide en Ciclo Básico Común (que contempla 1er, 2do y 3er año) y Ciclo Orientado (que contempla 4to, 5to y 6to año). Los estudiantes que formaron parte de la muestra resultante se ubican en el Nivel Secundario.

### 3.2.2.1 Tiempo 1

La muestra ( $N = 303$ ) durante el primer tiempo de evaluación (Años 2017- 2018) estuvo conformada por 95 adolescentes varones (31%) y 208 mujeres (69%). Los participantes tenían edades comprendidas entre los 11 y los 17 años ( $M = 13, 50$ ;  $DE = 1,16$ ). Esto puede observarse en la Tabla 2.

Los participantes eran estudiantes de nivel secundario de escuelas públicas (78.6%) y de gestión privada (21.4%). Los mismos al momento de ser evaluados, se encontraban cursando el 1er, 2do y 3er Año del Ciclo Básico Común.

**Tabla 2**

*Frecuencia y porcentajes de edades Tiempo 1 (N=303)*

<b>Edad</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje</b>
<b>11</b>	3	1.0
<b>12</b>	62	20.5
<b>13</b>	86	28.4
<b>14</b>	105	34.7
<b>15</b>	30	9.9
<b>16</b>	13	4.3
<b>17</b>	4	1.3
<b>Total</b>	303	100

### 3.2.2.2 Tiempo 2

Durante el segundo tiempo de evaluación (Años 2018- 2019) la muestra ( $N = 223$ ) estuvo compuesta por 74 adolescentes varones (33%) y 149 mujeres (67%). Los participantes tenían edades comprendidas entre los 12 y los 17 años ( $M = 14, 51$ ;  $DE = 1, 05$ ). Ver Tabla 3.

Los integrantes de la muestra eran estudiantes de nivel secundario de escuelas públicas (78 %) y de gestión privada (22%). Los mismos al momento de ser evaluados,

se encontraban cursando el 1er, 2do, 3er, 4to y 5to Año del Ciclo Básico Común y Orientado.

En este segundo tiempo hubo algunos casos perdidos en comparación con el primer tiempo debido a diferentes motivos: los adolescentes se habían cambiado de escuela, o no fueron autorizados nuevamente por sus padres y/o tutores como así también, se encontraban ausentes el día de la recolección de datos. Por lo tanto, el porcentaje de pérdida muestral para el Tiempo 2 fue de 26.4%.

**Tabla 3**

*Frecuencia y porcentajes de edades Tiempo 2 (N=223)*

<b>Edad</b>	<b>Frecuencia</b>	<b>Porcentaje</b>
<b>12</b>	4	1.8%
<b>13</b>	32	14.3%
<b>14</b>	75	33.6%
<b>15</b>	78	35%
<b>16</b>	26	11.7%
<b>17</b>	8	3.6%
<b>Total</b>	223	100

### **3.3 Instrumentos de recolección de datos**

A continuación, se describirán los instrumentos que se utilizaron para llevar a cabo este trabajo.

#### **3.3.1 Resiliencia del Yo: Escala de Resiliencia del Yo (ER89-R) - Versión argentina**

Para la evaluación de la Resiliencia del Yo se ha utilizado la adaptación argentina de Hess y Mesurado (2019) de un inventario breve desarrollado por Alessandri et al. (2008) y Vecchione et al. (2010). El mismo está compuesto por 10 ítems y en su versión original se encuentra en inglés.

La escala evalúa dicha variable a través de dos dimensiones: la Regulación Óptima (compuesta por los ítems 1, 2, 3, 7, 9 y 10) y la Apertura a la Experiencia de Vida (conformada por los ítems 4, 5, 6 y 8). Algunos ejemplos de ítems son los siguientes: “Generalmente pienso cuidadosamente antes de actuar” (Regulación Óptima) y “Me gusta hacer cosas nuevas y diferentes” (Apertura a la Experiencia de Vida).

Los participantes deben indicar su grado de acuerdo a cada afirmación utilizando una escala con siete opciones de respuesta que van desde 1 (“totalmente en desacuerdo”) a 7 (“totalmente de acuerdo”) puntos.

En cuanto a los resultados de la adaptación argentina, el Análisis Factorial Confirmatorio arrojó los siguientes índices de bondad de ajuste:  $X^2 = 59.71$ ;  $p = 0.1$ ;  $X^2 / gl = 1.76$ , CFI = .93, GFI = .96, AGFI = .94. Teniendo en cuenta que todos los valores arrojaron un puntaje por encima a .90, puede concluirse que se encontró un ajuste aceptable del modelo a los datos obtenidos. En cuanto al índice de error, el mismo ha arrojado el siguiente resultado RMSEA=.05.

Respecto a la consistencia interna del instrumento, la adaptación utilizó el índice Omega, obteniendo la dimensión Regulación Óptima un índice  $\Omega$  de .74; la dimensión Apertura a la experiencia de vida un índice  $\Omega$  de .76 y la escala completa, un índice  $\Omega$  de .85. Estos valores indican que el instrumento presenta buenos niveles de confiabilidad (Hess & Mesurado, 2019).

En el caso del presente trabajo también se decidió tener en cuenta el coeficiente Omega, dado que resulta más robusto que el índice Alfa de Cronbach (McNeish, 2017). Para este estudio, en el Tiempo 1 y Tiempo 2, los índices Omega de la escala y sus dimensiones oscilaron entre .72 y .85, indicando muy buenos niveles de consistencia



interna.

### **3.3.2 Control del Yo: Escala de Control del Yo (UC-Ego Undercontrol Scale)- Versión argentina**

Para estudiar el Control del Yo se ha utilizado la adaptación y validación de la Escala de Control del Yo (EUC-Ego Undercontrol Scale) a la población argentina realizada por Hess y Mesurado (2021).

Este instrumento fue desarrollado por Jack Block (Block y Block, 2006) con el objetivo de identificar a las personas sobrecontroladas a subcontroladas en una sola escala (Block & Block, 1980). De este modo, es una escala unidimensional que consta de 37 ítems (22 de ellos están redactados de forma directa y 15 redactados de forma inversa). Algunos ejemplos de ítems describen directamente los comportamientos relevantes para el constructo (“Me pongo impaciente cuando tengo que esperar por algo”), mientras que otros son más indirectos (“Me gusta detenerme y pensar bien las cosas antes de hacerlas”). Se le pide al participante que puntúe cada una de las afirmaciones utilizando 4 opciones de respuesta que van desde “Estoy muy en desacuerdo” hasta 4 “Estoy muy de acuerdo”.

Luego de llevarse a cabo un Análisis Factorial Exploratorio, a diferencia de la original, la adaptación argentina obtuvo una nueva versión del instrumento compuesta por 14 ítems y por dos dimensiones, las cuales fueron denominadas “impulsividad cognitiva” (compuesta por los ítems 2, 25, 28, 29 y 32 de la escala original) e “impulsividad comportamental” (conformada por los ítems 2, 4, 5, 9, 12, 13, 14, 15 y 18 del instrumento original).

La impulsividad cognitiva estaría definida por una baja regulación de la persona para detenerse a pensar o considerar diferentes alternativas o puntos de vistas antes de

tomar una decisión. Asimismo, la misma se manifestaría en una baja capacidad para planificar la ejecución de pasos en el desarrollo de un proyecto. Estos aspectos dan cuenta de la existencia de una toma de decisión realizada de forma poco ponderada, por lo cual la persona tiende a ser poca cuidadosa o prudente en sus decisiones. En el caso de la segunda dimensión, la cual ha sido nombrada impulsividad comportamental, la misma puede ser definida por una baja capacidad de controlar sus exteriorizaciones tanto verbales (por ejemplo, decir mentiras, agredir verbalmente) como conductuales (por ejemplo, romper las leyes). Esta impulsividad comportamental podría surgir con el objetivo de evitar castigos, al momento de recibir órdenes de otras personas, cuando se hacen cosas que se supone no deben hacerse o para llamar la atención de los demás, lo cual indica una falta de autorregulación emocional y comportamental.

Este modelo de dos factores fue puesto a prueba a través de un Análisis Factorial Confirmatorio. Por medio de dicho procedimiento se obtuvo un índice chi cuadrado de 154.50 (gl = 76) siendo este valor estadísticamente significativo ( $p = .000$ ). El puntaje obtenido del chi/gl fue de 2.02. Por otra parte, los índices de bondad de ajuste arrojaron los siguientes valores: el GFI una puntuación de .93 y el AGFI de .91. Si bien el  $X^2$  fue significativo, lo que indicaría que el modelo propuesto difiere de los datos, Kline (2011) sugiere que cuando esto ocurre puede analizarse los índices de ajuste como el GFI y AGFI; si estos índices presentan valores por encima a .90, podría aceptarse el modelo. Por otro lado, el índice de error obtenido fue de RMSEA = .06 encontrándose dentro de parámetros aceptables.

Respecto a la consistencia interna, el factor impulsividad comportamental obtuvo un coeficiente  $\Omega$  de .73 y el factor impulsividad cognitiva un coeficiente  $\Omega$  de .65. Estos valores alcanzados dan cuenta de que este instrumento final presenta una

buena confiabilidad (Hess & Mesurado, 2021).

En el presente trabajo para el Tiempo 1 y el Tiempo 2, los índices Omega de la escala y sus dimensiones oscilaron entre .65 y .74, indicando buenos niveles de consistencia interna.

### **3.3.3 Empatía negativa: Índice de Reactividad Interpersonal (IRI)- Versión argentina**

Con el objetivo de evaluar la empatía se utilizó el Índice de Reactividad Interpersonal (IRI) de Davis (1980), en su adaptación a la Argentina (Richaud de Minzi, 2008). Es un instrumento que permite medir las diferencias individuales en las tendencias empáticas desde un punto de vista multidimensional. Consta de 28 reactivos distribuidos en cuatro subescalas que miden cuatro dimensiones separadas del concepto global de empatía: dos factores emocionales (preocupación empática y malestar o distrés personal) y dos factores cognitivos (toma de perspectiva y fantasía). Diferentes investigaciones en adolescentes han mostrado que las dos dimensiones más representativas de la empatía son la preocupación empática y la toma de perspectiva, dado que están relacionadas teórica y empíricamente (Carlo et al., 1999; Davis, 1983; Eisenberg, 1986) por lo que en esta tesis se utilizaron esas dimensiones para evaluar la empatía negativa.

La preocupación empática hace referencia a los sentimientos de compasión y de cariño por los otros (por ejemplo, “Me preocupan los problemas de los demás”); el malestar personal se asocia con los sentimientos de ansiedad y malestar que el sujeto manifiesta al observar experiencias negativas de los demás (por ejemplo, “Cuando veo a alguien herido, me pongo nervioso”).

La toma de perspectiva se relaciona con la habilidad para ponerse en el lugar de la otra persona (por ejemplo, “Cuando debo decidirme, escucho diferentes opiniones”) y la fantasía refiere a la capacidad imaginativa de la persona para ponerse en el lugar de personajes de ficción (por ejemplo, “Me identifico con los personajes de una novela”).

Se puntúa mediante una escala de tipo Likert de 5 puntos, la cual va desde 1 (“no me describe bien”) hasta 5 (“me describe muy bien”). La característica más destacada de este instrumento es que permite medir tanto los procesos cognitivos como la reacción emocional del sujeto al adoptar una actitud empática.

Para este estudio, en el Tiempo 1 y Tiempo 2, los índices Omega de la escala y sus dimensiones se encontraron entre .55 y .57, indicando buenos niveles de consistencia interna.

### **3.3.4 Empatía positiva: Escala de Empatía Positiva (Dispositional Positive Empathy Scale)- Versión argentina**

Para estudiar la empatía positiva se ha utilizado la adaptación de la Escala de Empatía Positiva (Dispositional Positive Empathy Scale) de Sallquist y colaboradores (2009) en población adolescente argentina llevada a cabo por Hess y Mesurado (2023).

Las autoras llevaron a cabo una modificación de los ítems de la versión para madres y padres de niños preescolares de esta escala, con la finalidad de adaptarla a la población adolescente. El instrumento es unidimensional y consta de 7 ítems que evalúan la empatía positiva disposicional de los niños, informada a través de sus padres. Algunos de los mismos son los siguientes: ejemplo ítem original: “Es probable que mi hijo/a muestre felicidad cuando ve a otro niño/a recibir un regalo”, ejemplo ítem modificado: “Me pongo feliz cuando veo a otro recibir un regalo”; ejemplo ítem

original: “Generalmente, mi hijo/a se siente feliz cuando otros niños a su alrededor están sonriendo”, ejemplo ítem modificado: “Me siento feliz cuando otros a mí alrededor están sonriendo”.

Los ítems son valorados en una escala de 4 puntos (1 = totalmente falso; 2 = algo falso; 3 = algo verdadero; 4 = totalmente verdadero), en la versión original (Alfa de Cronbach = .81). Esta valoración de las respuestas se mantuvo en la adaptación realizada por las autoras.

Teniendo en cuenta que la escala original se encuentra en idioma inglés, se utilizó el proceso de traducción inversa. Una persona con conocimientos avanzados del idioma inglés realizó la primera traducción del inglés al español. Luego, una segunda persona volvió a traducir del español al inglés los 7 ítems que componen la escala original. Por último, se comprobó la consistencia semántica entre las distintas versiones de la escala, comparando las mismas y llegando a la versión final que se utilizó en el estudio. Este proceso permite aumentar la seguridad en cuanto a la equivalencia entre ambos instrumentos (original y adaptado) (Hambleton, 1993, 1994, 1996).

Por otra parte, se comprobó la estructura factorial de la escala aplicada en estudiantes de nivel secundario mediante un Análisis Factorial Confirmatorio (AFC), utilizando el método Mínimos cuadrados no ponderados (*Unweighted least squares*). A través de este procedimiento, se obtuvo un índice de chi cuadrado de 13.78 ( $gl = 16$ ) siendo este valor estadísticamente significativo ( $p < .000$ ). El puntaje obtenido de chi/gl fue de .86. Por otra parte, los índices de bondad de ajuste arrojaron los siguientes valores: el GFI una puntuación de .99 y el AGFI de .97. Teniendo en cuenta que todos los valores están por encima de .95, se concluye que se encontró un muy buen ajuste del modelo a los datos obtenidos. En lo que respecta a la medición del error, el índice

RMR obtuvo un puntaje de .04, encontrándose el mismo dentro de parámetros aceptables.

En lo que concierne a la consistencia interna de la adaptación del cuestionario se utilizó el coeficiente Omega, dado que resulta más robusto que el índice Alfa de Cronbach (McNeish, 2017) obteniéndose un puntaje de .78. Este valor da cuenta de que la escala posee una buena confiabilidad.

Para este trabajo de investigación, en el Tiempo 1 y el Tiempo 2, los índices Omega de la escala oscilaron entre .78 y .84, indicando muy buenos niveles de consistencia interna.

### **3.3.5 Conducta prosocial: Escala de Conducta Prosocial hacia diferentes objetivos- Versión argentina**

Para evaluar la conducta prosocial hacia diferentes objetivos, se ha utilizado la versión adaptada y validada a población argentina (Mesurado et al., 2019; Mesurado & Richaud, 2016) de las subescalas de bondad y generosidad del Inventario de Fortalezas Personales (VIA, Peterson & Seligman, 2004), como proponen los estudios de Padilla-Walker y Christensen (2011).

La medida original de Peterson y Seligman (2004) fue diseñada para evaluar el comportamiento hacia los extraños. Algunos ejemplos de ítems son: "Aunque no sea fácil para mí ayudo a personas que no conozco" y "Ayudo a otras personas en distintas tareas (ej. en sus trabajos, problemas u otras actividades)".

Ítems similares fueron adaptados por Padilla-Walker y Christensen (2011) para evaluar la conducta prosocial hacia los amigos (9 ítems, como, por ejemplo, "Aunque no sea fácil para mí, ayudo a mis amigos") y la familia (9 ítems, por ejemplo, "Realmente disfruto haciendo pequeños favores a mi familia"). De esta manera, la

escala presenta 27 ítems en total, siendo 9 para cada receptor de la ayuda (extraños, amigos y familia).

En la investigación, se les pidió a los estudiantes que evalúen el acuerdo o desacuerdo con cada una de las afirmaciones utilizando una escala tipo Likert de 5 puntos que va desde 1 (“nada de acuerdo”) hasta 5 (“muy de acuerdo”). Las puntuaciones más altas indican mayores niveles de conductas prosociales hacia los extraños, amigos y familia.

Para este estudio, en el Tiempo 1 y el Tiempo 2, los índices Omega de la escala y sus dimensiones se encontraron entre .80 y .92, indicando muy buenos niveles de consistencia interna.

Los instrumentos utilizados en la investigación pueden ser visualizados en el Apéndice A.

### **3.4 Procedimientos de recolección de datos**

Para llevar a cabo la recolección de los datos, en primer lugar, se seleccionaron las instituciones de manera intencional. Algunas de ellas eran escuelas públicas y otras eran escuelas públicas de gestión privada tipo confesional. En dichos establecimientos se imparten clases en todos los niveles, desde el Inicial hasta el Secundario, el cual cuenta con el Ciclo Básico Común y el Ciclo Básico Orientado. Asimismo, en algunas de ellas se cursan estudios superiores.

Para llevar adelante las evaluaciones, se procedió a contactarse con los lugares elegidos, solicitando la autorización a los responsables de los mismos. De esta manera, se les explicó cuáles eran los objetivos, propósitos del estudio; también, se les entregó una copia del modelo de Consentimiento Informado que sería dado a padres y/o tutores

y de las diversas escalas que se aplicarían. Una vez obtenidos los permisos previos por parte de las autoridades de las escuelas, se les envió el Consentimiento Informado de forma escrita a los padres y/o tutores de los alumnos.

Cabe aclarar que las invitaciones fueron hechas a la totalidad de los estudiantes de cada curso seleccionado (esto fue acordado previamente con los preceptores). Sin embargo, no todos formaron parte de la muestra, dado que algunos de ellos no fueron autorizados por sus padres y/o tutores, faltaron a clases ese día o bien los adolescentes no asintieron participar del estudio. Consecuentemente el 70% del total de alumnos de esas instituciones quedaron incluidos en la muestra final, mientras que un 30% no participó del estudio por los motivos antes expuestos.

Posteriormente, se recibieron los consentimientos informados firmados por los responsables y se realizaron las administraciones en forma grupal, durante el horario de clases. La duración de las mismas fue de media hora aproximadamente. Es fundamental destacar que se tuvieron en cuenta las consideraciones éticas necesarias para mantener y garantizar la confidencialidad de los datos obtenidos. Por lo tanto, se les aseguró a los estudiantes que la información que brindaran al momento de responder, iba a ser utilizada solamente con fines académicos.

En cuanto a los tiempos de recolección de los datos, los mismos se organizaron del siguiente modo, considerando el lapso de un año entre una medición y la siguiente:

- Tiempo 1: septiembre- octubre (2017) y marzo (2018).
- Tiempo 2: septiembre- octubre (2018) y marzo (2019).

A continuación, se presenta un modelo de Consentimiento Informado utilizado en la investigación:



**Señores Padres/Tutores:**

Se llevará a cabo una Investigación de Tesis Doctoral a cargo de la Lic. Carina Daniela Hess entre los alumnos del colegio, con la finalidad de investigar la relación entre la conducta prosocial, la empatía, la resiliencia y el control del yo. Para esto se pide la participación voluntaria de los alumnos, los cuales deberán tener un consentimiento informado por parte de ustedes, que se adjunta a esta nota. Esta investigación es confidencial y se volverá a contactar a los alumnos en los próximos dos años (a lo largo del tiempo). Saludos cordiales.

**Consentimiento**

Por la presente autorizo a mi hijo/a....., DNI....., a responder a cuestionarios en el marco de la investigación “*Estudio longitudinal de la relación entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía y la Prosocialidad dirigida a miembros de la familia, los amigos y los extraños*”, llevado a cabo por la Lic. en Psicología Carina Hess, becaria doctoral de Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Psicología Matemática y Experimental (CIIPME-CONICET) y docente de la Universidad Católica Argentina (UCA), sede Paraná. Estoy en conocimiento de que los datos brindados serán confidenciales.

**3.5 Procedimientos de análisis de datos**

En primer lugar, se llevó a cabo un análisis descriptivo básico de la muestra y de cada una de las variables de estudio, con el fin de obtener las frecuencias, medias, desvíos típicos, asimetría, curtosis y los percentiles en los dos tiempos estudiados.

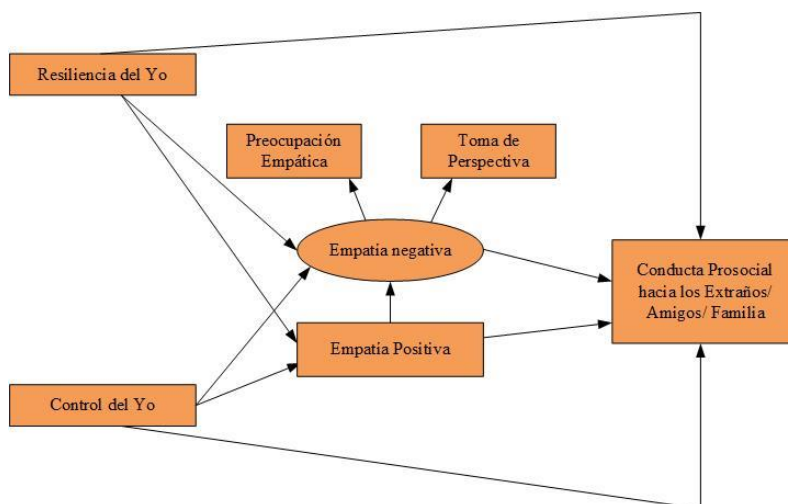
Seguidamente, para cumplir con el objetivo N° 1 se llevó a cabo un análisis multivariado y univariado de la varianza (MANOVA y ANOVA) de medidas repetidas para cada una de las variables controlando la edad y el sexo.

Para abordar el objetivo N° 2, se realizaron análisis de correlación  $r$  de Pearson entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía negativa y positiva (medidas en el Tiempo 1) con las tres formas de Conductas Prosociales (medidas en el Tiempo 2).

Por último, para cumplir con el objetivo N°3 se utilizaron ecuaciones estructurales (modelo híbrido) para el abordaje del modelo longitudinal propuesto. Se estudió así la influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía negativa

y positiva (medidas en el Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los Extraños, Amigos y la Familia (medida en el Tiempo 2).

A continuación, se presenta el modelo propuesto para el objetivo 3 (aquí se evaluaron en qué medida la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía negativa y positiva evaluadas en el Tiempo 1 pueden predecir los diferentes tipos de Prosocialidad evaluados un año después en el Tiempo 2):



*Figura 1. Modelo teórico propuesto*

Para llevar adelante estos análisis estadísticos, se empleó, por un lado, el Statistical Package for the Social Sciences (SPSS) versión 23.0 y, por otro lado, el programa Mplus 8.7.

## Capítulo IV

### Capítulo IV: Resultados

#### 4.1 Análisis Preliminares

Dado que tuvimos una pérdida de participantes del 26.4% entre el Tiempo 1 y el Tiempo 2, antes de poner a prueba los objetivos, se estudiará si hay diferencias estadísticamente significativas vinculadas a: (1) las características de base (evaluación del tiempo 1) y (2) datos demográficos, entre aquellos adolescentes que participaron de los dos tiempos de evaluación y aquellos que no participaron del segundo tiempo.

Los resultados indican que, por un lado, no existen diferencias estadísticamente significativas entre ambos grupos (adolescentes que participaron de los dos tiempos de evaluación y adolescentes que no participaron del tiempo dos) en los niveles de Resiliencia del Yo [Traza de Hotelling  $F(2, 300) = .57, p = .57$ ], de Empatía negativa [Traza de Hotelling  $F(2, 300) = 2.93, p = .06$ ], de Prosocialidad [Traza de Hotelling  $F(3, 299) = .86, p = .46$ ] como asimismo en cuanto al sexo [ $\chi^2(1) = 1.32; p = .25$ ]. Por otro lado, se encuentran diferencias estadísticamente significativas en los niveles de Control del Yo, en sus dos dimensiones, la Impulsividad Cognitiva [Traza de Hotelling  $F(1, 301) = 13.06, p \leq .000$ ] y Comportamental [Traza de Hotelling  $F(1, 301) = 5.78, p \leq .05$ ]; en la Empatía Positiva [Traza de Hotelling  $F(1, 301) = 4.11, p \leq .05$ ] como así también en cuanto a la edad [Traza de Hotelling  $F(1, 301) = 14.33, p \leq .000$ ]. En el caso del Control del Yo, los adolescentes que no participaron en el segundo tiempo del estudio presentaron mayores niveles de impulsividad cognitiva y comportamental; en cuanto a la Empatía Positiva, los estudiantes que completaron los dos tiempos de la investigación mostraron mayores niveles de empatía y respecto a la edad, las personas que no estuvieron en los dos tiempos tenían más años que aquellas que sí lo hicieron.

## **4.2 Análisis Descriptivo de las Variables en Estudio**

En esta sección se llevará a cabo el detalle de los resultados obtenidos luego de realizar los análisis estadísticos en función de los objetivos específicos planteados al comienzo del trabajo. A continuación, se presenta el análisis descriptivo de las variables teniendo en cuenta la muestra obtenida en cada uno de los tiempos del estudio. Estos datos pueden ser visualizados en la Tabla 4.

**Tabla 4**

*Análisis descriptivo de la muestra para cada variable en los dos tiempos de estudio*

		Media	Desvío Típico	Asimetría	Curtosis	Percentil 25	Percentil 50	Percentil 75
<b>Tiempo 1</b>	<b>Regulación Óptima</b>	4.24	1.14	.14	-.48	3.50	4.17	5.00
	<b>Apertura a la Experiencia de Vida</b>	4.96	1.34	-.31	-.46	4.00	5.00	6.25
	<b>Impulsividad Cognitiva</b>	2.44	.65	.20	-.12	2.00	2.40	2.80
	<b>Impulsividad Comportamental</b>	2.76	.60	-.44	-.29	2.33	2.89	3.22
	<b>Preocupación Empática</b>	2.69	.59	.13	.20	2.25	2.63	3.00
	<b>Toma de Perspectiva</b>	3.11	.69	.11	-.13	2.71	3.14	3.57
	<b>Empatía Positiva</b>	3.11	.58	-.72	.45	2.71	3.14	3.57
	<b>Conducta Prosocial Extraños</b>	2.85	.73	.05	-.26	2.33	2.88	3.33
	<b>Conducta Prosocial Amigos</b>	4.23	.68	-1.18	1.34	3.89	4.33	4.78
	<b>Conducta Prosocial Familia</b>	4.02	.87	-1.02	.50	3.44	4.25	4.67
<b>Tiempo 2</b>	<b>Regulación Óptima</b>	4.41	1.02	-.13	-.19	3.67	4.50	5.17
	<b>Apertura a la Experiencia de Vida</b>	4.83	1.39	-.40	-.45	4.00	5.00	6.00
	<b>Impulsividad Cognitiva</b>	2.27	.62	.41	.36	2.00	2.20	2.60
	<b>Impulsividad Comportamental</b>	2.78	.56	-.29	-.54	2.33	2.78	3.22
	<b>Preocupación Empática</b>	3.53	.62	-.33	.20	3.12	3.50	4.00
	<b>Toma de Perspectiva</b>	3.28	.67	-.21	-.54	2.86	3.28	3.71
	<b>Empatía Positiva</b>	3.19	.62	-1.09	1.49	2.86	3.29	3.71
	<b>Conducta Prosocial Extraños</b>	2.91	.75	-.08	-.46	2.33	3.00	3.44
	<b>Conducta Prosocial Amigos</b>	4.22	.74	-1.69	3.32	3.89	4.44	4.78
	<b>Conducta Prosocial Familia</b>	4.02	.81	-.91	.20	3.44	4.22	4.67

### 4.3 Cambios en el Tiempo de las Variables de Estudio

El primer objetivo específico de este trabajo consistió en estudiar los cambios de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía (negativa y positiva) y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia en función del tiempo controlando la edad y el sexo de los participantes. Para llevar a cabo esto, se ha realizado un análisis multivariado y univariado de la varianza (MANOVA y ANOVA) de medidas repetidas, considerando a las mismas como variables intra-sujetos y al sexo y la edad como variables control.

#### *Cambio de la Resiliencia del Yo en los dos tiempos*

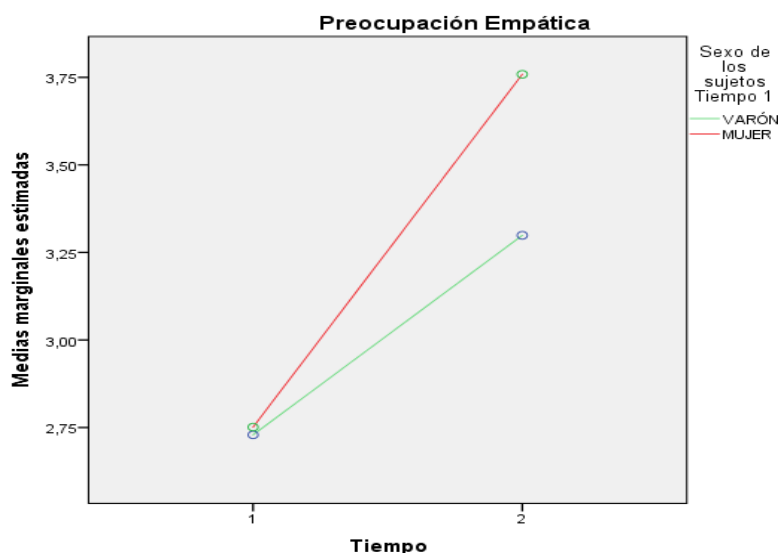
El MANOVA de medidas repetidas indicó que no se encontraron cambios en los niveles de la Resiliencia del Yo en los dos tiempos de evaluación [Traza de Hotelling  $F(2, 210) = .03, p = .97$ ]. Asimismo, las variables control no tuvieron un efecto estadísticamente significativo sobre las dimensiones de la Resiliencia del Yo [Sexo = Traza de Hotelling  $F(2, 210) = .23, p = .80$ ; Edad = Traza de Hotelling  $F(10, 418) = 1.39, p = .18$ ].

#### *Cambio del Control del Yo en los dos tiempos*

El MANOVA de medidas repetidas mostró que los niveles de Control del Yo se mantuvieron estables en los dos tiempos de evaluación [Traza de Hotelling  $F(2, 210) = 1.87, p = .16$ ]. De igual modo, las variables control no tuvieron un efecto estadísticamente significativo sobre las dimensiones del Control del Yo [Sexo = Traza de Hotelling  $F(2, 210) = .52, p = .59$ ; Edad = Traza de Hotelling  $F(10, 418) = .58, p = .83$ ].

### *Cambio de la Empatía en los dos tiempos*

El MANOVA de medidas repetidas indicó que los niveles de Empatía Negativa presentaron cambios durante los dos tiempos de evaluación [Traza de Hotelling  $F(2, 210) = 30.14, p \leq .000, \eta = .22$ ] y dichos cambios no se deben ni al sexo [Traza de Hotelling  $F(2, 210) = 2.26, p = .11$ ] ni a la edad [Traza de Hotelling  $F(10, 418) = .92, p = .51$ ]. Específicamente, los análisis univariados indican que la diferencia significativa se observa en la Preocupación Empática a lo largo del tiempo [Traza de Hotelling  $F(1, 211) = 59.04, p \leq .000, \eta = .22$ ] mostrando un incremento de la preocupación empática en el segundo año de evaluación. Por otro lado, también se identificaron diferencias en la preocupación empática en relación al sexo de los participantes [Traza de Hotelling  $F(1, 211) = 4.55, p \leq .05, \eta = .02$ ], ya que las mujeres presentaron mayores niveles de preocupación empática que los varones (Ver Figura 2).



*Figura 2. Medias Preocupación Empática Tiempo 1 y Tiempo 2*

En cuanto a la Empatía Positiva, el ANOVA de medidas repetidas mostró que no ha presentado cambios en los dos tiempos de evaluación [Traza de Hotelling  $F(1,$

211) = .27,  $p = .60$ ]. Las variables control no tuvieron un efecto estadísticamente significativo sobre la Empatía [Sexo = Traza de Hotelling  $F(1, 211) = 1.57, p = .21$ ; Edad = Traza de Hotelling  $F(5, 211) = 1.21, p = .31$ ].

#### *Cambio de la Conducta Prosocial en los dos tiempos*

El MANOVA de medidas repetidas mostró que los niveles de Prosocialidad se mantuvieron estables en los dos tiempos de evaluación [Traza de Hotelling  $F(3, 209) = .59, p = .62$ ]. De igual manera, las variables control no tuvieron un efecto estadísticamente significativo sobre las dimensiones de la Conducta Prosocial [Sexo = Traza de Hotelling  $F(3, 209) = 1.29, p = .28$ ; Edad = Traza de Hotelling  $F(15, 623) = 1.44, p = .12$ ].

#### **4.2 Asociación entre las Variables de Estudio**

El segundo objetivo específico de este trabajo tuvo como finalidad estudiar la asociación longitudinal entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (medidas en el Tiempo 1) y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y los miembros de la familia (medidas en el Tiempo 2).

Los resultados indicaron la presencia de asociaciones estadísticamente significativas, de carácter positivo entre las dos dimensiones de la Resiliencia del Yo, la Empatía Positiva y las dos dimensiones de la Empatía Negativa evaluadas en el Tiempo 1 con los tres tipos de Conductas Prosociales evaluados en el tiempo 2, es decir, un año después.

Las correlaciones entre las variables medidas en el primer tiempo con las variables medidas en el segundo tiempo se observan en la Tabla 5.



**Tabla 5**

*Coefficientes de correlación r de Pearson entre Resiliencia del Yo, Control del Yo, Empatía del Tiempo 1 (N= 303) y Prosocialidad dirigida hacia diferentes objetivos del Tiempo 2 (N= 223)*

		Prosocialidad hacia diferentes objetivos			
		Tiempo 2			
		Extraños	Amigos	Familia	
Tiempo 1	Resiliencia del Yo	Regulación Óptima	<b>.21**</b>	<b>.19**</b>	<b>.21**</b>
		Apertura a la Experiencia de Vida	<b>.23**</b>	<b>.20**</b>	<b>.21**</b>
	Control del Yo	Impulsividad Cognitiva	-.13	-.06	-.11
		Impulsividad Comportamental	.09	.13	-.08
	Empatía Negativa	Toma de Perspectiva	<b>.31**</b>	<b>.33**</b>	<b>.28**</b>
		Preocupación Empática	<b>.20**</b>	<b>.23**</b>	<b>.18**</b>
	Empatía Positiva	Empatía Positiva	<b>.24**</b>	<b>.39**</b>	<b>.20**</b>

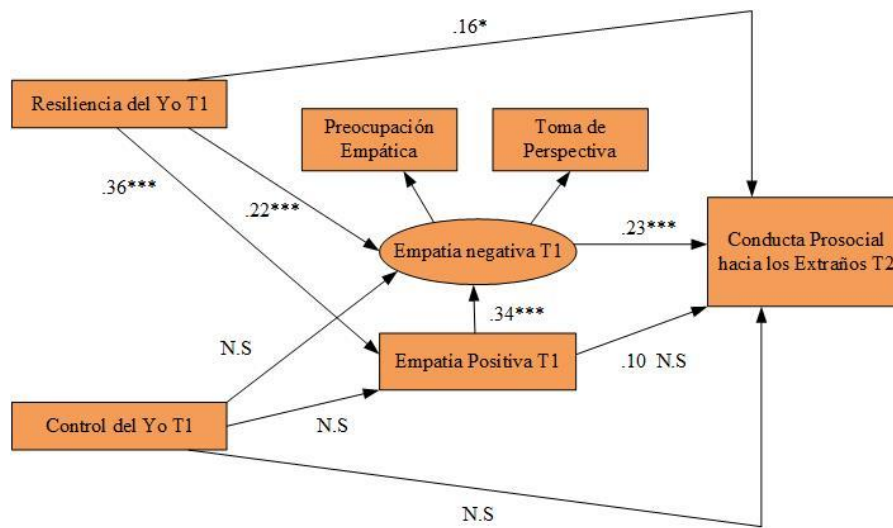
Nota: \*\* $\leq .01$ ; \* $\leq .05$

### 4.3 Modelo longitudinal

En los siguientes apartados se desarrollarán los modelos de ecuaciones estructurales realizados, dando cuenta de los resultados obtenidos de manera longitudinal a partir del modelo propuesto en el presente trabajo.

*Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños (Tiempo 2)*

Se realizó un modelo de ecuaciones estructurales con el objetivo de estudiar el efecto de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y los dos tipos de Empatía (empatía negativa y positiva) evaluadas en el tiempo 1 sobre la Conducta Prosocial dirigida a los extraños evaluada un año después (tiempo 2). El modelo también incluyó el estudio del efecto de la Empatía positiva sobre la Empatía negativa. Los resultados indican un excelente ajuste del modelo ( $\chi^2 = 5.35$ ,  $gl = 4$ ,  $p = .25$ ,  $CFI = .99$ ,  $TLI = .98$ ,  $SRMR = .03$ ). Los resultados muestran que, por un lado, la Resiliencia del Yo (T1) predice la Conducta Prosocial hacia los extraños (T2) y, por otro lado, tiene un efecto significativo sobre la Empatía positiva (T1) y negativa (T1). La Empatía negativa (T1) predice las Conductas Prosociales hacia los extraños (T2) pero no así la Empatía positiva. La Empatía positiva tiene un efecto positivo sobre la Empatía negativa. Por último, el Control del Yo (T1) no tuvo efecto sobre la Empatía ni sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños de los adolescentes. En la figura N°3 puede verse los puntajes betas estandarizados de las relaciones con sus niveles de significación. El modelo explica el 13% de la Empatía positiva, el 21% de la Empatía negativa y el 14% de la Conducta Prosocial hacia los extraños.

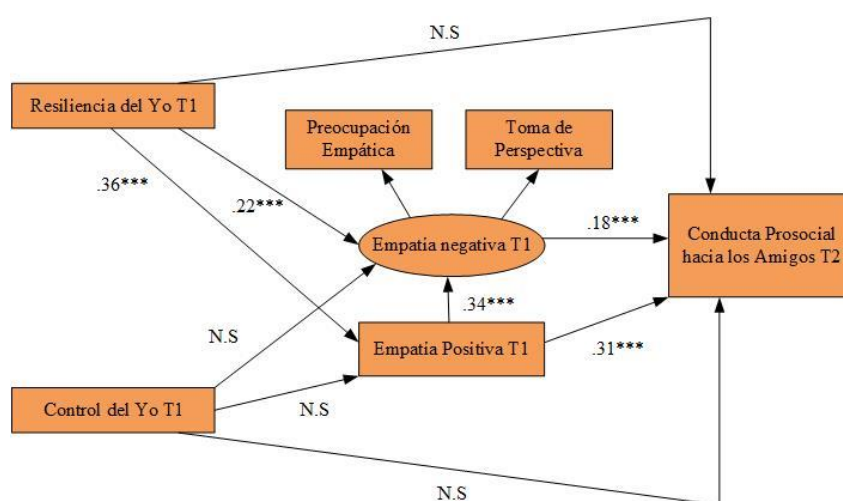


*Figura 3. Modelo de ecuaciones estructurales de la Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños (Tiempo 2)*

*Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos (Tiempo 2)*

Se realizó un modelo de ecuaciones estructurales con el objetivo de estudiar el efecto de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y los dos tipos de Empatía (empatía negativa y positiva) evaluados en el tiempo 1 sobre la conducta prosocial dirigida a los amigos evaluada un año después (tiempo 2). El modelo también incluyó el estudio del efecto de la empatía positiva sobre la empatía negativa. Los resultados indican un excelente ajuste del modelo ( $\chi^2 = 6.04$ ,  $gl = 4$ ,  $p = .20$ ,  $CFI = .99$ ,  $TLI = .97$ ,  $SRMR = .03$ ). Los resultados muestran que, por un lado, la Resiliencia del Yo (T1) no predice la Conducta Prosocial hacia los amigos (T2) y, por otro lado, sí tiene un efecto significativo sobre la Empatía positiva (T1) y negativa (T1). La Empatía negativa (T1) y positiva (T1) predicen las conductas prosociales hacia los amigos (T2). La Empatía

positiva tiene un efecto positivo sobre la Empatía negativa. Por último, el Control del Yo (T1) no tuvo efecto sobre la Empatía ni sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos de los adolescentes. En la figura N°4 pueden verse los puntajes betas estandarizados de las relaciones con sus niveles de significación. El modelo explica el 13% de la Empatía positiva, el 21% de la Empatía negativa y el 21% de la Conducta prosocial hacia los amigos.

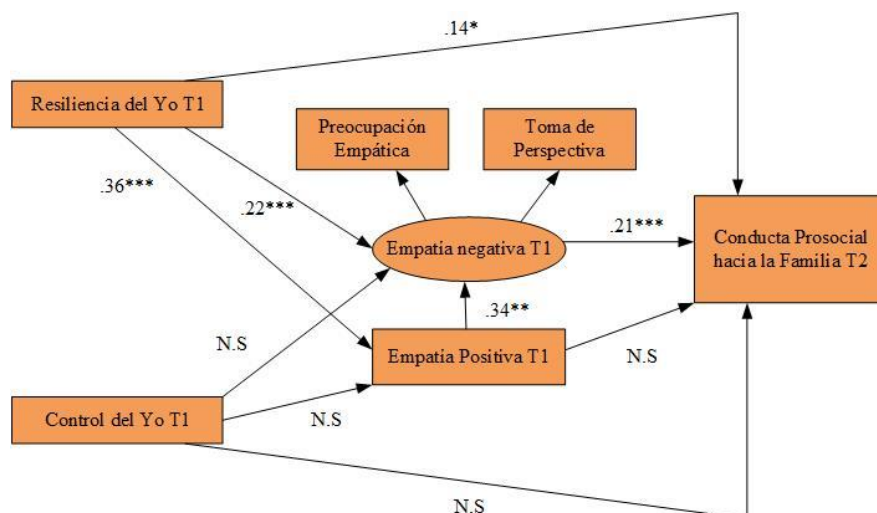


*Figura 4. Modelo de ecuaciones estructurales de la Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos (Tiempo 2)*

*Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los miembros de la familia (Tiempo 2)*

Se realizó un modelo de ecuaciones estructurales con el objetivo de estudiar el efecto de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y los dos tipos de Empatía (empatía negativa y positiva) evaluadas en el tiempo 1 sobre la Conducta Prosocial dirigida a los miembros de la familia evaluada un año después (tiempo 2). El modelo también incluyó

el estudio del efecto de la Empatía positiva sobre la Empatía negativa. Los resultados indican un excelente ajuste del modelo ( $\chi^2 = 6.06$ ,  $gl = 4$ ,  $p = .19$ ,  $CFI = .99$ ,  $TLI = .96$ ,  $SRMR = .03$ ). Los resultados muestran que la Resiliencia del Yo (T1) predice la Conducta Prosocial hacia los miembros de la familia (T2) y tiene un efecto significativo sobre la Empatía positiva (T1) y negativa (T1). La Empatía negativa (T1) predice las Conductas Prosociales hacia los miembros de la familia, pero no la Empatía positiva. La Empatía positiva tiene un efecto positivo sobre la Empatía negativa. Por último, el Control del Yo (T1) no tuvo efecto sobre la Empatía ni sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos de los adolescentes. En la figura N°5 puede verse los puntajes betas estandarizados de las relaciones con sus niveles de significación. El modelo explica el 13% de la Empatía positiva, el 21% de la Empatía negativa y el 13% de la Conducta Prosocial hacia los miembros de la familia.



*Figura 5. Modelo de ecuaciones estructurales de la Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia la familia (Tiempo 2)*

## Capítulo V

### Capítulo V: Discusión, Conclusiones, Limitaciones y Recomendaciones

En esta sección de la presente investigación, en primer lugar, se busca contrastar los resultados obtenidos del trabajo de campo con la teoría existente sobre los temas abordados. Luego, se realiza una síntesis de los resultados que permite arribar a las conclusiones de este estudio. Por último, se hace referencia a las recomendaciones surgidas a partir de las limitaciones, para que puedan ser consideradas en investigaciones futuras.

#### 5.1 Discusión

##### **5.1.1 Primer objetivo específico: Evaluar los cambios del Tiempo 1 al Tiempo 2 de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y los miembros de la familia controlando la edad y el sexo**

Es importante tener en cuenta que en los últimos años diversas instituciones dedicadas a la salud han manifestado la necesidad de llevar a cabo investigaciones en la adolescencia considerando los aspectos positivos (García Álvarez et al., 2020; OPS, 2018). De este modo, en las décadas recientes, se lograron avances en el estudio de indicadores positivos del bienestar juvenil (Lippman, Moore & McIntosh, 2011; O'Hare, 2012) y en el diseño de programas efectivos para los adolescentes y jóvenes (Benson, Scales, Hamilton & Sesma, 2006; Gómez-Baya, 2020). Así, esta perspectiva positiva pone énfasis en la promoción de las fortalezas que tienen las personas (tanto internas como externas) con el objetivo de fomentar un desarrollo saludable, previniendo conductas riesgosas y problemáticas en los jóvenes (Catalano, Berglund,

Ryan, Lonczak & Hawkins, 2004; Lerner, Fisher & Weinberg, 2000; Small & Memmo, 2004).

En relación con lo antes expuesto, se evidencia la necesidad de llevar adelante estudios en el ámbito de la psicología del desarrollo, que permitan conocer a los adolescentes y, a partir de los datos obtenidos, identificar cómo se puede promover su óptimo desenvolvimiento (Facio et al., 2006). Por lo tanto, este trabajo ha tenido como finalidad dar cumplimiento a dichas propuestas.

Así, el primer objetivo consistió en evaluar el cambio de cada una de las variables controlando la edad y el sexo de las personas que participaron en la investigación. A continuación, se describirán los hallazgos encontrados comparándolos con la teoría y evidencia empírica existente hasta el momento.

### *Resiliencia del Yo*

Los adolescentes atraviesan un período del ciclo vital que conlleva cambios profundos y transformaciones. En este contexto de búsqueda de la autonomía y consolidación de la identidad, las personas afrontan adversidades y es allí donde se pone en juego la capacidad de ser resiliente (Cardozo & Alderete, 2009). Esta situación plantea la necesidad de promover diversas habilidades (sociales, cognitivas, emocionales), que permitan enfrentar los desafíos de forma saludable y lograr una autonomía creciente (Alessandri et al., 2016; Cardozo, 2008; Munist & Suárez Ojeda, 2007; Melillo, 2007; Silber, 2007). De igual manera, estudios previos afirmaron que la resiliencia se encuentra asociada con la salud mental en los adolescentes, por lo cual necesita ser investigada con el objetivo de fomentar programas de prevención y de atención clínica en esta población (Mesman, Vreeker & Hillegers, 2021). Por todo esto,

se destaca la importancia de estudiar aspectos positivos como la Resiliencia del Yo.

En el presente trabajo, dicha característica de la personalidad se mantuvo constante, lo que indica que no hubo un aumento o disminución de la resiliencia en los adolescentes entre la primera y la segunda evaluación. Por otra parte, no se obtuvieron diferencias estadísticamente significativas entre los varones y las mujeres que participaron del estudio. Estos resultados coinciden con trabajos longitudinales previos realizados en otros contextos culturales tales como Italia, España y Estados Unidos, los cuales encontraron que esta capacidad permanece relativamente estable durante la infancia y hasta la adultez (Alessandri et al., 2016; Block & Block, 1980; Block & Block, 2006a; Murzyn, 2020; Taylor & Jones, 2019; Vecchione et al., 2010). De modo particular, la investigación llevada a cabo por Alessandri y colaboradores (2016) comprobó que la resiliencia del yo se estabilizaba hasta la finalización de la escolaridad secundaria y luego, en la adultez emergente, se observaba un leve incremento de la misma. Por lo tanto, los hallazgos obtenidos de forma longitudinal están en consonancia con la evidencia empírica existente, las cuales afirman que este aspecto de la personalidad perdura de forma constante durante la adolescencia media en adolescentes argentinos.

No obstante, los datos obtenidos difieren de otros trabajos, como por ejemplo el realizado en Suecia por Chuang y equipo (2006), quienes encontraron diferencias según el sexo en las trayectorias de desarrollo de la resiliencia desde la niñez hasta la adolescencia. De esta manera, los niveles de resiliencia del yo de los varones disminuyeron con el paso de los años mientras que aumentaron en las mujeres. De la misma forma, también contrasta con el estudio llevado a cabo en adolescentes indios por Vinayak y Judge (2018), quienes hallaron que las mujeres eran más resilientes que



los varones. Por consiguiente, los resultados existentes indicarían diferencias culturales y sociales, cuyo análisis en futuros estudios aportaría información relevante.

Asimismo, al analizar cada una de las dimensiones que componen el constructo Resiliencia del Yo, se observó que no se encontraron cambios a lo largo del tiempo en la Regulación Óptima y en la Apertura a la Experiencia de Vida en los participantes. A partir de estos hallazgos, es posible generar como hipótesis algunas cuestiones:

Por un lado, que la resiliencia del yo es un rasgo estable de la personalidad en la cual no se observan cambios espontáneos en la misma. Sin embargo, es probable que sea susceptible de modificarse en el caso de que se llevase a cabo algún proceso de intervención (terapéutica, por ejemplo). En este sentido, al ser un atributo de la persona, facilita su adaptación positiva a las circunstancias que la rodean, tomando como base sus recursos internos de manera energética y flexible (Cardozo, 2010; Carmona Gallegos, 2019; Luthar et al., 2000).

Por otro lado, el hecho de que este constructo se mantenga constante en la muestra estudiada, daría cuenta de que la capacidad de adaptación y superación de las dificultades es estable en el tiempo si no media un proceso psicoeducativo.

### *Control del Yo*

En el presente trabajo, el Control del Yo no mostró alteraciones significativas durante la investigación. Este resultado es coincidente con trabajos previos, los cuales han demostrado que este aspecto de la personalidad tiende a permanecer constante desde la niñez hasta la adolescencia (Block, 1987; Block & Block, 2006b; Chuang et al., 2006). De igual manera, estos hallazgos concuerdan con estudios recientes (Syed et al., 2020) que han comprobado su estabilidad desde los primeros años de vida hasta la

edad adulta, aunque la misma es menor en relación a otras variables, como, por ejemplo, la resiliencia del yo. Asimismo, de acuerdo con el principio de madurez, los autores encontraron más cambios en la niñez que en la adolescencia y adultez. Por otra parte, en esta última investigación no se hallaron diferencias de sexo, lo cual también ha coincidido en el presente estudio.

Con respecto a las diferencias entre los varones y las mujeres que participaron, como se mencionó en el párrafo anterior, las mismas no fueron estadísticamente significativas. Si bien esto es consistente con hallazgos previos (Block, 1987; Block, 2006a; Syed et al., 2020), es necesario tener en cuenta que en dichos estudios se compararon a las personas cuando eran niños/as y luego cuando eran jóvenes y adultos, lo cual no ha sido un objetivo específico en este trabajo.

Por consiguiente, se ha observado que cada una de las dimensiones que componen el Control del Yo, tanto la Impulsividad Cognitiva como la Comportamental, se mantuvieron estables a través del proceso de evaluación. Este patrón de hallazgos está en correspondencia con la literatura existente (Roberts et al., 2006; Specht et al., 2011; Syed et al., 2020) la cual sostiene la estabilidad en los atributos de la personalidad y a su vez, subraya la necesidad de seguir a las mismas personas desde los primeros momentos de la infancia hasta la adultez, logrando una mayor integración entre el estudio de la personalidad con el estudio del desarrollo (Soto & Tackett, 2015; Syed et al., 2020). En la misma línea, algunas investigaciones longitudinales sobre los tipos de personalidad han sugerido una estabilidad moderada, conservando sus rasgos a lo largo del tiempo (Akse, Hale, Engels, Raaijmakers & Meeus, 2007; Meeus, van de Schoot, Klimstra & Branje, 2011; van Aken & Dubas, 2004). De esta manera, este trabajo se encuentra en consonancia con lo propuesto por diferentes autores en lo que refiere a la

demanda de estudios longitudinales (Alessandri et al., 2016).

Por otra parte, una explicación plausible acerca de los resultados obtenidos radicaría en el hecho de que hay una continuidad en el desarrollo de las personas. En este sentido, si bien la adolescencia es una etapa de múltiples cambios en varios órdenes, a través de los hallazgos encontrados es posible dar cuenta de la importancia que este periodo tiene en la construcción de la continuidad y estabilidad de los rasgos personales en forma constante (Hill & Edmonds, 2017). También, es posible hipotetizar que al seguir una muestra sana o saludable (es decir, no clínica), los adolescentes presentarían una progresión estable y adaptativa, sin dar cuenta de una detención en el desarrollo del yo o del ego, según la Teoría de Loevinger (1976). Estos resultados coinciden con investigaciones previas que abordaron el desarrollo del yo o del ego en adolescentes estudiados durante dos años (Hauser, Borman, Jacobson, Powers & Noam, 1991; Syed & Seiffge-Krenke, 2015).

Finalmente, es necesario continuar investigando para favorecer una mayor comprensión de cómo es la percepción que los adolescentes tienen acerca de las transformaciones que atraviesan y de sus atributos personales. Esto permitiría conocer si le encuentran algún sentido al cambio o la permanencia de ciertos rasgos de personalidad. Tal información resultaría valiosa para comprobar un principio central de las teorías del cambio de rasgos de personalidad (Hill & Edmonds, 2017; Roberts, Wood & Caspi, 2008); a saber, que las personas pueden modificar algunos aspectos de sus perfiles de personalidad después de observar la “utilidad” de hacerlo (por ejemplo, ver el valor de ser alguien concienzudo/a) o bien modelarlos a través de programas de intervención.

### *Empatía Negativa*

A diferencia de las variables anteriores, la Empatía Negativa sí presentó cambios espontáneos en los adolescentes durante el proceso de evaluación (del Tiempo 1 al Tiempo 2), presentando puntajes más elevados en el segundo tiempo. Por consiguiente, estos hallazgos coincidieron con lo encontrado por Eisenberg y colaboradores (2001), quienes afirmaron que con el paso de los años a lo largo del ciclo vital se produce un incremento de la empatía. De igual modo, los resultados obtenidos en el presente estudio son consistentes con la evidencia empírica que investiga el desarrollo neurobiológico de las personas. Así, se ha demostrado que los mayores niveles de plasticidad y refinamiento del desarrollo neuronal se alcanzaría durante la adolescencia temprana, dado que el volumen de la materia gris en la corteza prefrontal se incrementa durante la infancia y alcanza el punto máximo durante la adolescencia temprana (Do, McCormick & Telzer, 2019; Foulkes & Blakemore, 2018; Tejada Rivera & Espinoza Barría, 2022). Sin embargo, no existe un consenso respecto a este tema, dado que otros autores han propuesto que el momento máximo de desarrollo sería durante la adolescencia tardía (Blankenstein et al., 2020; Tamnes et al., 2017).

Asimismo, el desarrollo de la empatía puede relacionarse con diferentes logros propios de la adolescencia, como, por ejemplo, el salto cualitativo que se produce desde el pensamiento concreto al pensamiento formal o abstracto. De este modo, gracias a la aparición de la reflexión, el joven puede ir más allá de lo concreto hacia el ámbito de lo posible y de lo abstracto, utilizando conceptos, generando argumentos y analizando sus propios procesos mentales (Castillo Ceballos, 2016; Urbano & Yuni, 2017). La adquisición de estas capacidades le permite considerar otros puntos de vista y ponerse en el lugar de los demás. Por lo tanto, estos avances sociocognitivos junto con una

mayor comprensión de las emociones y el desarrollo de la autoconciencia, conlleva a un aumento en la capacidad empática (Eisenberg, 2000b; Hart & Fegley, 1995; Stern & Cassidy, 2018). Sin embargo, aunque la adquisición de las operaciones formales resulta necesaria para el desarrollo socioafectivo y para la identidad personal, no es suficiente (Carretero, 1985).

En lo que concierne a las diferencias según sexo, solamente se han encontrado diferencias estadísticamente significativas en la Preocupación Empática, estando a favor de las mujeres. Estos hallazgos son coincidentes con una vasta literatura científica, la cual sostiene que las mujeres puntúan más alto en la dimensión afectiva en comparación con los varones (Brotfeld & Berger, 2020; Bryant, 1982; Eisenberg & Lennon, 1983; Gómez Tabares & Narvaez Marin, 2020; Hoffman, 1977; Muncer & Ling, 2005; Pérez-Albéniz et al, 2003; Rodríguez & López, 2020; Vinayak & Judge, 2018). Una explicación para este aspecto se relaciona con el hecho de que las mujeres suelen experimentar culpa si dañan a otros, mientras que, los hombres se inclinan a desarrollar acciones externas (Hoffman, 2000). También podría deberse al proceso de socialización y a las experiencias específicas según el género, ya que desde la niñez temprana existen distinciones en las respuestas emocionales entre hombres y mujeres a las relaciones sociales. Por consiguiente, las adolescentes suelen ser más sensibles y observadoras en los vínculos, desde niñas las orientan hacia la crianza, la expresividad y los comportamientos de cuidado; a su vez, demuestran interés en fomentar la intimidad emocional con los demás, por lo cual tienen una “voz diferente” a la de los varones (Arnett, 2008; Gilligan, 1982; Gilligan, Lyons & Hammer, 1990). Estas posturas darían cuenta de la presencia de esta variable en el sexo femenino, ya que la misma refiere a sentimientos de compasión, cariño y preocupación orientados hacia al

otro (Davis, 1983; Muñoz Zapata & Chaves Castaño, 2013).

En consonancia con lo desarrollado previamente, hay investigaciones previas que afirman que las mujeres generalmente obtienen puntajes más altos en las subescalas del Inventario de Reactividad Interpersonal de Davis (Davis, 2004; De Corte, Buysse, Verhofstadt, Roeyers, Ponnet & Davis, 2007; Grevenstein, 2020; Hawk, Keijsers, Branje, van der Graaff, de Wied & Meeus, 2013). No obstante, en diversos hallazgos no se encontraron diferencias significativas en la subescala Toma de Perspectiva, lo cual es coincidente también con el presente estudio (Fernández, Dufey & Kramp, 2011; Gilet, Mella, Studer, Grünh & Labouvie-Vief, 2013; Lucas-Molina, Pérez-Albéniz, Ortuño- Sierra & Fonseca-Pedrero, 2017). En este sentido, las diferencias según sexo que se presentan en cada una de las escalas del IRI serían consistentes con los estereotipos más tradicionales de que las mujeres tienden a ser más cariñosas y emocionales que los hombres y así, se perciben a sí mismas como más empáticas que los varones (Grevenstein, 2020; Zahn-Waxler et al., 1991).

Por último, es menester considerar la importancia de estudiar la empatía como un aspecto de la salud mental en las personas, dado que la misma se encuentra asociada a diversos indicadores positivos, como, por ejemplo, mayores niveles de autoestima, de competencia social, de sensibilidad hacia los demás (Salas-Wright, Olate & Vaughn, 2012; Tezón & Mesurado, 2021). En consecuencia, la presencia de este constructo daría lugar a una adaptación más positiva, a la generosidad, a la comprensión y a los comportamientos de ayuda en los adolescentes (Cliffordson, 2002; Davis, 1983; Eisenberg & Fabes, 1995; Grevenstein, 2020).

### *Empatía Positiva*

La Empatía Positiva se mantuvo estable a lo largo de la investigación. De esta manera, si bien no se ha estudiado esta variable en la adolescencia propiamente dicha (de Weid et al., 2005; Eisenberg & Lennon, 1983; Feshbach & Feshbach, 1969; Lennon, Eisenberg & Carroll, 1983; Roberts & Strayer, 1996; Strayer, 1993), puede relacionarse con algunos aspectos del desarrollo de las personas. Así, en las últimas décadas se ha puesto un mayor énfasis en las fortalezas y en los indicadores positivos del bienestar juvenil (Gómez-Baya, 2020; Lippman et al., 2011; O'Hare, 2012); en este sentido, el hecho de que los niveles de empatía positiva de los adolescentes fueran constantes durante el estudio se asocia con esta perspectiva y con los efectos que se derivan de ella.

Asimismo, teniendo en cuenta que las personas pueden sentir empatía positiva en diversas ocasiones, como, por ejemplo, al interactuar con otros, es factible hipotetizar que los participantes comparten la alegría y la felicidad de los demás, experimentan sentimientos de buena voluntad y de placer frente a la respuesta emocional del otro (Morelli et al., 2015; Sallquist et al., 2009; Yue et al., 2016). Por lo tanto, este sentimiento positivo de empatía fortalece y favorece el bienestar y las relaciones positivas (Jansen, 2021; Telle & Pfister, 2015). Es decir, el hecho de que los adolescentes presenten estas actitudes positivas durante su trayectoria vital, sería beneficioso para el contexto, lo que a su vez fomenta el bienestar de los individuos, de la familia, de los pares, de la comunidad y de la sociedad en general (Gómez-Baya, 2020; Lerner, 2004), dando lugar a vínculos interpersonales positivos (Hicks & Diamond, 2008; Morelli et al., 2015; Nezlek et al., 2001; Portt, Person, Person, Rawana & Brownlee, 2020).

Otra explicación posible de los hallazgos podría situarse según la perspectiva

que se adopte sobre la empatía. En este sentido, si se considera que el instrumento de evaluación utilizado en este estudio mide la empatía disposicional, se pensaría que, a lo largo del tiempo, las personas pueden verse a sí mismas con una tendencia permanente a responder de modo empático ante las situaciones de carácter positivas (Konrath & Grynberg, 2016).

Para finalizar este apartado, se destaca la importancia de estudiar este constructo, dado que el mismo se enmarca dentro del desarrollo positivo. Por consiguiente, ante la escasez de literatura existente sobre esta temática en la adolescencia y teniendo en cuenta los beneficios que presenta tanto a nivel personal como social, es necesario profundizar en investigaciones que aborden la empatía positiva de la misma forma que la empatía negativa.

### *Conducta Prosocial*

En este trabajo, los niveles de Conducta Prosocial no presentaron cambios a lo largo de los dos tiempos de evaluación. Así, los datos obtenidos resultan coincidentes con hallazgos previos que sostienen la estabilidad de la prosocialidad en el curso del desarrollo, dado que durante el final de la infancia se convierte en estable y perdura hasta el comienzo de la adolescencia (Mestre et al., 2007). Sin embargo, estos resultados son diferentes a los encontrados por otros autores, quienes proponen cambios durante esta etapa del ciclo vital (Carlo et al., 2007; Kohlberg, 1992; Inglés et al., 2008). De este modo, afirman que, en la etapa media, las conductas de ayuda tienden a declinar, pero se incrementa en la fase tardía, lo cual se vincula con el razonamiento moral. En otras palabras, a medida que los adolescentes crecen, aumenta la prosocialidad porque los razonamientos morales se complejizan y disminuye el egocentrismo.



No obstante, en la presente muestra la conducta prosocial no se ha incrementado con el paso del tiempo, posiblemente por la presencia de la emocionalidad y también por el egocentrismo, una de las singularidades del pensamiento adolescente durante la etapa inicial. Dicho egocentrismo lleva a los jóvenes a centrarse en ellos mismos y a dejar afuera a los demás; asimismo, creen que sus sentimientos, experiencias y pensamientos son únicos o más maravillosos o detestables que el de los otros (Berger, 2007). De esta manera, si bien la adolescencia en general se caracteriza por los avances a nivel cognitivo y moral, es posible que no siempre se manifiesten dichos logros en las personas.

Por otra parte, en cuanto a las diferencias por sexo, no se han encontrado diferencias estadísticamente significativas entre varones y mujeres. Dicho hallazgo difiere de estudios previos, los cuales han encontrado valoraciones distintas entre hombres y mujeres, encontrándose mayores niveles de prosocialidad en el sexo femenino (Broidy et al., 2003; Caprara & Pastorelli, 1993; Caprara & Steca, 2005; Carlo et al., 2003; Carlo et al., 1999; Carlo & Randall, 2002; Inglés et al. 2008; Inglés et al., 2009; Scourfield et ál., 2004; Singh-Manoux, 2000). No obstante, sí es coincidente con algunos trabajos previos que evaluaron un tipo de conducta prosocial (la cooperación, por ejemplo) y demostraron que las personas no difieren en ese aspecto (Balliet et al., 2011).

Por otra parte, es importante tener en consideración que la etapa de la adolescencia es un período de cambios rápidos y múltiples en distintos niveles. Esto puede generar consecuencias tanto positivas como negativas. De este modo, en esta investigación se ha decidido poner el foco en los cambios positivos que se producen en el comportamiento, lo cual conlleva al incremento de las tendencias y conductas

prosociales durante esta fase del ciclo vital (Carlo et al., 1999). Por lo tanto, es necesario continuar profundizando en el abordaje de estos aspectos positivos y saludables de la adolescencia, más allá de las conductas de riesgo y problemáticas. Asimismo, es fundamental tener en cuenta el papel de la cultura y del contexto social que pueden afectar los resultados obtenidos, ya sea promoviendo y fomentando los comportamientos de ayuda (Over, 2018).

Como síntesis de esta primera parte de la discusión, se puede destacar que la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía Positiva y la Conducta Prosocial hacia los distintos destinatarios de la ayuda, se mantuvieron estables a lo largo del tiempo. De modo específico, la Preocupación Empática como dimensión de la Empatía Negativa, es la única variable que ha demostrado cambios de manera longitudinal.

Estos hallazgos dan cuenta de que la adolescencia, más allá de ser una etapa de múltiples modificaciones en diferentes aspectos, también es un momento de estabilidad por lo cual los rasgos de personalidad perduran en el desarrollo vital. Por otra parte, es importante abordar aspectos positivos del desarrollo adolescente y especialmente, estudiarlos a lo largo de los años.

### **5.1.2 Segundo objetivo específico: Evaluar la relación entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía (medidas en el Tiempo 1) y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia (medidas en el Tiempo 2 de estudio)**

A continuación, se vinculará la teoría existente con los resultados obtenidos de las asociaciones entre las variables del Tiempo 1 con las variables medidas en el Tiempo 2, es decir de forma longitudinal.

*Asociación de las variables medidas en el Tiempo 1 con las variables medidas en el Tiempo 2*

En primer lugar, los resultados indicaron que las dos dimensiones de la Resiliencia del Yo evaluadas en el tiempo 1 se relacionaron con los tres tipos de Conductas Prosociales evaluados en el tiempo 2, es decir, un año después. De este modo, estos hallazgos coinciden con estudios anteriores que encontraron asociaciones entre la prosocialidad evaluada de manera general y la resiliencia (Alessandri et al., 2014; Craig, 1999; Taylor et al., 2013) y también con trabajos longitudinales llevados a cabo durante la niñez (Alessandri et al., 2012; Alessandri et al., 2014; Atkins, Hart & Donnelly, 2005; Eisenberg et al., 2006; Eisenberg et al., 2014; Taylor et al., 2013). Como se expresó al comienzo del presente trabajo, resultaba interesante preguntarse si estas relaciones se encontrarían en cada una de las formas de conducta de ayuda o no, lo cual ha sido comprobado a partir de los datos obtenidos. Por lo tanto, se podría afirmar que las personas que se encuentran ingresando a la etapa de la adolescencia, que poseen una gran capacidad de resiliencia, de flexibilidad y de adaptación a los factores estresantes, tendrían una óptima regulación de sí mismas y serían abiertas a nuevas experiencias. Estas características de personalidad permitirían que, a medida que transcurre el período de la adolescencia, se comportasen de manera prosocial con los distintos receptores de la ayuda. Asimismo, los datos obtenidos están en consonancia con lo planteado por Lee, Wu, Chao, Chang, Hwang & Wu (2021), quienes afirman que la resiliencia se vincula con la calidad de las relaciones interpersonales. De este modo, se hipotetizaría que, si los adolescentes tienen niveles elevados de resiliencia del yo, presentarían comportamientos positivos en sus vínculos (por ejemplo, las conductas prosociales), lo que implicaría un beneficio para ellos y una mejora de la salud mental.

Otra explicación factible para los resultados encontrados estaría dada a partir del enfoque disposicional, el cual sugiere que el comportamiento prosocial forma parte de la identidad moral (Hart, Atkins & Ford, 1998) y es promovido en parte por rasgos de carácter positivos (Eisenberg et al., 2015). De este modo, dentro de estos rasgos se incluirían la Regulación Óptima y la Apertura a la Experiencia de Vida. En consecuencia, aquellos adolescentes que fueran capaces de regular sus conductas, sus emociones y estuviesen abiertos a nuevas experiencias, podrían ayudar a los demás como parte de su identidad moral o de su personalidad. En referencia a esta última mirada sobre la prosocialidad, algunos trabajos sugieren que las variables disposicionales se asocian de manera más consistente con el comportamiento prosocial hacia extraños y pueden estar menos asociadas con la conducta prosocial hacia familiares y amigos (Padilla-Walker & Christensen, 2011). Esta afirmación ha sido corroborada en la presente tesis, dado que las correlaciones más elevadas se encontraron con la conducta de ayuda hacia los extraños.

En segundo lugar, la Empatía Positiva evaluada en el tiempo 1 estuvo asociada positivamente con todos los destinatarios de las Conductas Prosociales medidas en el tiempo 2. De este modo, los resultados obtenidos coinciden con la gran mayoría de los antecedentes científicos, los cuales abordaron la vinculación de la Empatía Positiva con la Prosocialidad como constructo unidimensional, afirmando que aquellas personas que se preocupan empáticamente por los demás, tienden a ayudar en situaciones de necesidad y al hacerlo, experimentan empatía positiva. Por lo tanto, los comentarios favorables de los receptores de la ayuda, generan alegría empática y motivan las conductas prosociales (Batson et al., 1991; Smith et al., 1989). Otros autores sostienen que la empatía positiva puede desencadenar comportamientos de ayuda, especialmente

hacia aquellas personas que experimentan la felicidad como un estado afectivo (Telle & Pfister, 2015). Por otra parte, también existe una consistencia con aquellos trabajos que sí consideraron los destinatarios de la conducta prosocial (Andreychik & Lewis, 2017), los cuales demostraron la vinculación entre el nivel de ayuda brindado hacia los demás con la empatía positiva. Así, la presencia de la empatía se relaciona con un alto nivel de ayuda debido al aumento del bienestar de las otras personas, como por ejemplo hacia los extraños. Sin embargo, contrasta con los hallazgos obtenidos por Mesurado (2018), ya que los resultados de este trabajo indicaron que las situaciones de empatía negativa promueven mayores niveles de conducta prosocial y agotamiento anticipado que las situaciones de empatía positiva en los adolescentes.

Por último, se encontró que las dos dimensiones de la Empatía Negativa evaluadas durante el primer tiempo se asociaron con las tres formas de Prosocialidad. Dichos resultados han sido comprobados en trabajos previos, ya sea considerando a la conducta prosocial de manera general como también a cada uno de los receptores de la ayuda (Loudin et al., 2003; Mestre et al., 2002; Mestre et al., 2004; Mesurado, 2018; Mesurado et al., 2018; Mesurado & Richaud, 2017; Paciello et al, 2005; Padilla-Walker & Christensen, 2011; Richardson et al., 1994; Richaud & Mesurado, 2016). Particularmente, la Toma de Perspectiva se relacionó en mayor medida con el Comportamiento Prosocial dirigido hacia los amigos y luego hacia los extraños. Este resultado concuerda con lo propuesto por Padilla-Walker y Christensen (2011) y también con los hallazgos en el contexto argentino (Mesurado et al., 2018; Mesurado & Richaud, 2017). Así, los mismos dan cuenta de que los adolescentes suelen brindar algún tipo de ayuda a personas que no son parte de su familia, lo cual requiere respuestas empáticas de mayor intensidad. No obstante, este hecho difiere de las acciones que se

manifiestan en el hogar, las cuales no exigen niveles tan elevados de empatía dado que la ayuda forma parte de la cotidianidad de los vínculos. Asimismo, la evidencia anterior ha sostenido que desde los primeros años de vida comienzan a vislumbrarse diferentes tipos de conducta de ayuda, que son exhibidas por los niños frente a adultos que no necesariamente son familiares para ellos (Mesurado & Guerra, 2018). Para poder llevar a cabo las mismas, las personas requieren ciertas capacidades cognitivas, lo cual puede asociarse con la toma de perspectiva. Por consiguiente, se observa que, a lo largo del desarrollo, los adolescentes tendrían una tendencia a empatizar y actuar de modo prosocial frente a otros distintos del núcleo familiar, como los extraños y los amigos. Por otra parte, respecto a la correlación con las conductas de ayuda brindada hacia los amigos, también se podría explicar a partir de la importancia que adquieren los grupos de pares y de amistades durante esta etapa del ciclo vital. Asimismo, los hallazgos existentes (Carlo & Padilla-Walker, 2020) han demostrado que los adolescentes ayudan a sus compañeros con más frecuencia que a otros objetivos.

En lo que concierne a la Preocupación Empática, de modo similar a la dimensión anterior, la mayor correlación se encontró con la Prosocialidad hacia los extraños seguida de la asociación con la Conducta Prosocial hacia los amigos. Al igual que lo expresado previamente, este hallazgo se encuentra en consonancia con la literatura científica existente. Estas relaciones podrían ser explicadas por el desarrollo de las habilidades de autorregulación, las cuales se consolidan paulatinamente desde la niñez hasta la adolescencia (Eisenberg, Hofer & Vaughan, 2007; Rothbart, Ahadi & Hershey, 1994; Spinrad, Eisenberg & Gaertner, 2007). En consonancia con esto, la participación en acciones de cuidado, de ayuda hacia los demás, de comprensión de su estado, requiere una efectiva regulación de las propias emociones, procesos de atención y ciertos comportamientos para que la orientación del ayudante sea hacia afuera y se

centre en las necesidades de las demás personas (Carlo, Crockett, Wolff & Beal, 2012). Debido a esta razón, se inferiría que los adolescentes que presentaron niveles de comprensión empática, podrían tener una alta regulación emocional que les permitiría comportarse prosocialmente con los extraños y con los amigos.

Para concluir la discusión teórica acerca del segundo objetivo, se destaca el hecho de que se han encontrados asociaciones estadísticamente significativas entre las dimensiones de la Resiliencia del Yo, la Empatía Positiva y las dimensiones de la Empatía Negativa medidas en el primer tiempo con las Conductas Prosociales evaluadas en el segundo momento de estudio. De este modo, puede hacerse mención a la Resiliencia del Yo y a la Empatía Positiva como constructos novedosos que se asociaron de manera positiva con los distintos destinatarios de la conducta de ayuda. Por lo tanto, es menester considerar estos aspectos como fundamentales para el desarrollo de un modelo positivo durante la adolescencia, dado que se vinculan con otras características también positivas del ser humano.

### **5.1.3 Tercer objetivo específico: Evaluar la influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (medidas en el Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia (medidas en el Tiempo 2)**

Para el desarrollo de este último objetivo, se tendrá en cuenta el modelo de ecuaciones estructurales planteado en este estudio de forma longitudinal. Específicamente, se hará referencia a cada uno de los modelos según los destinatarios de la conducta prosocial (extraños, amigos y familia).

### *Modelos longitudinales*

En los modelos longitudinales se obtuvieron tres modelos con un buen ajuste, con valores de bondad y error adecuados. A continuación, se comentan los mismos contrastándolos con la evidencia empírica existente.

### *Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños (Tiempo 2)*

Teniendo en cuenta el primer modelo longitudinal se ha encontrado que, por un lado, la Resiliencia del Yo (T1) predijo la Conducta Prosocial hacia los extraños (T2) y, por otro lado, tuvo un efecto significativo sobre la Empatía positiva (T1) y negativa (T1). En primer lugar, la predicción obtenida puede ser explicada a partir de la literatura que existe hasta el momento. De este modo, este trabajo se encuentra en consonancia con otras investigaciones longitudinales que estudiaron los cambios a lo largo de la adolescencia y la influencia de estas variables. Así, se ha demostrado que la resiliencia del yo proporcionaría el afrontamiento adaptativo y la flexibilidad que se necesita para que los adolescentes conviertan su capacidad de regulación en capacidad de ayuda y, por lo tanto, sean prosociales (Alessandri et al., 2014; Alessandri et al., 2016). Asimismo, estos resultados se relacionan con hallazgos previos que afirmaron la importancia de los rasgos disposicionales como predictores del comportamiento prosocial (Carlo & Padilla-Walker, 2020; Eisenberg & Valiente, 2002; Janssens & Gerris, 1992; Krevans & Gibbs, 1996; Padilla-Walker & Christensen, 2011). Por lo tanto, se podría considerar que la resiliencia en cuanto componente de la personalidad, permite que los sujetos muestren comportamientos prosociales hacia los desconocidos, a través de actividades como el voluntariado y el servicio comunitario (Reinders &



Youniss, 2006).

En segundo lugar, los efectos significativos encontrados desde la Resiliencia del Yo sobre ambas formas de Empatía coinciden con los resultados obtenidos anteriormente de manera correlacional y han sido explicados en los párrafos precedentes. No obstante, se puede destacar la importancia de que aquellos participantes que presentan altos niveles de resiliencia, son capaces de ponerse en el lugar de otras personas, comprender lo que sienten, son curiosos y abiertos a nuevas experiencias vitales y se caracterizan por una emocionalidad positiva (Lasota, Tomaszek & Bosacki, 2020; Tugade & Fredrickson, 2007; Vinayak & Juez, 2018). En esta misma línea, estudios actuales demostraron que la resiliencia es un recurso personal que puede unir la empatía y la gratitud, lo cual sugiere el potencial de dicho constructo para el fortalecimiento de la salud mental (Kim, Wang & Hill, 2018; Lasota et al., 2020). De esta manera, los hallazgos encontrados dan cuenta de la presencia de aspectos positivos en el desarrollo de la adolescencia, desde la etapa inicial hasta la etapa media.

Por otra parte, la Empatía negativa (T1) predijo las Conductas Prosociales hacia los extraños (T2) pero no así la Empatía positiva. También, la Empatía positiva tuvo un efecto positivo sobre la Empatía negativa. En el caso de la predicción hallada, la misma se vincula con investigaciones existentes que sostienen la relación entre la empatía negativa con la prosocialidad en general y de forma específica hacia los extraños (Carlo, Padilla-Walker, & Nielson, 2015; Padilla-Walker & Christensen, 2011; Padilla-Walker et al., 2018; Van der Graaff et al., 2017). De esta manera, es probable que los sentimientos empáticos por aquella persona que necesita ayuda se asocien con aspectos éticos y morales, como un sentido de responsabilidad para cumplir roles sociales.

El hecho de que solamente la empatía negativa influya sobre este tipo de

prosocialidad y no la empatía positiva se explicaría debido a la tendencia existente durante esta parte del ciclo vital a experimentar compasión frente a las situaciones negativas antes que a las situaciones positivas. Esto daría lugar a que los sentimientos de tristeza por alguien extraño puedan convertirse en una motivación para aliviar su angustia y, en consecuencia, mostrar un comportamiento de ayuda y de cariño frente al otro (Batson 1991; Batson et al. 1989; Eisenberg & Miller 1987). De igual modo, aquellos adolescentes que tienen la capacidad de imaginar el punto de vista psicológico del otro se orientan hacia los demás y pueden ser más conscientes de sus necesidades (Eisenberg et al., 2015). En suma, la empatía en general implica una respuesta orientada hacia otras personas, lo cual se asociaría con la prosocialidad hacia los extraños (Knafo & Israel, 2012).

En cuanto al efecto positivo de la Empatía positiva sobre la Empatía negativa, el mismo podría ser considerado a la luz de diversas investigaciones que sostienen la vinculación de ambas formas de empatía de manera distinta con la motivación de ayuda (Andreychik & Lewis, 2017). Asimismo, afirman que la tendencia a experimentar empatía positiva se vincula con la tendencia a experimentar empatía negativa (Morelli et al., 2015), lo cual permite comprender los estados emocionales de los demás y, en consecuencia, brindar una ayuda o no, según sea el contexto.

Por último, el Control del Yo (T1) no tuvo efecto sobre la Empatía ni sobre la Conducta Prosocial hacia los extraños de los adolescentes. Este hallazgo coincide con algunos trabajos que afirman que el papel de la autorregulación en las conductas prosociales no difiere según los objetivos de las mismas (Padilla-Walker & Christensen, 2011). Sin embargo, algunos estudios afirman que las características disposicionales como la autorregulación, el control esforzado y la simpatía promueven la ayuda a los

extraños, dado que perciben las necesidades de aquellos que no se encuentran en su círculo más íntimo y regulan sus propias necesidades para actuar prosocialmente en situaciones costosas (Padilla-Walker & Fraser, 2014; Padilla-Walker et al., 2018; Rothbart & Rueda, 2005).

*Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos (Tiempo 2)*

A partir del segundo modelo longitudinal, los resultados mostraron que, por un lado, la Resiliencia del Yo (T1) no predijo la Conducta Prosocial hacia los amigos (T2) y, por otro lado, sí tuvo un efecto significativo sobre la Empatía positiva (T1) y negativa (T1). El primer hallazgo no coincide con la literatura existente, la cual sostiene que la prosocialidad evaluada de manera general y la resiliencia se vinculan entre sí (Alessandri et al., 2014; Craig, 1999; Taylor et al., 2013). Asimismo, difiere de las correlaciones obtenidas en el presente trabajo. De este modo, los datos encontrados son llamativos en cuanto al hecho de que la amistad es uno de los pilares en esta etapa del ciclo vital y generalmente, se percibe como una fuente de apoyo y de ayuda mutua en la adolescencia. No obstante, desde algunos enfoques de la prosocialidad se considera que existe una menor disposición para realizar comportamientos prosociales hacia las personas más cercanas, como por ejemplo los amigos (Eisenberg et al., 2015; Padilla-Walker & Christensen, 2011; Padilla-Walker et al., 2015; Padilla-Walker et al., 2018). Por consiguiente, llevar a cabo conductas prosociales con quienes los adolescentes tienen algún tipo de amistad, puede asociarse con aspectos disposicionales de cada uno (como la resiliencia del yo), pero, quizás se relacione de forma más destacada con otros aspectos de ese vínculo (un esfuerzo por mantener relaciones cálidas). Esta sería una

posible explicación de los resultados encontrados.

El segundo hallazgo da cuenta del efecto significativo de la Resiliencia del Yo sobre ambas formas de Empatía, lo cual es coincidente con el modelo anterior y, por lo tanto, ha sido comentado previamente.

En cuanto a la Empatía negativa (T1) y positiva (T1), las mismas predijeron las Conductas Prosociales hacia los amigos (T2) y la Empatía positiva tuvo un efecto positivo sobre la Empatía negativa. Respecto a las influencias obtenidas, en el caso de la empatía negativa y este tipo de prosocialidad, hay coincidencia con investigaciones anteriores que sostienen que la empatía actúa como mediadora entre la crianza positiva y la conducta prosocial hacia los amigos de los adolescentes (Padilla-Walker & Christensen, 2011). Asimismo, diversos autores afirman que los aspectos emocionales y cognitivos de este constructo se relacionan positivamente con diferentes tipos de comportamientos prosociales (Coyne et al., 2018; Davis, Carlo, Streit & Crockett, 2017). En Argentina, trabajos llevados a cabo por Mesurado y colaboradores (2018) han encontrado que la conducta prosocial hacia los amigos está motivada en mayor medida por variables parentales que por la empatía negativa. En cuanto a la empatía positiva, el efecto obtenido se explicaría tomando en consideración algunos aportes previos (Telle & Pfister, 2015; Zaki, 2014). De esta manera, es probable que los adolescentes experimenten diversos motivos para comprometerse con las emociones positivas de los amigos y así, brindarles una ayuda. Por consiguiente, la vivencia de afecto positivo, de afiliación y deseabilidad social fomentarían la prosocialidad hacia este objetivo. En consonancia con esto, se ha demostrado que el afecto positivo fomenta los comportamientos prosociales y a su vez, los mismos pueden contribuir al bienestar del receptor de la ayuda, mejorar las relaciones interpersonales y también, permite crear

bienestar y afecto positivo en aquellos que muestran estas conductas (Aknin, Dunn & Norton, 2012; Baron, 1997; Caputi, Lecce, Pagnin, & Banerjee, 2012; Dulin & Hill, 2003; Dunn, Aknin & Norton, 2008; Steger, Kashdan & Oishi, 2008; Weinstein & Ryan, 2010). En síntesis, se comprueba la importancia de los amigos en la adolescencia y cómo los vínculos con los mismos permiten experimentar distintos tipos de emocionalidades y la consecución de acciones de ayuda.

Por último, el Control del Yo (T1) no tuvo efecto sobre la Empatía ni sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos de los adolescentes, lo cual es consistente con los resultados previos y que han sido comentados con anterioridad.

*Influencia de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Empatía (Tiempo 1) sobre la Conducta Prosocial hacia los miembros de la familia (Tiempo 2)*

Tomando en cuenta el tercer modelo longitudinal se ha encontrado que, por un lado, la Resiliencia del Yo (T1) predijo la Conducta Prosocial hacia los miembros de la familia (T2) y, por otro lado, tuvo un efecto significativo sobre la Empatía positiva (T1) y negativa (T1). En lo que concierne a la influencia de la Resiliencia sobre la Prosocialidad, este resultado se encuentra en consonancia con otros trabajos longitudinales, en donde probaron un modelo en el cual la resiliencia del yo se convirtió en predictor de la prosocialidad evaluada de forma general (Alessandri et al., 2014; Alessandri et al., 2016). De este modo, hay una coincidencia con los datos correspondientes al primer modelo longitudinal en el cual la resiliencia precedía la prosocialidad hacia los extraños. Así, si bien desde la mirada disposicional se considera que es probable que las características de disposición de cada persona (como por ejemplo la resiliencia del yo) se conviertan en predictoras de los comportamientos de

ayuda hacia los extraños (Padilla-Walker & Christensen, 2011; Taylor et al., 2013), en este caso, se ha demostrado que también lo hace respecto a los miembros de la familia. En este sentido, los adolescentes a lo largo del tiempo desarrollarían la capacidad dinámica para tener en cuenta el contexto e ir modificando sus niveles de regulación y de control como respuesta a las demandas situacionales, como, por ejemplo, la ayuda hacia los familiares en los momentos que sean necesarios.

Respecto a la influencia de la Resiliencia del yo sobre ambas formas de Empatía, en este caso hay coincidencia con los modelos longitudinales anteriores. Por lo tanto, se podría decir que la resiliencia como un aspecto de la personalidad se relaciona con la empatía, tanto a nivel cognitivo y emocional como también por los afectos y emociones positivas y que ambas variables se constituyen en antecedentes de la prosocialidad hacia diferentes objetivos durante el desarrollo de la adolescencia.

En cuanto a la Empatía negativa (T1), la misma predijo las Conductas Prosociales hacia los miembros de la familia, pero no la Empatía positiva y, por otra parte, la Empatía positiva tuvo un efecto positivo sobre la Empatía negativa. Estos resultados son los mismos que se encontraron en la prosocialidad hacia los extraños. Sin embargo, la mayoría de los estudios sostienen que la empatía negativa se vincula en mayor medida con la prosocialidad hacia los extraños que con la prosocialidad hacia los miembros de la familia, lo cual contrasta con los hallazgos obtenidos. De este modo, se podría pensar en la importancia del apego dentro de las relaciones familiares y como el mismo facilita la empatía hacia esas personas, lo que luego podría predecir el comportamiento prosocial (Eisenberg et al., 1989; Padilla-Walker & Christensen, 2011).

En lo concerniente a la empatía positiva, es probable que la misma no influya

sobre este tipo de conducta dado que el experimentar sentimientos positivos como la alegría y la felicidad, generalmente se tienden a compartir con este grupo de manera primaria, por lo cual, al estar presentes con bastante fuerza no se percibe alguna necesidad de ayuda para con sus integrantes. Asimismo, durante los primeros años, los adolescentes tienden a empatizar mayormente con sentimientos negativos antes que con los positivos.

Por último, el Control del Yo (T1) no tuvo efecto sobre la Empatía ni sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos de los adolescentes. Esto resulta coincidente con los datos encontrados en los modelos previos y ha sido teorizado en los párrafos precedentes.

Para finalizar la discusión de este tercer objetivo, puede hacerse referencia al hecho de que los modelos longitudinales coinciden en gran parte con los hallazgos encontrados de forma correlacional. A su vez, se destaca a la Resiliencia del Yo medida en el Tiempo 1 como predictora de la Conducta Prosocial hacia los Extraños, los Amigos y la Familia evaluadas en el Tiempo 2. Asimismo, la Empatía se constituyó como una de las variables mediadoras en cada una de las tres formas de Prosocialidad, aunque de maneras distintas. De este modo, la Empatía negativa influyó sobre los tres Comportamientos Prosociales, pero, la Empatía positiva solamente tuvo influencia sobre la conducta de ayuda hacia los amigos. En suma, por un lado, estos resultados confirman estudios previos realizados durante la niñez y la adultez; y, por otro lado, destacan el papel de la Resiliencia del Yo como aspecto fundamental de la personalidad a fortalecer para el desarrollo de las conductas de ayuda y el aporte novedoso de la Empatía positiva como mediadora en este tipo de relaciones.

## 5.2 Conclusiones

La presente investigación tuvo como objetivo general el estudio longitudinal de la relación entre la Resiliencia del Yo, el Control del Yo, la Empatía y la Prosocialidad dirigida a los extraños, los amigos y los miembros de la familia en adolescentes, tomando en consideración el paradigma de la Psicología Positiva. De este modo, se destaca que sea un trabajo llevado a cabo a lo largo del tiempo, debido a que son escasos los estudios que abordan estos constructos durante la etapa de la adolescencia. También, se puede hacer mención a la perspectiva utilizada, la cual enfatiza los aspectos positivos del desarrollo humano, teniendo en cuenta las fortalezas, las capacidades, los recursos, que permiten una adaptación saludable de las personas. Esta visión se diferencia de otras posturas que ponen el acento en la psicopatología, en la enfermedad y en una mirada negativa de esta etapa del ciclo vital.

Respecto al estudio de las variables a lo largo del tiempo, no se encontraron cambios en las dimensiones de la Resiliencia del Yo, el Control del Yo y la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia, controlando el sexo y la edad. La Empatía Positiva también se mantuvo estable. En el caso de la Empatía Negativa, los niveles de la misma sí presentaron cambios, de modo específico en la Preocupación Empática, la cual se incrementó en el segundo tiempo de evaluación y se obtuvieron diferencias estadísticamente significativas en relación al sexo, estando a favor de las mujeres. Estos hallazgos dan cuenta de que la adolescencia no solamente es una etapa en donde se presentan cambios en distintos aspectos, sino que, asimismo, se caracteriza por la estabilidad, fundamentalmente en el ámbito de la personalidad.

Por otra parte, se obtuvieron asociaciones estadísticamente significativas y positivas entre las dimensiones de la Resiliencia del Yo, la Empatía Positiva y las



dimensiones de la Empatía Negativa evaluadas durante el Tiempo 1 con la Conducta Prosocial hacia los extraños, los amigos y la familia medidas en el Tiempo 2. Entre las correlaciones, se destaca a la Resiliencia del Yo como uno de los constructos novedosos que se asoció de manera positiva con las conductas de ayuda. Así, puede considerarse a este aspecto de la personalidad como una característica fundamental para el desarrollo positivo de los adolescentes. De igual modo, es factible mencionar a la Empatía Positiva como una cualidad a trabajar para fomentar conductas saludables a lo largo de esta etapa del ciclo vital.

En cuanto a los modelos longitudinales, a partir de los mismos se ha observado el papel fundamental de la Resiliencia del Yo como predictora de las Conductas Prosociales. De igual manera, se confirmó la importancia de la Empatía Negativa en cuanto a su rol mediador en todas las formas de Prosocialidad y el aporte novedoso de la Empatía Positiva como mediadora en el Comportamiento Prosocial hacia los amigos.

Por último, es menester hacer alusión a la importancia de haber llevado a cabo este tipo de trabajo en el contexto argentino. Más allá de las limitaciones, el mismo se constituye en un aporte significativo para el estudio de la adolescencia a lo largo del tiempo y con una mirada enfocada en los aspectos saludables de este momento etario.

### **5.3 Limitaciones y Recomendaciones para Futuras Investigaciones**

Es necesario hacer referencia a diversas limitaciones del presente estudio que moderan su impacto y restringen su generalizabilidad. A partir de las mismas, se plantean recomendaciones a tener en cuenta para futuros trabajos.

En primer lugar, esta investigación exhibe una limitación inherente al tipo de diseño elegido (*ex post facto*) consistente en la falta de control directo sobre las

variables independientes.

En segundo lugar, se destacan limitaciones en cuanto a la muestra. Por una parte, el acceso a las escuelas fue complejo, ya que la mayoría de las instituciones escolares restringen el acercamiento a los estudiantes y, por ende, la posibilidad de tomar muestra en esos lugares. En cuanto al tipo de muestreo elegido, el mismo dificulta la representatividad de los resultados dado que los participantes se seleccionaron de manera intencional. Por otra parte, si bien los tamaños de las muestras fueron pequeños, los mismos son aceptables para estudios longitudinales. Por consiguiente, es importante para futuros trabajos incrementar el tamaño muestral y evitar la pérdida de sujetos durante el proceso de investigación. Asimismo, se podrían incorporar más tiempos de evaluación y una mayor distancia en las edades, para monitorear las variables desde la adolescencia inicial hasta la adolescencia final. En consonancia, se obtendrían resultados más consistentes y robustos. De igual modo, se evaluaron adolescentes estudiantes, por lo cual no es factible conocer si los hallazgos pueden extenderse a adolescentes que no sean estudiantes, por ejemplo.

Cabe destacar que el diseño original de la presente investigación estaba pensado para ser llevado a cabo de manera longitudinal con tres tiempos de evaluación y así poder analizar la curva de crecimiento. De modo específico, los objetivos descriptivos y correlacionales se habían planteado considerando el Tiempo 1, el Tiempo 2 y el Tiempo 3; asimismo, el modelo longitudinal se proponía estudiar la influencia de la Resiliencia del Yo y el Control del Yo (Tiempo 1), sobre la Empatía (Tiempo 2) y de estas sobre la Conducta Prosocial hacia los amigos, familia y extraños (Tiempo 3). No obstante, debido a la situación que atravesó la población a nivel mundial, es decir, la Pandemia por COVID-19, quedó incompleto el muestreo correspondiente al tercer

tiempo de evaluación (Año 2020). Esto sucedió porque no se accedió a las Instituciones, ya que los Directivos no autorizaron a sus estudiantes para completar los protocolos. Sin embargo, en aquellas escuelas en las cuales sí autorizaron darle continuidad a la investigación, se reemplazaron los protocolos escritos por formularios online de Google, los cuales fueron contestados por los adolescentes de manera virtual. Así, se obtuvo una muestra de 71 participantes en el tercer tiempo, que finalmente no fue considerada porque el número de personas no permitía hacer inferencias de manera longitudinal; a partir de toda esta situación se decidió modificar el diseño de la investigación considerando solamente dos tiempos de recolección de datos.

Por último, se utilizaron escalas como instrumentos de recolección de datos que fueron respondidas por cada adolescente. La propuesta sería que en próximos trabajos se incorporen otras fuentes de información para enriquecer y complementar los autoinformes, como, por ejemplo, a través de los padres, los educadores, otros pares y también métodos observacionales, entrevistas o pruebas experimentales. En este mismo sentido, es factible tener en cuenta los sesgos que pueden presentarse en las respuestas debido a la deseabilidad social. Una manera de contrarrestar esta situación sería mediante la utilización de escalas que evalúen este fenómeno de modo particular.

Finalmente, teniendo en cuenta los datos obtenidos a partir de la presente investigación, se pueden hacer ciertas recomendaciones a nivel práctico. En base a los hallazgos existentes sobre la temática y considerando que gran parte de ellos están orientados hacia la psicopatología, sería de utilidad continuar llevando a cabo estudios desde la mirada de la Psicología Positiva. Es importante tener en cuenta dicho enfoque a la hora de realizar intervenciones, las cuales deberían enfocarse en la prevención y promoción del bienestar de los adolescentes y jóvenes. Por ello, se desea recomendar la

realización de talleres y de Programas de Intervención que fomenten los aspectos positivos del desarrollo adolescente, como por ejemplo la Empatía y la Prosocialidad. Un ejemplo de esto es el Programa “Hero”, el cual permite abordar estos aspectos en las instituciones trabajando de forma digital (Mesurado, Distefano, Robiolo & Richaud, 2019).

Así, se destaca la importancia de proseguir ahondando en estas temáticas desde diferentes ámbitos y utilizando diversos recursos, tomando como perspectiva el desarrollo positivo de las personas.

## Referencias

- Aknin, L.B., Dunn, E.W., & Norton, M.I. (2012). Happiness runs in a circular motion: Evidence for a positive feedback loop between prosocial spending and happiness. *Journal of Happiness Studies*, *13*(2), 347–355. doi:10.1007/s10902-011-9267-5
- Aknin, L.B., Van de Vondervoort, J.W., & Hamlin, J.K. (2018). Positive feelings reward and promote prosocial behavior. *Current Opinion in Psychology*, *20*, 55–59. <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2017.08.017>
- Akse, J., Hale, W.W., Engels, R.C., Raaijmakers, Q.A., & Meeus, W.H. (2007). Stability and change in personality type membership and anxiety in adolescence. *Journal of Adolescence*, *30*, 813-834.
- Alessandri, G., Caprara, G. V., Eisenberg, N., & Steca, P. (2009). Reciprocal relations among self-efficacy beliefs and prosociality across time. *Journal of Personality*, *77*(4), 1229-1259. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.2009.00580.x>
- Alessandri, G., De Longis, E., Eisenberg, N., & Hobfoll, S. E. (2020). A multilevel moderated mediational model of the daily relationships between hassles, exhaustion, ego-resiliency and resulting emotional inertia. *Journal of Research in Personality*, *85*, 103913. <https://doi.org/10.1016/j.jrp.2020.103913>
- Alessandri, G., Eisenberg, N., Vecchione, M., Caprara, G.V., & Milioni, M. (2016). Ego-resiliency Development from Late Adolescence to Emerging Adulthood: A ten Year Longitudinal Study. *Journal of Adolescence*, *50*, 91–102. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2016.05.004>
- Alessandri, G., Luengo Kanacri, B. P., Eisenberg, N., Zuffianò, A., Milioni, M., Michele, Vecchione, M., & Caprara, G.V. (2014). Prosociality During the

- Transition From Late Adolescence to Young Adulthood: The Role of Effortful Control and Ego-Resiliency. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 1-15. <https://doi.org/10.1177%2F0146167214549321>
- Alessandri, G., Vecchio, G., Steca, P., Caprara, M.G., & Caprara, G.V. (2007). A Revised Version of Kremen and Block's Ego- Resiliency Scale in an Italian Sample. *Testing, Psychometrics, Methodology in Applied Psychology*, 14, 1–19. <https://doi.org/10.1037/t01609-000>
- Alessandri, G., Vecchione, M., Caprara, G., & Letzring, T.D. (2012). The Ego Resiliency scale revised: A Crosscultural Study in Italy, Spain, and the United States. *Eur J Psychol Assess*, 28, 139–146. <https://doi.org/10.1027/1015-5759/a000102>
- Allport, G. W. (1954). *The nature of prejudice*. Cambridge, MA: Addison-Wesley
- Andreychik, M.R. (2017). I like that you feel my pain, but I love that you feel my joy: Empathy for a partner's negative versus positive emotions independently affect relationship quality. *Journal of Social and Personal Relationships*, 36(3), 834–854. <https://doi.org/10.1177/0265407517746518>
- Andreychik, M.R. (2019). Feeling your joy helps me to bear feeling your pain: Examining associations between empathy for others' positive versus negative emotions and burnout. *Personality and Individual Differences*, 137, 147–156. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2018.08.028>
- Andreychik, M.R., & Lewis, E. (2017). Will you help me to suffer less? How about to feel more joy? Positive and negative empathy are associated with different other-oriented motivations. *Personality and Individual Differences*, 105, 139–149. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2016.09.038>

- Andreychik, M.R., & Migliaccio, N. (2015). Empathizing With Others' Pain Versus Empathizing With Others' Joy: Examining the Separability of Positive and Negative Empathy and Their Relation to Different Types of Social Behaviors and Social Emotions. *Basic and Applied Social Psychology*, 37(5), 274–291. <https://doi.org/10.1080/01973533.2015.1071256>
- Arenas-Ospina, C.A., & Jaramillo-Jaramillo, N. (2017). Concepciones de la empatía a nivel general, psicológico ya partir de sus instrumentos de medición. *Revista Electrónica Psyconex*, 9(15), 1-10.
- Arias Gallegos, W. (2015). Conducta prosocial y psicología positiva. *Avances En Psicología*, 23(1), 37–47. <https://doi.org/10.33539/avpsicol.2015.v23n1.169>
- Arnett, J. (2008). *Adolescencia y adultez emergente. Un enfoque cultural*. Editorial Pearson Educación.
- Aronson, E., Wilson, T.D., & Akert, R.M. (2013). *Social psychology* (8th ed.). Boston, MA: Pearson.
- Atkins, R., Hart, D., & Donnelly, T. M. (2005). The association of childhood personality type with volunteering during adolescence. *Merrill-Palmer Quarterly*, 51(2), 145-162.
- Auné, S.E., & Attorresi, H.F. (2017). Dimensionalidad de un test de conducta prosocial. *Revista Evaluar*, 17(1), 29-37. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/revaluar>
- Auné, S.E., Blum, D., Abal, F.J.P., Lozzia, G.S., & Attorresi, H.F. (2014). La conducta prosocial: Estado actual de la investigación. *Perspectivas en Psicología*, 11(2), 21-33.
- Aydin Sünbül, Z. (2021). Indirect relations of mindful awareness with different forms

- of prosocial actions within college students: The mediating role of empathy. *Current Psychology*, 40(1), 126-132. <https://doi.org/10.1007/s12144-019-00342-6>
- Azimpour, A., Neasi, A., Shehni-Yailagh, M., & Arshadi, N. (2012). Validation of Prosocial Tendencies Measure in Iranian University Students. *J. Life Sci. Biomed*, 2 (2), 34-42.
- Bähr, C., Dautel, J. B., Maloku, E., Razpurker-Apfeld, I., Shamo-Nir, L., Tomašić Humer, J., Tomovska Misoska, A., & Taylor, L.K. (En prensa). Cross-cultural research on children's prosocial behavior in transitional societies. In W. López López & L. K. Taylor (Eds.), *Transitioning to peace: Contributions of peace psychology around the world*. Springer.
- Balabanian, C., & Lemos, V. (2018). Desarrollo y Estudio Psicométrico de una Escala para Evaluar Conducta Prosocial en Adolescentes. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación – e Avaliação Psicológica*, 48(3). <https://doi.org/10.21865/RIDEP48.3.15>
- Balliet, D., Li, N. P., Macfarlan, S.J., & Van Vugt, M. (2011). Sex differences in cooperation: a meta-analytic review of social dilemmas. *Psychological bulletin*, 137(6), 881. <https://doi.org/10.1037/a0025354>
- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3, 193-209. [https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0303\\_3](https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0303_3)
- Barnett, M. A., King, L. M., & Howard, J. A. (1979). Inducing affect about self or other: Effects on generosity in children. *Developmental Psychology*, 15(2), 164-167.
- Baron, R.A. (1997). The sweet smell of... helping: Effects of pleasant ambient



- fragrance on prosocial behavior in shopping malls. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 23(5), 498–503. doi:10.1177/0146167297235005
- Batson, C.D. (1987). Prosocial motivation: Is it ever truly altruistic? In L. Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology* (Vol. 20, pp. 65–122). New York: Academic Press.
- Batson, C.D. (1991). *The altruism question: Toward a social-psychological answer*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Batson, C.D. (1994). Why act for the public good? Four answers. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 20, 603–610.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1177/0146167294205016>
- Batson, C.D. (1998). Altruism and prosocial behavior. In D. T. Gilbert, S. T. Fiske, & G. Lindzey (Eds.), *The handbook of social psychology* (4th ed., Vol. 2, pp. 282–315). New York: McGraw-Hill.
- Batson, C.D. (2011). *Altruism in humans*. New York: Oxford University Press.
- Batson, C.D. & Coke, J.S. (1981). *Empathy: a source of altruistic motivation for helping?* New Jersey: L.E.A.
- Batson, C.D., Fultz, J., & Schoenrade, P. A. (1987). Adults' emotional reactions to the distress of others. In N. Eisenberg, & J. Strayer (Eds.), *Empathy and its development* (pp. 163–184). Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Batson, C.D., & Powell, A. (2003). Altruism and prosocial behavior. En M. Theodore (Ed.) and L. Melvin (Ed.) *Handbook of Psychology: Personality and Social Psychology*, (5). Nueva York: John Wiley y Sons, Inc. XIX.
- Batson, C.D., Batson, J.G., Griffitt, C.A., Barrientos, S., Brandt, J.R., Sprengelmeyer, P., & Bayly, M.J. (1989). Negative-state relief and the empathy-altruism

- hypothesis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 56(6), 922–933.  
<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780195341065.003.0002>.
- Batson, C.D., Batson, J.G., Slingsby, J.K., Harrell, K.L., Peekna, H.M. & Todd, R.M. (1991). Empathic joy and the empathy-altruism hypothesis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 413.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.61.3.413>
- Becoña Iglesias, E. (2006). Resiliencia: definición, características y utilidad del concepto. *Revista De Psicopatología Y Psicología Clínica*, 11(3), 125–146.  
<https://doi.org/10.5944/rppc.vol.11.num.3.2006.4024>
- Benozio, A., & Diesendruck, G. (2015). Parochialism in preschool boys' resource allocation. *Evolution and Human Behavior*, 36(4), 256-264.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.evolhumbehav.2014.12.002>
- Benson, P. (2007). Autonomy in language teaching and learning. *Language teaching*, 40(1), 21-40.
- Benson, P.L., Scales, P.C., Hamilton, S.F., & Sesma, A., Jr. (2006). Positive Youth Development: Theory, Research, and Applications. In R. M. Lerner & W. Damon (Eds.), *Handbook of child psychology: Theoretical models of human development* (pp. 894–941). John Wiley & Sons Inc.
- Berger, K.S. (2007). *Psicología del Desarrollo. Infancia y adolescencia*. Editorial Médica Panamericana.
- Berndt, T.J. (1996). Transitions in friendship and friends' influence. En J. A. Graber, J. Brooks-Gunn y A. C. Petersen (Eds.). *Transitions through adolescence: Interpersonal domains and context* (pp. 57-84). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Bigelow, B., Tesson, G., & Lewko, J. (1992). The social rules that children use: Close

- friends, other friends, and ‘other kids’ compared to parents, teachers, and siblings. *International Journal of Behavioral Development*, *15*, 315 – 335.  
<https://doi.org/10.1177%2F016502549201500303>
- Blankenstein, N. E., Telzer, E. H., Do, K. T., Duijvenvoorde, A. C. K., & Crone, E. A. (2019). Behavioral and neural pathways supporting the development of prosocial and risk-taking behavior across adolescence. *Child Development*.  
<https://doi.org/10.1111/cdev.13292>
- Block, J., & Block, J.H. (2006a). Nursery school personality and political orientation two decades later. *J Res Pers*, *40*, 734–749.  
<https://doi.org/10.1016/j.jrp.2005.09.005>
- Block, J., & Block, J.H. (2006b). Venturing a 30-year longitudinal study. *American Psychologist*, *61*, 315-327. <https://doi.org/10.1037/0003-066x.61.4.315>
- Block, J., & Haan, N. (1971). *Lives through time*. Berkeley, CA: Bancroft Books.
- Block, J., (1950). *An experimental investigation of the construct of egocontrol*. Unpublished doctoral dissertation, Stanford University.
- Block, J. (1961). *The Q-sort Method in Personality Assessment and Psychiatric Research*. Palo Alto, CA: Consulting Psychologists Press.  
<https://doi.org/10.1007/BF02139257>
- Block, J. (1971). *Lives through time*. Berkeley, CA: Bancroft Books.
- Block, J. (1981). Some enduring and consequential structures of personality. In A. I. Rabin (Ed.), *Further explorations in personality* (pp.27–43). New York: Wiley.
- Block, J. (1987). *Longitudinal antecedents of ego-control and ego-resiliency in late adolescence*. Paper presented at the biennial meeting of the Society for Research in Child Development, Baltimore, MD. Retrieved from

[https://eric.ed.gov/?id\\_ED285666](https://eric.ed.gov/?id_ED285666)

Block, J. (2002). Personality as an affect-processing system. Mahwah, NJ: Erlbaum.

<https://doi.org/10.4324/9781410602466>

Block, J.H. (1973). Conceptions of sex role: Some cross-cultural and longitudinal perspectives. *American Psychologist*, 28, 512–526.

<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/h0035094>

Block, J.H. (1983). Differential premises arising from differential socialization of the sexes: Some conjectures. *Child Development*, 54, 1335–1354.

Block, J.H., & Block, J. (1980). The role of ego-control and ego resiliency in the organization of behavior. In W. A. Collins (Ed.), *Minnesota Symposium on child psychology* (Vol. 13, pp.39-101). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

Block, J., Block, J.H., & Keyes, S. (1988). Longitudinally foretelling drug usage in adolescence: Early childhood personality and environmental precursors. *Child Development*, 336–355.

Block, J.H., & Kremen, A. M. (1996). IQ and Ego resiliency: Conceptual and Empirical Connections and Separateness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 349–361. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.70.2.349>

Borke, H. (1971). Interpersonal perception of young children: Egocentrism or empathy? *Developmental psychology*, 5(2), 263.

Bowman, N., Brandenberger, J., Lapsley, D., Hill, P., & Quaranto, J. (2010). Serving in college, flourishing in adulthood: Does community engagement during the college years predict adult well-being? *Applied Psychology: Health & Well-Being*, 2(1), 14–34. <https://doi.org/10.1111/j.1758-0854.2009.01020.x>

Brañas-Garza, P., Capraro, V., & Rascon-Ramirez, E. (2018). Gender differences in

- altruism on Mechanical Turk: Expectations and actual behaviour. *Economics Letters*, *170*, 19-23.  
<https://econpapers.repec.org/scripts/redirector.php?u=https%3A%2F%2Fdoi.org%2F10.1016%2Fj.econlet.2018.05.022;h=repec:eee:ecolet:v:170:y:2018:i:c:p:19-23>
- Brebner, J. (2003). Gender and emotions. *Personality and individual differences*, *34*(3), 387-394. [https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/S0191-8869\(02\)00059-4](https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/S0191-8869(02)00059-4)
- Broidy, L., Cauffman, E., Espelage, D.L., Mazerolle, P., & Piquero, A. (2003). Sex differences in empathy and its relation to juvenile offending. *Violence and Victims*, *18*, 503-515. <https://doi.org/10.1891/vivi.2003.18.5.503>
- Brotfeld, C. & Berger, C. (2020). El rol de la empatía y apertura en la intimidad de las amistades adolescentes. *Revista de Psicología*, *29*(2). <https://revistapsicologia.uchile.cl/index.php/RDP/article/view/52231>
- Brown, B.B. (2004). Adolescent relationships with peers, en R. Lerner & L. Steinberg (comps.), *Handbook of adolescent psychology*. Nueva York: Wiley.
- Bryant, B.K. (1982). An index of empathy for children and adolescents. *Child Development*, *53*, 413-425. <https://doi.org/10.2307/1128984>
- Buttelmann, D., & Böhm, R. (2014). The ontogeny of the motivation that underlies in-group bias. *Psychological science*, *25*(4), 921-927. <https://doi.org/10.1177%2F0956797613516802>
- Calvo, A.J., González, R., & Martorell, M.C. (2001). Variables relacionadas con la conducta prosocial en la infancia y la adolescencia. Personalidad, autoconcepto y género. *Infancia y Aprendizaje*, *93*, 95-111. <http://dx.doi.org/10.1174/021037001316899947>

- Caprara, G. (2005). Comportamento prosociale e prosocialità. En G.V. Caprara & S. Bonino (eds.), *Il comportamento prosociale. Aspetti individuali, familiari e sociali* (pp. 7-22). Trento: Erikson.
- Caprara, G.V., Alessandri, A., Di Giunta, L., Panerai, L., & Eisenberg, N. (2010). The contribution of agreeableness and self-efficacy beliefs to prosociality. *European Journal of Personality*, 24(1), 36-55. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1002/per.739>
- Caprara, G. V., Alessandri, G., & Eisenberg, N. (2012). Prosociality: The contribution of traits, values, and self-efficacy beliefs. *Journal of Personality and Social Psychology*, 102(6), 1289-1303. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/a0025626>
- Caprara, G., & Pastorelli, C. (1993). Early emotional instability, prosocial behaviour, and aggression: some methodological aspects. *European Journal of Personality*, 7, 19-36. <https://doi.org/10.1002%2Fper.2410070103>
- Caprara, G.V., & Steca, P. (2005). Self-efficacy beliefs as determinants of prosocial behavior conducive to life satisfaction across ages. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 24(2), 191-217.
- Caprara, G.V., Steca, P., Zelli, A., & Capanna, C. (2005). A new scale for measuring adults' prosocialness. *European Journal of Psychological Assessment*, 21(2), 77-89. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1027/1015-5759.21.2.77>
- Caprara, M.G., Steca, P., & De Leo, G. (2003). La Misuradell'ego-resiliency [Ego-Resiliency measurement]. *Ricerche di Psicologia*, 26, 7-23.
- Caputi, M., Lecce, S., Pagnin, A., & Banerjee, R. (2012). Longitudinal effects of theory of mind on later peer relations: The role of prosocial behavior. *Developmental Psychology*, 48(1), 257-270. doi:10.1037/a0025402

- Cardozo, G. (2008). *Habilidades para la vida. Una propuesta educativa en promoción de la salud*. Córdoba: Editorial Universidad Nacional de Córdoba.
- Cardozo, G. (2010) *Resistir y rehacerse ante la adversidad: La teoría de la Resiliencia*. Capítulo 1 Tesis Doctoral: Adolescentes en riesgo psicosocial y resiliencia. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba.
- Cardozo, G., & Alderete, A.M. (2009). Adolescentes en riesgo psicosocial y resiliencia. *Psicología desde el Caribe*, (23), 148-182. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=21311917009>
- Carlo, G. (2006). Care-based and altruistically based morality. In M. Killen & J. G. Smetana (Eds.), *Handbook of moral development* (pp.551–579). Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Carlo, G. (2014). The development and correlates of prosocial moral behaviors. In M. Killen & J. G. Smetana (Eds.), *Handbook of moral development* (pp. 208–234). Psychology Press. <https://doi.org/10.4324/9780203581957.ch10>
- Carlo, G., & de Guzman, M.R.T. (2009). Theories and research on prosocial competencies among U.S. Latinos/as. In F. A. Villarruel, G. Carlo, J. M. Grau, M. Azmitia, N. J. Cabrera, & T. J. Chahin (Eds.), *Handbook of U.S. Latino psychology: Developmental and community-based perspectives* (pp. 191–211). Sage Publications, Inc.
- Carlo, G., Eisenberg, N., Troyer, D., Switzer, G., & Speer, A. L. (1991). The altruistic personality: In what contexts is it apparent? *Journal of personality and social psychology*, 61(3), 450.
- Carlo, G., & Padilla-Walker, L. (2020). Adolescents' Prosocial Behaviors Through a Multidimensional and Multicultural Lens. *Child Development*

*Perspectives*, 14(4), 265-272. <https://doi.org/10.1111/cdep.12391>

Carlo, G., & Randall, B. (2002). The development of a measure of prosocial behaviors for late adolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, 31, 31-44. <https://doi.org/10.1023/A:1014033032440>

Carlo, G., Crockett, L.J., Randall, B.A., & Roesch, S.C. (2007). A latent growth curve analysis of prosocial behavior among rural adolescents. *Journal of Research on Adolescence*, 17(2), 301-324. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1532-7795.2007.00524.x>

Carlo, G., Crockett, L.J., Wolff, J.M., & Beal, S.J. (2012). The role of emotional reactivity, self-regulation, and puberty in adolescents' prosocial behaviors. *Social Development*, 21(4), 667-685. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9507.2012.00660.x>

Carlo, G., Eisenberg, N., & Knight, G. (1992). An objective measure of adolescent's prosocial moral reasoning. *Journal of Research on Adolescence*, 2, 331-349. [https://psycnet.apa.org/doi/10.1207/s15327795jra0204\\_3](https://psycnet.apa.org/doi/10.1207/s15327795jra0204_3)

Carlo, G., Fabes, R.A., Laible, D., & Kupanoff, K. (1999). Early adolescence and prosocial/moral behavior II: The role of social and contextual influences. *Journal of Early Adolescence*, 19(2), 133-147. <https://doi.org/10.1177/0272431699019002001>

Carlo, G., Hausmann, A., Christiansen, S., & Randall, B.A. (2003). Sociocognitive and behavioral correlates of a measure of prosocial tendencies for adolescents. *Journal of Early Adolescence*, 23, 107-134. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1177/0272431602239132>

Carlo, G., McGinley, M., Hayes, R., Batenhorst, C., & Wilkinson, J. (2007). Parenting



- styles or practices? Parenting, sympathy, and prosocial behaviors among adolescents. *The Journal of Genetic Psychology*, 168(2), 147–176. <https://doi.org/10.3200/gntp.168.2.147-176>
- Carlo, G., Mestre, M.V., Samper, P., Tur, A.M., & Armenta, B.E. (2010). Feelings or cognitions? Moral cognitions and emotions as longitudinal predictors of prosocial and aggressive behaviors. *Personality and Individual Differences*, 48, 872-877. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.paid.2010.02.010>
- Carlo, G., Padilla-Walker, L.M., & Nielson, M.G. (2015). Longitudinal bidirectional relations between adolescents sympathy and prosocial behavior. *Developmental Psychology*, 51, 1771. <https://doi.org/10.1037/dev0000056>
- Carlo, G., Raffaelli, M., Laible, D.J., & Meyer, K.A. (1999). Why are girls less physically aggressive than boys? Personality and parenting mediators of physical aggression. *Sex Roles*, 40, 711-729. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1023/A:1018856601513>
- Carmona Gallegos, R. (2019). Resiliencia: Aproximación histórica y conceptos relacionados [Resilience: Historical Approach and Related Concepts]. *UARICHA*, 16(37), 1–14.
- Carmona-Halty, M.A., Marín-Gutierrez, M., & Belmar-Saavedra, F. (2015). Análisis psicométrico del Gratitude Questionnaire 6 (GQ-6) en población chilena. *Universitas Psychologica*, 14(3).
- Carretero, M. (1985). El desarrollo cognitivo en la adolescencia y la juventud: las operaciones formales. En Carretero, Palacios & Marchesi. *Psicología Evolutiva. Tomo 3. Adolescencia, madurez y senectud*. Editorial Alianza: Madrid
- Carril Merino, T., Sánchez-Agustí, M., & Miguel-Revilla, D. (2018). Perspectiva

- histórica y empatía: su interrelación en futuros profesores de educación primaria. *Aula abierta*, 47(2), 221-228.  
<https://doi.org/10.17811/rifie.47.2.2018.221-228>
- Caruso, D.R., & Mayer, J.D. (1998). *A Measure of Emotional Empathy for Adolescents and Adults*. Unpublished Manuscript.
- Castillo Ceballos, G. (2016). *Adolescencia: mitos y enigmas*. Editorial Descleé De Brouwer: España.
- Castro-Solano, A. (2010). Ensayo: Psicología Positiva: ¿Una nueva forma de hacer psicología? *Revista de Psicología*, 6(11), 113-131. Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/greenstone/cgi-bin/library.cgi?e=d-00000-00---off-0Revistas--00-2----0-10-0---0---0direct-10---4-----0-11--10-es-Zz-1--20-about---00-3-1-00-0-0-01-1-0utfZz-8-00&a=d&c=Revistas&cl=CL2.22>
- Catalano, R.F., Berglund, M.L., Ryan, J.A.M., Lonczak, H.S., & Hawkins, J.D. (2004). Positive Youth Development in the United States: Research Findings on Evaluations of Positive Youth Development Programs. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 591(1), 98–124. <https://doi.org/10.1177/0002716203260102>
- Chaplin, T.M., & Aldao, A. (2013). Gender differences in emotion expression in children: a meta-analytic review. *Psychological bulletin*, 139(4), 735.
- Chapman, M., Zahn-Waxler, C., Cooperman, G., & Iannotti, R. (1987). Empathy and responsibility in the motivation of children's helping. *Developmental Psychology*, 23, 140 – 145. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0012-1649.23.1.140>
- Christov-Moore, L., Simpson, E., Conde, G., Grigaityte, K., Lacoboni, M., & Ferrari,

- P. (2014). Empathy: Gender Effects in Brain and Behavior. *Neuroscience Biobehavioural Review*, 46(4), 604-627. <https://doi.org/10.1016/j.neubiorev.2014.09.001>
- Chuang, S.S., Lamb, M.E., & Hwang, C.P. (2006). Personality development from childhood to adolescence: A longitudinal study of ego-control and ego-resiliency in Sweden. *International Journal of Behavioral Development*, 30, 338–343. <http://dx.doi.org/10.1177/0165025406072795>
- Cicchetti, D. (1993). Developmental psychopathology: Reactions, reflections, projections. *Developmental Review*, 13(4), 471–502. <https://doi.org/10.1006/drev.1993.1021>
- Clary, E.G., Snyder, M., Ridge, R.D., Copeland, J., Stukas, A.A., Haugen, J., & Miene, P. (1998). Understanding and assessing the motivations of volunteers: A functional approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 1516–1530. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.74.6.1516>
- Cliffordson, C. (2002). The hierarchical structure of empathy: Dimensional organization and relations to social functioning. *Scandinavian Journal of Psychology*, 43, 49–59. <https://doi.org/10.1111/1467-9450.00268>
- Clinton, A.J., & Pollini, R.A. (2021). Using Positive Empathy Interventions to Reduce Stigma Toward People Who Inject Drugs. *Frontiers in Psychology*, 12. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.616729>
- Cohen, D., & Strayer, J. (1996). Empathy in conduct disordered and comparison youth. *Developmental Psychology*, 32, 988–98. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.32.6.988>
- Cohn, M.A., Fredrickson, B.L., Brown, S.L., Mikels, J.A., & Conway, A.M. (2009).

- Happiness unpacked: Positive emotions increase life satisfaction by building resilience. *Emotion*, 9, 361. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/a0015952>
- Collins, W.A., & Steinberg, L. (2006). Adolescent development in interpersonal context. In W. Damon & R. M. Lerner (Series Eds.) and N. Eisenberg (Vol. Ed.), *Handbook of child psychology: Social, emotional, and personality development* (6th ed., Vol. 3, pp. 1003-1067). Hoboken, NJ: John Wiley.
- Coyne, S.M., Padilla-Walker, L.M., Holmgren, H.G., Davis, E.J., Collier, K.M., Memmott-Elison, M.K., & Hawkins, A.J. (2018). A meta-analysis of prosocial media on prosocial behavior, aggression, and empathic concern: A multidimensional approach. *Developmental Psychology*, 54(2), 331–347. <https://doi.org/10.1037/dev0000412>
- Craig, G. (1999). *Desarrollo psicológico*. México: Prentice Hall.
- Crocetti, E., Moscatelli, S., Van der Graaff, J., Rubini, M., Meeus, W., & Branje, S. (2016). The interplay of self-certainty and prosocial development in the transition from late adolescence to emerging adulthood. *European Journal of Personality*, 30, 594–607. <https://doi.org/10.1002/per.2084>.
- Cuff, B. M., Brown, S. J., Taylor, L., & Howat, D. J. (2016). Empathy: A review of the concept. *Emotion Review*, 8(2), 144-153. <https://doi.org/10.1177%2F1754073914558466>
- Davies, M., Stankov, L., & Roberts, R.D. (1998). Emotional Intelligence: In Search of an Elusive Construct. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75(4), 989-1.015. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.75.4.989>
- Davis, M.H. (1980). A multidimensional approach to individual differences in empathy. *Catalog of Selected Documents in Psychology*, 10, 85, 1-17.

- Davis, M.H. (1983). Measuring individual-differences in empathy: Evidence for a multidimensional approach. *Journal of Personality and Social Psychology*, *44*, 113-126. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.44.1.113>
- Davis, M.H. (1996). *A Social Psychological Approach*. Westview Press.
- Davis, M.H. (2004). Empathy: Negotiating the border between self and other. In C. W. Leach & L. Z. Ziedens (Eds.), *The social life of emotions*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Davis, A. N., Carlo, G., Streit, C., & Crockett, L. J. (2017). Considering economic stress and empathic traits in predicting prosocial behaviors among US Latino adolescents. *Social Development*, *27*, 58–72. doi:10.1111/sode.12249
- Davis, M.H., & Franzoi, S. (1991). Stability and change in adolescent self-consciousness and empathy. *Journal of Research in Personality*, *25*, 70–87. [https://doi.org/10.1016/0092-6566\(91\)90006-C](https://doi.org/10.1016/0092-6566(91)90006-C)
- de Guzmán, M.R.T., Carlo, G., & Edwards, C. (2008). Prosocial behaviors in context: Examining the role of children’s social companions. *International Journal of Behavioral Development*, *32*(6), 522–530. <https://doi.org/10.1177%2F0165025408095557>
- de Vignemont, F., & Singer, T. (2006). The empathic brain: How, when and why? *Trends in Cognitive Sciences*, *10*(10), 435–441. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2006.08.008>
- de Weid, M., Goudena, P.P., & Matthys, W. (2005). Empathy in boys with disruptive behavior disorders. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, *46*, 867–880. [PubMed: 16033635] <https://doi.org/10.1111/j.1469-7610.2004.00389.x>
- Decety, J., & Jackson, P.L. (2004). The functional architecture of human empathy.

- Behavioral and Cognitive Neuroscience Reviews*, 3, 71-100.  
<https://doi.org/10.1177/1534582304267187>
- Decety, J., & Lamm, C. (2006). Human empathy through the lens of social neuroscience. *The Scientific World Journal*, 6, 1146–1163.  
<https://doi.org/10.1100/tsw.2006.221>
- Decety, J., & Michalska, K.J. (2010). Neurodevelopmental changes in the circuits underlying empathy and sympathy from childhood to adulthood. *Developmental Science*, 13(6), 886–899. <https://doi.org/10.1111/j.1467-7687.2009.00940.x>
- De Corte, K., Buysse, A., Verhofstadt, L.L., Roeyers, H., Ponnet, K., & Davis, M.H. (2007). Measuring empathic tendencies: Reliability and validity of the Dutch version of the Interpersonal Reactivity Index. *Psychologica Belgica*, 47, 235–260. <https://doi.org/10.5334/pb-47-4-235>
- Derryberry, D., & Rothbart, M.K. (1997). Reactive and effortful processes in the organization of temperament. *Development and Psychopathology*, 9, 633–652.  
<https://doi.org/10.1017/s0954579497001375>
- Deutsch, F., & Madle, R.A. (1975). Empathy: Historic and current conceptualizations, measurement, and a cognitive theoretical perspective. *Human development*, 18(4), 267-287.
- Do, K., McCormick, E., & Telzer, E. (2019). The neural development of prosocial behavior from childhood to adolescence. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 14, 129-139. <https://doi.org/10.1093/scan/nsy117>
- Dovidio, J.F. (1984). Helping behavior and altruism: An empirical and conceptual overview. *Advances in experimental social psychology*, 17, 361-427.  
<https://doi.org/10.1016/S0065-2601%2808%2960123-9>

- Dovidio, J.F., Piliavin, J.A., Schroeder, D.A., & Penner, L.A. (2006). *The social psychology of prosocial behavior*. Mahwah, NJ: Erlbaum.  
<https://doi.org/10.4324/9781315085241>
- Duan, C. (2000). Being empathic: The role of motivation to empathize and the nature of target emotions. *Motivation and Emotion*, 24(1), 29–49.  
<https://doi.org/10.1023/A:1005587525609>
- Dulin, P. L., & Hill, R. D. (2003). Relationships between altruistic activity and positive and negative affect among low-income older adult service providers. *Aging & Mental Health*, 7(4), 294–299.  
[doi:10.1080/1360786031000120697](https://doi.org/10.1080/1360786031000120697)
- Dunfield, K.A. (2014). A construct divided: Prosocial behavior as helping, sharing, and comforting subtypes. *Frontiers in Psychology*, 5, 958.  
<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2014.00958>
- Dunfield, K.A., & Kuhlmeier, V.A. (2013). Classifying prosocial behaviour: Children's responses to instrumental need, emotional distress, and material desire. *Child Dev*, 84, 1766-1776. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/cdev.12075>
- Dunham, Y., Baron, A.S., & Banaji, M.R. (2008). The development of implicit intergroup cognition. *Trends in cognitive sciences*, 12(7), 248-253.  
<https://doi.org/10.1016/j.tics.2008.04.006>
- Dunn, E. W., Aknin, L. B., & Norton, M. I. (2008). Spending money on others promotes happiness. *Science*, 319(5870), 1687–1688. [doi:10.1126/science.1150952](https://doi.org/10.1126/science.1150952)
- Dymond, R.F. (1949). A scale for the measurement of empathic ability. *Journal of Consulting Psychology*, 13(2), 127–133.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/h0061728>
- Eberly, M.B., & Montemayor, R. (1998). Doing good deeds: An examination of

- adolescent prosocial behavior in the context of parent/adolescent relationships. *Journal of Adolescent Research*, 13, 403–432.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1177/0743554898134003>
- Eberly, M.B., & Montemayor, R. (1999). Adolescent affection and helpfulness toward parents: A 2-year follow-up. *The Journal of Early Adolescence*, 19, 226–248.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1177/0272431699019002005>
- Eisenberg, N. (1986). *Altruistic emotion, cognition and behavior*. Hillsdale, NJ: Erlbaum
- Eisenberg, N., Fabes, R.A, Miller, P.A, Fultz, J., Shell, R., Mathy, R.M., & et al. (1989). Relation of sympathy and personal distress to prosocial behavior: A multimethod study. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57, 55–66.  
 [PubMed: 2754604] <https://doi.org/10.1037//0022-3514.57.1.55>
- Eisenberg, N., Carlo, G., Murphy, B., & Van Court, P. (1995). Prosocial Development in Late Adolescence: a Longitudinal Study. *Child Development*, 66, 1179–1197.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.2307/1131806>
- Eisenberg, N., & Lennon J. (1983). Sex differences in empathy and related capacities. *Psychological Bulletin*, 94,100–131. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0033-2909.94.1.100>
- Eisenberg, N., & Morris, A. (2004). Moral cognitions and prosocial responding in adolescence. In R. Lerner & L. Steinberg (Eds.), *Handbook of adolescent psychology* (2nd ed., pp. 155 – 188). New York:Wiley.  
<https://doi.org/10.1002/9780471726746.ch6>
- Eisenberg, N., & Strayer, J. (Eds.) (1992). *La empatía y su desarrollo*. Bilbao: DDB.
- Eisenberg, N. (1983). Children’s differentiations among potential recipients of aid.



- Child Development* 54, 594-602. <https://psycnet.apa.org/doi/10.2307/1130046>
- Eisenberg, N. (2000a). Emotion, regulation, and moral development. *Annual Review of Psychology*, 51, 665-697. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.51.1.665>
- Eisenberg, N. (2000b). Empathy and Sympathy. En M. Lewis & J. M. Haviland-Jones (Eds.), *Handbook of Emotions* (2ª Edición, pp. 677-691). Nueva York: Guilford.
- Eisenberg, N. (2002). Emotion-related regulation and its relation to quality of social functioning. In W. W. Hartup & R. A. Weinberg (Eds.), *Minnesota Symposia on Child Psychology: Vol. 32. Child psychology in retrospect and prospect: In celebration of the 75th anniversary of the Institute of Child Development* (pp. 133–171). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Eisenberg, N., & Fabes, R.A. (1995). The relation of young children's vicarious emotional responding to social competence, regulation, and emotionality. *Cognition and Emotion*, 9, 203-229. <https://doi.org/10.1080/02699939508409009>
- Eisenberg, N., & Fabes, R. (1998). Prosocial development. En W. Damon y N. Eisenberg (Ed.), *Handbook of child psychology: vol. 3. Social, emotional and personality development* (pp. 701-778). New York: Wiley.
- Eisenberg, N., & Miller, P. A. (1987). The relation of empathy to prosocial and related behaviors. *Psychological bulletin*, 101(1), 91. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0033-2909.101.1.91>
- Eisenberg, N., Cameron, E., Tryon, K., & Dodez, R. (1981). Socialization of prosocial behavior in the preschool classroom. *Developmental Psychology*, 71, 773-782. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.17.6.773>
- Eisenberg, N., Cumberland, A., & Spinrad, T.L. (1998). Parental socialization of

emotion. *Psychological Inquiry*, 9, 241e273.  
[http://dx.doi.org/10.1207/s15327965pli0904\\_1](http://dx.doi.org/10.1207/s15327965pli0904_1)

Eisenberg, N., Cumberland, A., Guthrie, I.K., Murphy, B.C., & Shepard, S.A. (2005). Age Changes in Prosocial Responding and Moral Reasoning in Adolescence and Early Adulthood. *Journal of Research in Adolescence*, 15(3), 235-260.  
<https://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2005.00095.x>

Eisenberg, N., Fabes, R.A., Guthrie, I.K., Murphy, B.C., Maszk, P., Holmgren, R., & Suh, K. (1996). The relations of regulation and emotionality to problem behavior in elementary school children. *Development and Psychopathology*, 8, 141–162.  
<http://dx.doi.org/10.1017/S095457940000701X>

Eisenberg, N., Fabes, R.A., & Spinrad, T.L. (2006). Prosocial development. In W. Damon (Series Ed.) and N. Eisenberg (Vol. Ed.), *Handbook of child psychology, Vol. 3: Social, emotional, and personality development* (6th ed., Vol. 3, pp. 646-718). New York, NY: John Wiley.

Eisenberg, N., Fabes, R.A., Guthrie, I.K., & Reiser, M. (2000). Dispositional emotionality and regulation: their role in predicting quality of social functioning. *Journal Personality and Social Psychology*, 78 (1), 136-157.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.78.1.136>

Eisenberg, N., Hofer, C., & Vaughan, J. (2007). Effortful control and its socioemotional consequences. In J. J. Gross (Ed.), *Handbook of emotion regulation* (pp. 287–306). New York, NY: Guilford Press.

Eisenberg, N., Shea, C.L., Carlo, G., & Knight, G. (1991). Empathy related responding and cognition: A “chicken and the egg” dilemma. In W. Kurtines & J. Gewirtz (Eds.), *Handbook of moral behavior and development: Vol. 2. Research* (pp. 63–

88). Hillsdale, NJ: Erlbaum.

Eisenberg, N., Spinrad, T.L., Fabes, R.A., Reiser, M., Cumberland, A., Shepard, S.A., & Thompson, M. (2004). The Relations of Effortful Control and Impulsivity to Children's Resiliency and Adjustment. *ChildDevelopment*, *75*, 25–46. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2004.00652>

Eisenberg, N., Spinrad, T.L., & Knafo-Noam, A. (2015). Prosocial development. In M. E. Lamb & C. Garcia Coll (Vol. Eds.) & R. M. Lerner (Series Ed.), *Handbook of child psychology: Vol. 3. Social, emotional, and personality development* (7th ed., pp. 610–658). New York, NY: Wiley.

Eisenberg, N., Spinrad, T.L., & Morris, A. (2011). Empathy-related responding in children. In M. Killen & J. G. Smetana (Eds.), *Handbook of moral development* (pp. 517–549). Mahwah, NJ: Erlbaum. <https://doi.org/10.4324/9780203581957>

Eisenberg, N., & Strayer, J. (1987). Critical issues in the study of empathy.

Eisenberg, N., & Valiente, C. (2002). Parenting and children's prosocial and moral development. In M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Vol. 5: Practical issues in parenting* (2nd ed., pp. 111 – 142). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.

Eisenberg, N., Valiente, C., Fabes, R.A., Smith, C.L., Reiser, M., Shepard, S.A., & Cumberland, A. J. (2003). The Relations of Effortful Control and Ego Control to Children's Resiliency and Social Functioning. *Developmental Psychology*, *39*, 761–776. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.39.4.761>

Eisenberg, N., Wolchik, S., Goldberg, L., & Engel, I. (1992). Parental values, reinforcement, and young children's prosocial behavior: A longitudinal study. *Journal of Genetic Psychology*, *153*, 19 – 36.

<https://doi.org/10.1080/00221325.1992.10753699>

- Eisenberg, N., Zou, Q., & Koller, S. (2001). Brazilian Adolescents' Prosocial Moral Judgment and Behavior: Relations to Sympathy, Perspective Taking, Gender – Role Orientation, and Demographic Characteristics. *Child Development, 72*, 518-534. <https://doi.org/10.1111/1467-8624.00294>
- Elkind, D. (1999). Egocentrism in adolescence. *Cognitive and Moral Development and Academic Achievement in Adolescence, 2*, 13.
- Engel, C. (2011). Dictator games: A meta study. *Experimental economics, 14*(4), 583-610. <https://doi.org/10.1007/s10683-011-9283-7>
- Eres, R., Decety, J., Louis, W., & Molenberghs, P. (2015). Individual Differences in Local Gray Matter Density are Associated with Differences in Affective and Cognitive Empathy. *NeuroImage, 117*, 305-310. <https://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2015.05.038>
- Epli, H., Batık, M.V., Çabuker, N.D., & Çelik, S.B. (2021). Relationship between psychological resilience and parental acceptance-rejection: The mediating role of self-compassion. *Current Psychology*. <https://doi.org/10.1007/S12144-021-01822-4>
- Esparza-Reig, J., Martí-Vilar, M., & Rodriguez, L. (2021). Predicción en estudiantes universitarios de la Conducta prosocial y de la penalización de actos como faltas y delitos, a partir de la empatía. *Anuario de Psicología/The UB Journal of Psychology, 51*(1), 27-34. <https://doi.org/10.1344/anpsic2021.51.4>
- Everett, J.A.C., Faber, N.S., & Crockett, M.J. (2015). The influence of social preferences and reputational concerns on intergroup prosocial behaviour in gains and losses contexts. *Royal Society Open Science, 2*(12), 150546.

<https://doi.org/10.1098/rsos.150546>

Fabes, R.A., Carlo, G., Kupanoff, K., & Laible, D. (1999). Early adolescence and prosocial/moral behavior I: The role of individual processes. *Journal of Early Adolescence*, 19, 5-16.

<https://psycnet.apa.org/doi/10.1177/0272431699019001001>

Facio, A., Resett, S., Micocci, F., & Mistrorigo, C. (2006). *Adolescentes Argentinos, como piensan y sienten*. Lugar Editorial.

Farkas, D., & Orosz, G. (2015). Ego-Resiliency Reloaded: A Three-Component Model of General Resiliency. *PLoS ONE*, 10(3), e0120883. doi: <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0120883>

Feingold, A. (1994). Gender differences in personality: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 116, 429–56. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.116.3.429>

Fernández, A.M., Dufey, M., & Kramp, U. (2011). Testing the psychometric properties of the Interpersonal Reactivity Index (IRI) in Chile. *European Journal of Psychological Assessment*, 27, 170-185. doi:10.1027/1015-5759/a000065

Fernández-Pinto, I., López-Pérez, B., & Márquez, M. (2008). Empatía: Medidas, teorías y aplicaciones en revisión. *Anales de Psicología/Annals of Psychology*, 24(2), 284-298. Recuperado a partir de <https://revistas.um.es/analesps/article/view/42831>

Feshbach, N.D., & Feshbach, S. (1969). The relationship between empathy and aggression in two age groups. *Developmental Psychology*, 1,102–107. <https://doi.org/10.1037/H0027016>

Feshbach, N.D., & Roe, K. (1968). Empathy in six- and seven-year-olds. *Child Development*, 39(1), 133–145. <https://doi:10.2307/1127365>

- Fletcher, F., & Sarkar, M. (2013). Psychological Resilience: A Review and Critique of Definitions, Concepts, and Theory. *European Psychologist, 18*(1), 12–23. <https://doi.org/10.1027/1016-9040/a000124>
- Fonzi, A., & Menesini, E. (2005). Strategie di coping e caratteristiche di resilienza in adolescenza [Coping strategies and resilience characteristics in adolescence]. *Psicologia Clinica dello Sviluppo, 3*, 437–456.
- Foulkes, L., Leung, J. T., Fuhrmann, D., Knoll, L. J., & Blakemore, S. J. (2018). Age differences in the prosocial influence effect. *Developmental Science*. <https://doi.org/10.1111/desc.12666>
- Fredrickson, B.L., Cohn, M.A., Coffey, K.A., Pek, J., & Finkel, S.M. (2008). Open hearts build lives: Positive emotions, induced through loving-kindness meditation, build consequential personal resources. *Journal of Personality and Social Psychology, 95*, 1045. <https://doi.org/10.1037/a0013262>
- Funder, D.C., & Block, J. (1989). The role of ego-control, ego-resiliency, and IQ in delay of gratification in adolescence. *Journal of Personality and Social Psychology, 57*, 1041–1050. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.57.6.1041>
- Gable, S.L., & Reis, H. T. (2010). “Good News! Capitalizing on positive events in an interpersonal context”. In M.P. Zanna and Olson, J.M. (Ed.), *Advances in Experimental Social Psychology* (42, pp. 195–257). New York, NY: Elsevier.
- Gable, S.L., Gonzaga, G.C., & Strachman, A. (2006). Will you be there for me when things go right? Supportive responses to positive event disclosures. *Journal of Personality and Social Psychology, 91*, 904–917.
- Gable, S.L., Reis, H.T., Impett, E.A., & Asher, E.R. (2004). What do you do when

- things go right? The intrapersonal and interpersonal benefits of sharing positive events. *Journal of Personality and Social Psychology*, 87, 228. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.91.5.904>
- Galán, J., Romero, R., Morillo, M., & Alarcón, J. (2014). Descenso de empatía en estudiantes de enfermería y análisis de posibles factores implicados. *Psicología Educativa*, 20 (1), 53-60. <https://doi.org/10.1016/j.pse.2014.05.007>
- Ganegoda, D.B., & Bordia, P. (2019). I can be happy for you, but not all the time: A contingency model of envy and positive empathy in the workplace. *Journal of Applied Psychology*, 104(6), 776–795. <https://doi.org/10.1037/apl0000377>
- Garaigordobil, M. (2000). *Intervención psicológica con adolescentes. Un programa para el desarrollo de la personalidad y la educación en derechos humanos*. Madrid: Pirámide.
- Garaigordobil, M., & Berruero, L. (2007). Autoconcepto en niños y niñas de 5 años: Relaciones con inteligencia, madurez neuropsicológica, creatividad, altruismo y empatía. *Infancia y Aprendizaje*, 30(4), 551-564. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1174/021037007782334337>
- Garaigordobil, M., & García de Galdeano, P. (2006). Empatía en niños de 10 a 12 años. *Psicothema*, 18(2), 180-186. Recuperado de <https://reunido.uniovi.es/index.php/PST/article/view/8490>
- García Álvarez, D., Hernández Lalinde, J., Espinosa Castro, J.F., & José Soler, M. (2020). Salud mental en la adolescencia montevideana: una mirada desde el bienestar psicológico. *Archivos venezolanos de farmacología y terapéutica*, 39(2), 182-190. Recuperado de [http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev\\_aavft/article/view/19431/144814485791](http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_aavft/article/view/19431/144814485791)

- García Madruga, J.A., & Delval, J. (2019). *Psicología del desarrollo I*. Madrid: Editorial UNED.
- García Matamoros, M. (2019). *El rol de la empatía cognitiva y emocional en el reconocimiento de emociones* (Bachelor's thesis).
- Garnezy, N. (1991). Resilience in Children's Adaptation to Negative Life Events and Stressed Environments. *Pediatric Annals*, 20(9), 459-466. <https://doi.org/10.3928/0090-4481-19910901-05>
- Gerdes, K.E., & Segal, E. A. (2009). A social work model of empathy. *Advances in Social Work* 10 (2), 114-127. <https://doi.org/10.18060/235>
- Gerdes, K.E., Lietz, C.A., & Segal, E.A. (2011). Measuring empathy in the 21st century: The development of an empathy index rooted in social cognitive neuroscience and social justice. *Social Work Research*, 35(2), 83-93. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1093/swr/35.2.83>
- Giedd, J.N. (2004). Structural Magnetic Resonance Imaging of the Adolescent Brain. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1021(1), 77–85. <https://doi.org/10.1196/annals.1308.009>
- Gilet, A.L., Mella, N., Studer, J., Grünh, D., & Labouvie-Vief, G. (2013). Assessing dispositional empathy in adults: A French validation of the Interpersonal Reactivity Index (IRI). *Canadian Journal of Behavioural Science*, 45, 42–48. <https://doi.org/10.1037/a0030425>
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Gilligan, C., Lyons, N.P., & Hammer, T.J. (1990). *Making connections*. Cambridge, MA: Harvard University Press
- Goma i Freixanet, M. (2001). Prosocial and antisocial aspects of personality in women:



- a replication study. *Personality and Individual Differences*, 30, 1401-1411.  
[https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/S0191-8869\(00\)00121-5](https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/S0191-8869(00)00121-5)
- Gómez-Baya, D. (2020). Introducción al Monográfico: Contribuciones teóricas y empíricas al estudio del Desarrollo Positivo Juvenil. *EREBEA. Revista De Humanidades Y Ciencias Sociales*, 10.  
<http://dx.doi.org/10.33776/erebea.v10i0.5070>
- Gonzales, A.A. (2020). *Empatía en estudiantes de secundaria de un colegio estatal y privado del Cono Norte de Lima Metropolitana (Tesis de licenciatura)*. Repositorio de la Universidad Privada del Norte. Recuperado de <https://hdl.handle.net/11537/24967>
- González Gutiérrez, J., Peñacoba Puente, C., Moreno Rodríguez, R., López López, A., & Velasco Furlong, L. (2006). Nursing Motives for Helping Scale (N-MHS): Reliability and Validity. *The Spanish Journal of Psychology*, 9(1), 103-112.  
<https://doi.org/10.1017/S1138741600006028>
- González Portal, M.D. (2000). *Conducta prosocial: Evaluación e Intervención*. Madrid: Morata.
- Gomà-i-Freixanet, M. (2001). Prosocial and antisocial aspects of personality in women: A replication study. *Personality and Individual Differences*, 30(8), 1401-1411.
- Gómez Tabares, A.S., & Narvaez Marin, M. (2020). Tendencias Prosociales y su Relación con la Empatía y la Autoeficacia Emocional en Adolescentes en Vulnerabilidad Psicosocial. *Revista Colombiana de Psicología*, 29(2), 125–148.  
<https://doi.org/10.15446/rcp.v29n2.78430>
- Greenwald, A.G., & Banaji, M.R. (1995). Implicit social cognition: attitudes, self-esteem, and stereotypes. *Psychological review*, 102(1), 4.

<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0033-295X.102.1.4>

- Grevenstein, D. (2020). Factorial validity and measurement invariance across gender groups of the German version of the Interpersonal Reactivity Index. *Measurement Instruments for the Social Sciences*, 2(1). <https://doi.org/10.1186/s42409-020-00015-2>
- Griffa, C., & Moreno, J.E. (2005). *Claves para una Psicología del Desarrollo* (vol. 2). Lugar Editorial.
- Grotberg, E. (1995). *A Guide to Promoting Resilience in Children: Strengthening the Human Spirit*. Early Childhood Development: Practice and Reflections, v. 8. The Hague-NO: Bernard Van Leer Foundation.
- Grotberg, E. (Comp.) (2006). *La resiliencia en el mundo de hoy. Cómo superar las adversidades*. Barcelona: Gedisa.
- Güemes-Hidalgo, M., Ceñal González-Fierro, M., & Hidalgo Vicario, M. (2017). Desarrollo durante la adolescencia. Aspectos físicos, psicológicos y sociales. *Pediatría integral*, 21(4), 233-244.
- Guzmán Bohórquez, L.D., Duarte Ramos, Y., & Giraldo Camacho, M.A. (2019). *Diferencia en los niveles de empatía entre hombres y mujeres: una revisión bibliográfica* (Doctoral dissertation, Universidad Cooperativa de Colombia, Facultad de Ciencias Sociales, Psicología, Barrancabermeja).
- Gutiérrez, M., Escartí, A., & Pascual, M. C. (2011). Relaciones entre empatía, conducta prosocial, agresividad, autoeficacia y responsabilidad personal y social de los escolares. *Psicothema*, 23(1), 13-19. Recuperado de: <https://search.proquest.com/docview/880999129?accountid=14777>
- Haidt, J. (2007). The new synthesis in moral psychology. *Science*, 316, 998–1002.

- Hall, J.A., & Schwartz, R. (2019). Empathy present and future. *The Journal of social psychology, 159*(3), 225-243. <https://doi.org/10.1080/00224545.2018.1477442>
- Hambleton, R. (1993). Translating achievement tests for use in crossnational studies. *Eur J Psychol Assess, 9*, 57–68. Recuperado de <https://files.eric.ed.gov/fulltext/ED358128.pdf>
- Hambleton, R. (1994). Guidelines for adapting educational and psychological test: a progress report. *Eur J Psychol Assess, 10*, 229–44.
- Hambleton, R.K. (1996). Adaptación de test para su uso en diferentes idiomas y culturas: fuentes de error, posibles soluciones y directrices prácticas. En: Muníz J, editor. *Psicometría*. Madrid: *Universitas*; 209–38. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5077427>
- Hardy, S.A., & Kisling, J.W. (2006). Identity statuses and prosocial behaviors in young adulthood. A brief report. *Identity, 6*(4), 363-369. [https://doi.org/10.1207/s1532706xid0604\\_4](https://doi.org/10.1207/s1532706xid0604_4)
- Haroz, E. E., Murray, L. K., Bolton, P., Betancourt, T., & Bass, J. K. (2013). Adolescent Resilience in Northern Uganda: The Role of Social Support and Prosocial Behavior in Reducing Mental Health Problems. *Journal of Research on Adolescence, 23*(1), 138–148. <https://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2012.00802.x>
- Hart, D., Atkins, R., & Ford, D. (1998). Urban America as a context for the development of moral identity in adolescence. *Journal of Social Issues, 54*, 513–530. <https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.1998.tb01233.x>
- Hart, D., & Fegley, S. (1995). Prosocial behavior and caring in adolescence: Relations to self-understanding and social judgment. *Child Development, 66*, 1346–1359.

<https://psycnet.apa.org/doi/10.2307/1131651>

Hartup, W.W. (1993). Adolescents and their friends, en B. Laursen (comp.), *New directions for child development: Close friendships in adolescence* (pp.3–22). San Francisco: Jossey- Bass.

Hauser, S.T., Borman, E.H., Jacobson, A.M., Powers, S.I., & Noam, G.G. (1991). Understanding family contexts of adolescent coping: A study of parental ego development and adolescent coping strategies. *Journal of Early Adolescence*, *11*, 96–124.

Hawk, S.T., Keijsers, L., Branje, S.J.T., van der Graaff, J., de Wied, M., & Meeus, W. (2013). Examining the interpersonal reactivity index (IRI) among early and late adolescents and their mothers. *Journal of Personality Assessment*, *95*, 96–106. <https://doi.org/10.1080/00223891.2012.696080>

Hay, D.F. (1994). Prosocial development. *Journal of Child Psychology and Psychiatry and Allied Disciplines*, *35*, 29-71. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1469-7610.1994.tb01132.x>

Hay, D.F., & Cook, K.V. (2007). The transformation of prosocial behavior from infancy to childhood. En C.A. Brownell & C. B. Kopp (Eds.), *Socioemotional development in the toddler years: Transitions and transformations* (pp.100-131). New York: The Guilford Press. Recuperado de <http://orca.cardiff.ac.uk/id/eprint/33048>

Hess, C., & Schönfeld, F. (2019). *Control del yo, resiliencia del yo y conducta prosocial en estudiantes secundarios en una muestra de Entre Ríos, Argentina*. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología

del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Hess, C.D., & Mesurado, B. (2019). Adaptación al español de la Escala de Resiliencia del Yo (Ego-Resilience Scale ER89-R) en una muestra de Entre Ríos, Argentina [Spanish Adaptation of the Ego Resilience Scale (Ego-Resilience Scale ER89-R) in a Sample of Entre Ríos, Argentina]. *Acción Psicológica*, *16*(2), 17–30. <https://doi.org/10.5944/ap.16.2.23945>

Hess, C.D., & Mesurado, B. (2021). Adaptación y Validación de la Escala de Control del Yo (UC-Ego Undercontrol Scale) a la población argentina. *Revista Iberoamericana de Psicología*, *14*(1), 1-12. Recuperado de: <https://reviberopsicologia.iberu.edu.co/article/view/1885>

Hess, C., & Mesurado, B. (2023). Adaptación y validación de la Escala Disposicional de Empatía Positiva a población adolescente argentina. *Acta Colombiana de Psicología*, *26*(1), 27-44. <https://www.doi.org/10.14718/ACP.2023.26.1.3>

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, P. (2014). *Metodología de la Investigación*. Sexta edición. Mexico DF: McGraw-Hill /Interamericana Editores, S.A.

Hewstone, M., Rubin, M., & Willis, H. (2002). Intergroup bias. *Annual review of psychology*, *53*(1), 575-604. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.53.100901.135109>

Hicks, A.M., & Diamond, L.M. (2008). How was your day? Couples' affect when telling and hearing daily events. *Personal Relationships*, *15*, 205–228. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1475-6811.2008.00194.x>

- Hill, P.L., & Edmonds, G.W. (2017). Personality development in adolescence. In *Personality development across the lifespan* (pp. 25-38). Academic Press.  
<https://doi.org/10.1016/b978-0-12-804674-6.00003-x>
- Hogan, R. (1969) Development of an Empathy Scale. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 33, 307-316.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/h0027580>
- Hoffman, M.L. (1990). Empathy and justice motivation. *Motivation and emotion*, 14(2), 151-172.
- Hoffman, M. (2000). *Empathy and moral development: Implications for caring and justice*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Hoffman, M.L. (1977). Empathy, its development and prosocial implications. *Nebraska Symposium on Motivation*, 25, 169–217.
- Hoffman, M.L. (1981). The development of empathy. *Altruism and helping behavior: Social, personality, and developmental perspectives*, 41-63.
- Hoffman, M.L. (1982). Development of prosocial motivation: Empathy and guilt. In N. Eisenberg (Ed.), *The development of prosocial behavior* (pp. 281-31:)). New York: Academic Press.
- Holmgren, R.A., Eisenberg, N., & Fabes, R.A. (1998). The relations of children's situational empathy-related emotions to dispositional prosocial behaviour. *International Journal of Behavioral Development*, 22(1), 169–193. <https://doi.org/10.1080/016502598384568>
- Howard, J.A., & Piliavin, J. A. (2000). *Altruism*. Encyclopedia of Sociology. Macmillian
- Huey, S.J., & Weisz, J.R. (1997). Ego Control, Ego Resiliency, and the Five-Factor

Model as Predictors of Behavioral and Emotional Problems in Clinic-Referred Children and Adolescents. *Journal of Abnormal Psychology*, 106(3), 404-415.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0021-843X.106.3.404>

Infante, F., & Lamond, A. (2006). Resiliencia y biculturalismo: la experiencia de los latinos en Estados Unidos [Resilience and Biculturalism: The Experience of Latinos in The United States]. En E.Grotberg, *La resiliencia en el mundo de hoy. Como superar las adversidades* (pp. 235–269). Barcelona, España: Gedisa.

Inglés, C., Benavides, G., Redondo, J., García-Fernández, J.M., Ruiz-Esteban, C. Estévez, C., & Huescar, E. (2009). Conducta prosocial y rendimiento académico en estudiantes españoles de Educación Secundaria Obligatoria. *Anales de Psicología*, 25(1), 93-101. <https://doi.org/10.6018/analesps>

Inglés, C.J., Martínez-Monteagudo, M.C., Delgado, B., Torregrosa, M.S., Redondo, J., Benavides,... García-López, L.J. (2008). Prevalencia de la conducta agresiva, conducta prosocial y ansiedad social en una muestra de adolescentes españoles: Un estudio comparativo. *Infancia y Aprendizaje*, 31, 449-461.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1174/021037008786140968>

Isaksson, M., Ghaderi, A., Wolf-Arehult, M., & Ramklint, M. (2018). Psychometric properties of the Swedish version of the Ego Resilience scale (ER) and a new shortened version of the Ego Undercontrol Scale (EUC). *Current Psychology: A Journal for Diverse Perspectives on Diverse Psychological Issues*, 40(3), 1498–1506. <https://doi.org/10.1007/s12144-018-0069-3>

Izquierdo Martínez, A. (2002). Autorregulación y autocontrol del «yo» en la persona. Algunos principios y procesos. *Revista Complutense de Educación*, 13(1), 229.  
Recuperado

- de <https://revistas.ucm.es/index.php/RCED/article/view/RCED0202120229A>
- Jansen, E. (2021). *Your Success At Work Brings Me Joy Or Depression: Factors Influencing The Affective Experiences Of Positive Empathy And Envy In Meeting Co-Worker's Success* (Master's thesis, University of Twente).
- Janssens, J.M.A.M., & Gerris, J.R.M. (1992). Child rearing, empathy and prosocial development. In J. M. A. M. Janssens & J. R. M. Gerris (Eds.), *Child rearing: Influences on prosocial and moral development* (pp. 57 – 76). Amsterdam, the Netherlands: Swets & Zeitlinger
- Jiménez Martínez, J. (2017). *Crianza, prosocialidad y relaciones entre los pares en la adolescencia. Factores implicados en los comportamientos antisociales* (Tesis Doctoral). Recuperado de <https://www.educacion.gob.es/teseo/imprimirFicheroTesis.do?idFichero=q%2BYBbnBLDP8%3D>
- Johnson, M.K., Beebe, T., Mortimer, J.T., & Snyder, M. (1998). Volunteerism in adolescence: A process perspective. *Journal of Research on Adolescence*, 8, 309–332. <https://doi.org/10.1207/jra.1998.8.issue-3>
- Jolliffe, D., & Farrington, D.P. (2004). Empathy and offending: A systematic review and meta-analysis. *Aggression and Violent Behavior*, 9(5), 441–476. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.avb.2003.03.001>
- Kaplan, H.B. (2002). Toward an Understanding of Resilience: A Critical Review of Definitions and Models. En M. D. Glantz y J. L. Johnson (eds.), *Resilience and Development: Positive Life Adaptations* (pp. 17–83). New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Karniol, R., Gabay, R., & Ochion, Y. (1998). Is gender or gender-role orientation a



- better predictor of empathy in adolescence? *Sex Roles*, 3, 45–59.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1023/A:1018825732154>
- Karairmak, Ö., & Figley, C. (2017). Resiliency in the face of adversity: A short longitudinal test of the trait hypothesis. *The Journal of General Psychology*, 144(2), 89-109.<http://dx.doi.org/10.1080/00221309.2016.1276043>
- Kelley, H.H., & Thibaut, J.W. (1978). *Interpersonal relations: A theory of interdependence*. New York: Wiley.
- Kim, G. Y., Wang, D. C., & Hill, P. C. (2018). An investigation into the multifaceted relationship between gratitude, empathy, and compassion. *Journal of Positive Psychology and Wellbeing*, 2(1), 23–44.
- Kinzler, K.D., Dupoux, E., & Spelke, E.S. (2007). The native language of social cognition. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 104(30), 12577-12580. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1073/pnas.0705345104>
- Klohnen, E.C., Vanderwater, E.A., & Young, A. (1996). Negotiating the middle sources: Ego resiliency and successful midlife adjustment in women. *Psychology and Aging*, 11(3), 431–442.
- Knafo, A., & Israel, S. (2012). Empathy, prosocial behavior, and other aspects of kindness. *Handbook of temperament*, 168-179.
- Knafo, A., Zahn-Waxler, C., Van Hulle, C., Robinson, J., & Rhee, S. (2008). The developmental origins of a disposition toward empathy: Genetic and environmental contributions. *Emotion*, 8, 737 – 752.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/a0014179>
- Kohlberg, L. (1992). *Psicología del desarrollo moral*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Konrath, S., & Grynberg, D. (2016). The positive (and negative) psychology of

- empathy. In D. F. Watt & J. Panksepp (Eds.), *Psychology and neurobiology of empathy* (pp. 63–107). Nova Biomedical Books.
- Kotliarenco, M.A., & Castro Ríos. (2003). *Juventud y Violencia: cambios en la perspectiva de vida*. Documento presentado en el Encuentro Creciendo en situación de pobreza y violencia. CIESPI- Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro.
- Kotliarenco, M.A., Caceres, I., & Fontecilla, M. (1997). *Estado del arte en la resiliencia. Documento preliminar*. Centro de Estudios y atención del niño y la mujer. Washington D.C: Oficina Panamericana de la Salud.
- Krevans, J., & Gibbs, J. C. (1996). Parents' use of inductive discipline: Relations to children's empathy and prosocial behavior. *Child Development*, 67, 3263 – 3277.
- Kumru, A. (2002). *Prosocial behavior within the family context and its correlates among Turkish early adolescents*. Recuperado de *ETD collection for University of Nebraska - Lincoln*. Paper AAI3074086. <http://digitalcommons.unl.edu/dissertations/AAI3074086>
- Kumru, A., & Yagmurlu, B. (2014). Prosocial behaviors toward siblings and grandparents. In L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 327–349). New York, NY: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0016>
- Larson, A., & Moses, T. (2017). Examining the link between stress events and prosocial behavior in adolescents: More ordinary magic? *Youth & Society*, 49(6), 779-804. <https://doi.org/10.1177/0044118x14563049>

- Lasota, A., Tomaszek, K., & Bosacki, S. (2020). How to become more grateful? The mediating role of resilience between empathy and gratitude. *Current Psychology*. <https://doi.org/10.1007/s12144-020-01178-1>
- Lee, T.S., Wu, Y.J., Chao, E., Chang, C.W., Hwang, K.S., & Wu, W.C. (2021). Resilience as a mediator of interpersonal relationships and depressive symptoms amongst 10th to 12th grade students. *Journal of affective disorders*, 278, 107–113. <https://doi.org/10.1016/j.jad.2020.09.033>
- Lemos, V., Vargas Rubilar, J., & Ordano, E. (2018). Estudio preliminar del funcionamiento psicométrico del test multidimensional de empatía, TECA (2008) en estudiantes argentinos de psicología. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento (RACC)*, 10(1), 229-230.
- Lemos, V., & Richaud, M.C. (2021). A New Multidimensional Questionnaire of Empathy for Early and Middle Adolescents in Spanish. *International Journal of Psychological Research*, 14(1), 91–105. <https://doi.org/10.21500/20112084.5030>
- Lennon, R., Eisenberg, N., & Carroll, J. (1983). The assessment of empathy in early childhood. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 4, 295–302. [https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/0193-3973\(83\)90024-2](https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/0193-3973(83)90024-2)
- Lerner, R. M. (2004). Diversity in individual↔ context relations as the basis for positive development across the life span: A developmental systems perspective for theory, research, and application (The 2004 Society for the Study of Human Development Presidential Address). *Research in Human Development*, 1(4), 327-346.
- Lerner, R.M., Fisher, C.B., & Weinberg, R.A. (2000). Toward a science for and of the

- people: Promoting civil society through the application of developmental science. *Child Development*, 71(1), 11–20. <https://doi.org/10.1111/1467-8624.00113>
- Levine, L.E., & Hoffman, M.L. (1975). Empathy and cooperation in 4-year-olds. *Developmental Psychology*, 11(4), 533–534. <https://doi.org/10.1037/h0076680>
- Letzring, T.D., Block, J., & Funder, D.C. (2005). Ego-control and ego-resiliency: Generalization of self report scales based on personality descriptions from acquaintances, clinicians and the self. *Journal of Research in Personality*, 39, 395–422. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.jrp.2004.06.003>
- Lewin, K. (1936). *Principles of topological psychology*. New York: McGraw-Hill.
- Lewin, K. (1951). *Field theory in social science*. New York: Harper.
- Lewis, M.B.E. (2014). Parents as recipients of adolescent prosocial behavior. In L. M. Padilla-Walker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial development: A multidimensional approach* (pp. 305–326). New York, NY: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199964772.003.0015>
- Light, S.N., Coan, J.A., Zahn-Waxler, C., Frye, C., Goldsmith, H.H., & Davidson, R.J. (2009). Empathy is associated with dynamic change in prefrontal brain electrical activity during positive emotion in children. *Child Development*, 80(4), 1210–1231. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1467-8624.2009.01326.x>
- Lippman, L.H., Moore, K.A., & McIntosh, H. (2011). Positive indicators of child well-being: A conceptual framework, measures, and methodological issues. *Applied Research in Quality of Life*, 6(4), 425–449. <https://doi.org/10.1007/s11482-011-9138-6>
- Lipps, T. (1979). Einfühlung, inner Nachahmung, und Organaempfindungen

- [Empathy, inner imitation and sense-feelings]. In M. Rader (Ed.), *A modern book of esthetics* (5th ed., pp. 374–382). New York: Harcourt College. (Original work published 1903)
- Littman-Ovadia, H., & Steger, M. (2010). Character strengths and well-being among volunteers and employees: Toward an integrative model. *The Journal of Positive Psychology, 5*, 419–430. <https://doi.org/10.1080/17439760.2010.516765>
- Litvack, M.W., Mcdougall, D., & Romney, D.M. (1997). The structure of empathy during middle childhood and its relationship to prosocial behavior. *Genetic, Social and General Psychology Monographs, 123* (3), 303-324.
- Liu, Q., Jiang, M., Li, S., & Yang, Y. (2021). Social support, resilience, and self-esteem protect against common mental health problems in early adolescence. *Medicine, 100*(4), e24334. <https://doi.org/10.1097/md.00000000000024334>
- Llorca, A., Malonda, E., & Samper, P. (2017). Prosocial Reasoning and Emotions in Young Offenders and Non-Offenders. *European Journal of Psychology Applied to Legal Context, 9*(2), 65-72. [10.1016/j.ejpal.2017.01.001](https://doi.org/10.1016/j.ejpal.2017.01.001)
- Loevinger, J. (1976). *Ego development: Conceptions and theories*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Loewenstein, G. (2005). Hot–cold empathy gaps and medical decision making. *Health Psychology, 24*, S49–S56.
- López, F. (1994). *Para Comprender la Conducta Altruista*. Navarra: Verbo Divino.
- López de Cózar, E., Alonso Plá, F., Esteban Martínez, C., Calatayud Miñana, C., & Alamar Rocati, B. (2008). *Diseño y validación de una escala para la medición de la conducta prosocial - antisocial en el ámbito vital y en el tráfico*. Instituto Universitario de Tráfico y Seguridad Vial. Universidad de Valencia.

- López-Pérez, B., Ambrona, T., & Márquez-González, M. (2014). Adaptación y validación de un instrumento para la evaluación de la empatía en niños y adolescentes: TECA-NA. *Psicología Conductual*, 22(1), 5.
- López-Pérez, B., Fernández-Pinto, I., & Abad, F. J. (2008). *TECA. Test de Empatía Cognitiva y Afectiva*. Madrid: Tea Ediciones, S.A.
- López, M.B., Arán Filippetti, V., & Richaud, M.C. (2014). Empatía: desde la percepción automática hasta los procesos controlados. *Avances En Psicología Latinoamericana*, 32(1), 37–51. <https://doi.org/10.12804/apl32.1.2014.03>
- Loudin, J.L., Loukas, A., & Robinson, S. (2003). Relational aggression in college students: Examining the roles of social anxiety and empathy. *Aggressive Behavior*, 29, 430-439. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1002/ab.10039>
- Lovett, B.J., & Sheffield, R. A. (2007). Affective empathy deficits in aggressive children and adolescents: A critical review. *Clinical Psychology Review*, 27, 1–13. <https://doi.org/10.1016/j.cpr.2006.03.003>
- Lucas-Molina, B., Pérez-Albéniz, A., Ortuño-Sierra, J., & Fonseca-Pedrero, E. (2017). Dimensional structure and measurement invariance of the Interpersonal Reactivity Index (IRI) across gender. *Psicothema*, 29, 590–595. <https://doi.org/10.7334/psicothema2017.19>
- Luthar, S.S. (2006). Resilience in Development: A Synthesis of Research Across five Decades. En D. Cicchetti y D. Cohen (eds.), *Developmental Psychopathology, vol 3: Risk, Disorder, and Adaptation* (pp. 739–795). Hoboken, NJ: John Wiley.
- Luthar, S., Cicchetti, D., & Becker, B. (2000). Research on Resilience: Response to Commentaries. *Child Development*, 71(3), 573-575.
- Macaulay, J.R., & Berkowitz, L. (Eds.). (1970). *Altruism and helping behavior*. New

York: Academic Press.

- Maddi, S.R. (2014). *Hardiness leads to meaningful growth through what is learned when resolving stressful circumstances*. In: Batthyany A, Russo-Netzer P, Editors. *Meaning in positive and existential psychology*. Berlin, Germany: Springer Science & Business; pp. 291-302. [https://doi.org/10.1007/978-1-4939-0308-5\\_17](https://doi.org/10.1007/978-1-4939-0308-5_17)
- Magnus, K.B., Cowen, E.L., Wyman, P.A., Fagen, D.B., & Work, W.C. (1999). Correlates of resilient outcomes among highly stressed African-American and White urban children. *Journal of Community Psychology*, 27, 473–488. [https://psycnet.apa.org/doi/10.1002/\(SICI\)1520-6629\(199907\)27:4%3C473::AID-JCOP8%3E3.0.CO;2-8](https://psycnet.apa.org/doi/10.1002/(SICI)1520-6629(199907)27:4%3C473::AID-JCOP8%3E3.0.CO;2-8)
- Malti, T., Gummerum, M., Keller, M., & Buchmann, M. (2009). Children's moral motivation, sympathy, and prosocial behavior. *Child Development*, 80, 442–460. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2009.01271.x>.
- Manciaux, M., Vaniestendael, S., Lecomte, J., & Cyrulnik, B. (2003). La resiliencia: estado de la cuestión. En M. Manciaux (Comp.). *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa.
- Martí-Vilar, M., Corell-García, L., & Merino-Soto, C. (2019). Systematic review of prosocial behavior measures. *Revista de Psicología*, 37(1), 349–377. <https://psycnet.apa.org/doi/10.18800/psico.201901.012>
- Masten, A.S., Burt, K.B., & Coatsworth, J.D. (2006). Resilience in development: A synthesis of research across five decades. En D. Cicchetti & D. Cohen (Eds.), *Developmental Psychopathology, Vol 3: Risk, Disorder and Adaptation* (pp. 696-738). Hoboken, NJ: John Wiley.

- Masten, A.S. (2001). Ordinary magic: Resilience processes in development. *American Psychologist*, 56(3), 227–238. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.56.3.227>
- Masten, A.S. (2014). *Ordinary Magic: Resilience in Development*. New York: Guilford Press.
- Masten, A. S., Powell, J. L., & Luthar, S. S. (2003). A resilience framework for research, policy, and practice. *Resilience and vulnerability: Adaptation in the context of childhood adversities*, 1(25), 153.
- McCrae, R.R., & Costa, P.T.Jr. (1987). Validation of the five-factor model of personality across instruments and observers. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 81-90. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.52.1.81>
- McGinley, M., Opal, D., Richaud, M.C., & Mesurado, B. (2014). Cross-Cultural Evidence of Multidimensional Prosocial Behaviors: An Examination of the Prosocial Tendencies Measure (PTM). In L. Padilla-Waker & G. Carlo (Eds.), *Prosocial Development: A multidimensional approach* (pp. 258-278). Oxford University Press
- McGuire, A.M. (1994). Helping behaviors in the natural environment: Dimensions and correlates of helping. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 20, 45–56. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1177/0146167294201004>
- McNeish, D. (2017). Thanks coefficient alpha, we'll take it from here. *Psychological Methods*. <http://dx.doi.org/10.1037/met0000144>.
- Mead, M. (1934). *Mind, self, and society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Mehrabian, A., & Epstein, N. (1972). A measure of emotional empathy. *Journal of Personality*, 40, 523-543. <https://doi.org/10.1111/j.1467-6494.1972.tb00078.x>
- Mellilo, A. (2007). El desarrollo psicológico del adolescente y la resiliencia. En Munist,



- Suárez Ojeda, Krauskopf y Silber (Comps.) *Adolescencia y Resiliencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Mesman, E., Vreeker, A. & Hillegers, M. (2021). Resilience and mental health in children and adolescents: an update of the recent literature and future directions. *Current Opinion in Psychiatry*, 34(6), 586–592. <https://doi.org/10.1097/ycp.0000000000000741>
- Mestre, V. (2014). Prosocialidad: evaluación e intervención. Propuestas de futuro. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 6(2), 195-201. Recuperado de <https://www.revistamexicanadeinvestigacionenpsicologia.com/index.php/RMI/article/view/197>
- Mestre Escrivá, V., Frías Navarro, M.D., & Samper García, P. (2004). La medida de la empatía: análisis del Interpersonal Reactivity Index. *Psicothema*, 16(2), 255-260.
- Mestre Escrivá, V., Samper García, P., & Frías Navarro, M.D. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: La empatía como factor modulador. *Psicothema*, 14, 227-232. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=727/72714207>
- Mestre, M.V., Pérez Delgado, E., Frías, M.D., & Samper, P. (1999). Instrumentos de evaluación de la empatía. En E. Pérez Delgado y V. Mestre, *Psicología moral y crecimiento personal* (pp. 181-190), Barcelona: Ariel.
- Mestre, V., Frías, M.D., Samper, P., & Nácher, M.J. (2003). Estilos de crianza y variables personales como factores de riesgo de la conducta agresiva. *Revista Mexicana de Psicología*, 20.

- Mestre, V., Samper, P., & Frías, M.D. (2004). Personalidad y contexto familiar como factores predictores de la disposición prosocial y antisocial de los adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 36, 445-458. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80536306>
- Mestre, M.V., Samper, P., Frías, M.D., & Tur, A.M. (2009). Are women more emphatetic than men? A longitudinal study in adolescence. *The Spanish Journal of Psychology*, 12(1), 76-83.
- Mestre, V., Samper, P., Tur, A.M., Cortés, M.T., & Náchter, M.J. (2006). Conducta prosocial y procesos psicológicos implicados: Un estudio longitudinal en la adolescencia. *Revista Mexicana de Psicología*, 23(2), 203-215. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=243020649006>
- Mestre, V., Samper, P., Tur-Porcar, A.M., Richaud de Minzi, M.C., & Mesurado, B. (2012). Emociones, estilos de afrontamiento y agresividad en la adolescencia. *Universitas Psychologica*, 11(4), 1263-1275.
- Mestre, V., Tur, A.M., Samper, P., Náchter, M.J., & Cortés, M.T. (2007). Estilos de crianza en la adolescencia y su relación con el comportamiento prosocial. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39(2), 211-225.
- Mestre, M. V., Tur, A. M., Samper, P., & Latorre, A. (2010). Inestabilidad emocional y agresividad: Factores predictores. *Ansiedad y estrés*, 16(1), 35-45.
- Mesurado, B. (2014). Nuevas perspectivas en investigación sobre la conducta prosocial: la identificación del receptor de la ayuda y la motivación del agente de la conducta prosocial. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 6(2), 166-170.
- Mesurado, B. (6 al 9 de agosto de 2018). *El rol de la empatía positiva y negativa en la*

*conducta prosocial*. Semana de investigación interdisciplinar “Del yo a la persona” Pilar. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=vAWfbcGoqqg>

Mesurado, B., Distefano, M.J., Robiolo, G., & Richaud, M. C. (2019). The Hero program: Development and initial validation of an intervention program to promote prosocial behavior in adolescents. *Journal of Social and Personal Relationships*, 36(8), 2566-2584. <https://doi.org/10.1177/0265407518793224>

Mesurado, B., & Guerra, P. (2018). *¿Es más común el egoísmo en el ser humano que el altruismo?* En Reyes Duro, *¿Quiénes somos? Cuestiones entorno al ser humano*. Pamplona: EUNSA

Mesurado, B., & Richaud, M.C. (2017). The relationship between parental variables, empathy and prosocial-flow with prosocial behavior toward strangers, friends, and family. *Journal of Happiness Studies*, 18(3), 843–860. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1007/s10902-016-9748-7>

Mesurado, B., Guerra, P., De Sanctis, F., & Rodriguez, L.M. (2019). Validation of the Spanish version of the Prosocial Behavior toward Different Targets Scale. *International Social Work*, 002087281985873, 1-12. <https://doi.org/10.1177%2F0020872819858738>

Mesurado, B., Richaud, M.C., & Rodriguez, L. M. (2018). The varying roles of parents and the cognitive–emotional variables regarding the different types of adolescent prosocial behavior. *Journal of Social and Personal Relationships*, 36(7), 2116–2133. <https://doi.org/10.1177%2F0265407518780365>

Mesurado, B., Rodríguez, L.M., & Oñate, M.E. (2019). *La prosocialidad y diferentes aspectos de su desarrollo*. En: *La Psicoterapia y la Educación*, Tomo IV de la

- serie La Psicoterapia, editada por la Asociación Argentina de Psiquiatras.  
 Coordinador: Humberto Luis Mesones. Editorial Salerno.
- Meeus, W., Van de Schoot, R., Klimstra, T., & Branje, S. (2011). Personality types in adolescence: change and stability and links with adjustment and relationships: A five-wave longitudinal study. *Developmental Psychology, 47*, 1181-1195.
- Mifune, N., Hashimoto, H., & Yamagishi, T. (2010). Altruism toward in-group members as a reputation mechanism. *Evolution and Human Behavior, 31*(2), 109-117. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.evolhumbehav.2009.09.004>
- Milioni, M., Alessandri, G., Eisenberg, N., Vecchione, M., & Caprara, G.V. (2015). The predictive role of ego-resiliency on behavioural problems. *European Journal of Developmental Psychology, 12*(2), 220-233. <https://doi.org/10.1080/17405629.2014.998194>
- Miller, P.A., & Eisenberg, N. (1988). The relation of empathy to aggressive and externalizing/antisocial behavior. *Psychological Bulletin, 103*, 324-344. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0033-2909.103.3.324>
- Miller, P., Eisenberg, N., Fabes, R., & Shell, R. (1996). Relations of moral reasoning and vicarious emotion to young children's prosocial behavior toward peers and adults. *Developmental Psychology, 32*, 210 – 219. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0012-1649.32.2.210>
- Miller, J. G., Nuselovici, J. N., & Hastings, P. D. (2016). Nonrandom acts of kindness: Parasympathetic and subjective empathic responses to sadness predict children's prosociality. *Child Development, 87*(6), 1679-1690.
- Mirón, L., Otero, J.M., & Luengo, A. (1989). Empatía y conducta antisocial. *Análisis y Modificación de Conducta, 15*(44), 239-254.

- Mitchell, J.P. (2009). Inferences about mental states. *Philosophical Transactions of the Royal Society B Biological Sciences*, 364, 1309–1316.  
<https://dx.doi.org/10.1098/rstb.2008.0318>
- Morelli, S.A., Lieberman, M.D., & Zaki, J. (2015). The emerging study of positive empathy. *Social and Personality Psychology Compass*, 9, 57–68.  
<http://doi.org/54c>
- Morelli, S.A., Rameson, L.T., & Lieberman, M.D. (2014). The neural components of empathy: Predicting daily prosocial behavior. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 9, 39–47. <https://doi.org/10.1093/scan/nss088>
- Moreno, J.E., & Fernández, C. (2011). Empatía y flexibilidad yoica, su relación con la agresividad y la prosocialidad. *Límite. Revista de Filosofía y Psicología*, 6 (23), 41-55.
- Morgade Salgado, M. (2000). Del valor estético de la empatía al negocio inteligente de las emociones. La psicología estética de Theodor Lipps a las puertas del tercer milenio. *Revista de historia de la psicología*, 21(2-3), 359-372.
- Müller, M., Ungaretti, J., & Etchezahar, E. (2018). Evaluación multidimensional de la empatía: Adaptación del Interpersonal Reactivity Index (IRI) al contexto argentino. *Revista de Investigación en Psicología Social*, 3(1).
- Muncer, S.J., & Ling, J. (2005) Psychometric analysis of the Empathy Quo-tient (EQ) scale. *Journal of personality and individual differences*, 40(6), 1111-1119.  
<http://dx.doi.org/10.1016/j.paid.2005.09.020>
- Munist, M., & Suárez Ojeda, E. (2007). Conceptos generales de resiliencia aplicados a adolescentes y jóvenes. En Munist, Suárez Ojeda, Krauskpf & Silber (Comps.) *Adolescencia y resiliencia*. Buenos Aires: Paidós.

- Muñoz Zapata, A.P., & Chaves Castaño, L. (2013). La empatía: ¿un concepto unívoco? *Katharsis*, (16), 123-146.
- Murzyn, T. (2020). *Ego Control/Ego Resiliency Theory (ARCH)*. The Wiley Encyclopedia of Personality and Individual Differences, 165–171. <https://doi.org/10.1002/9781118970843.ch29>
- Mussen, P., & Eisenberg, N. (1977). *Roots of Caring, Sharing and Helping*. W. H. Freeman and Company. San Francisco.
- Nezlek, J.B., Feist, G.J., Wilson, F.C., & Plesko, R.M. (2001). Day-to-day variability in empathy as a function of daily events and mood. *Journal of Research in Personality*, 35, 401–423. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1006/jrpe.2001.2332>
- Núñez Mera, W.J., & Villamil Melo, L.T. (2017). *Revisión documental: El estado actual de las investigaciones desarrolladas sobre empatía en niñas y niños en las edades comprendidas entre los 6 a 12 años de edad surgidas en países latinoamericanos de habla hispana, entre los años 2010 al primer trimestre del 2017* (Doctoral dissertation, Corporación Universitaria Minuto de Dios).
- O'Hare, B. (2012). *Some brain areas Citizendium*. Creative Commons License.
- Oliva, A., & Antolín, L. (2010). Cambios en el cerebro adolescente y conductas agresivas y de asunción de riesgos. *Estudios de psicología*, 31(1), 53-66. <https://doi.org/10.1174/021093910790744563>
- Olweus, D., & Endresen, I.M. (1998). The importance of sex-of-stimulus object: Age trends and sex differences in empathic responsiveness. *Social Development*, 7, 370–388. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/1467-9507.00073>
- Omoto, A.M., & Snyder, M. (1990). Basic research in action: Volunteerism and society's response to AIDS. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 16(1),

152-166.

Omoto, A. M., & Snyder, M. (1995). Sustained helping without obligation: Motivation, longevity of service, and perceived attitude change among AIDS volunteers. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 671–686. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.68.4.671>

Organización Mundial de la Salud (2020). *Salud mental del adolescente*. Recuperado de <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/adolescent-mental-health>

Organización Panamericana de la Salud (2018). *Aceleración mundial de las medidas para promover la salud de los adolescentes (Guía AA-HA): Orientación para la aplicación en los países*. Washington, D.C. Recuperado de <https://iris.paho.org/handle/10665.2/49181>

Over, H. (2018). The influence of group membership on young children's prosocial behaviour. *Current Opinion in Psychology*, 20, 17-20. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.copsyc.2017.08.005>

Paciello, M., Vecchio, G.M., & Pepe, S. (2005). La misura della prosocialità. En G. V. Caprara & S. Bonino (eds.), *Il comportamento prosociale. Aspetti individuali, familiari e sociali*. (pp. 45-57) Trento: Erikson.

Padilla-Walker, L.M. (2007). Characteristics of Mother-Child Interactions Related to Adolescents? Positive Values and Behaviors. *Journal of Marriage and Family*, 69(3), 675–686. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1741-3737.2007.00399.x>

Padilla-Walker, L.M., & Carlo, G. (2014). *Prosocial development. A multidimensional approach*. New York: Oxford University Press.

Padilla-Walker, L.M., & Christensen, K.J. (2011). Empathy and self-regulation as

- mediators between parenting and adolescents' prosocial behavior toward strangers, friends, and family. *Journal of Research on Adolescence*, 21(3), 545-551. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1532-7795.2010.00695.x>
- Padilla-Walker, L.M., & Fraser, A.M. (2014). How much is it going to cost me? Bidirectional relations between adolescents' moral personality and prosocial behavior. *Journal of Adolescence*, 37, 993–1001. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2014.07.008>
- Padilla-Walker, L.M., Carlo, G., Christensen, K.J., & Yorgason, J.B. (2012). Bidirectional Relations Between Authoritative Parenting and Adolescents' Prosocial Behaviors. *Journal of Research on Adolescence*, 22(3), 400–408. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1532-7795.2012.00807.x>
- Padilla-Walker, L.M., Carlo, G., & Memmott-Elison, M.K. (2018). Longitudinal change in adolescents' prosocial behavior toward strangers, friends, and family. *Journal of Research on Adolescence*, 28(3), 698-710. <https://doi.org/10.1111/jora.12362>
- Padilla-Walker, L.M., Dyer, W.J., Yorgason, J.B., Fraser, A.M., & Coyne, S. M. (2015). Adolescents' prosocial behavior toward family, friends, and strangers: A person-centered approach. *Journal of Research on Adolescence*, 25, 135–150. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/jora.12102>
- Padilla-Walker, L.M., Nielson, M.G., & Day, R. D. (2016). The role of parental warmth and hostility on adolescents' prosocial behavior toward multiple targets. *Journal of Family Psychology*, 30(3), 331. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/fam0000157>
- Palacios, X. (2019). Adolescencia: ¿Una etapa problemática del desarrollo



humano? *Revista Ciencias de la Salud*, 17(1), 5-8.

- Pakaslahti, L., Karjalainen, A., & Keltikangas-Järvinen, L. (2002). Relationships between adolescent prosocial problem-solving strategies, prosocial behaviour, and social acceptance. *International Journal of Behavioral Development*, 26, 137-144. <https://doi.org/10.1080%2F01650250042000681>
- Parker, G.R., Cowen, E.L., Work, W.C., & Wyman, P.A. (1990). Test correlates of stress resilience among urban school children. *The Journal of Primary Prevention*, 11, 19–35. <https://doi.org/10.1007/bf01324859>
- Parks, C.D., Joireman, J., & Van Lange, P.A.M. (2013). Cooperation, trust, and antagonism: How public goods are promoted. *Psychological Science in the Public Interest*, 14, 119–165. <https://doi.org/10.1177%2F1529100612474436>
- Pearce, P.L., & Amato, P.R. (1980). A taxonomy of helping: A multidimensional scalling analysis. *Social Psychology Quarterly*, 43(4), 363-371. <https://doi.org/10.2307/3033956>
- Penner, L.A. (2002). Dispositional and organizational influences on sustained volunteerism: An interactionist perspective. *Journal of Social Issues*, 58, 447–467. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/1540-4560.00270>
- Penner, L.A. (2004). Volunteerism and social problems: Making things better or worse? *Journal of Social Issues*, 60, 645–666. <https://doi.org/10.1111/j.0022-4537.2004.00377.x>
- Penner, L., Dovidio, J., Piliavin, J., & Schroeder, D. (2005). Prosocial behavior: Multilevel perspectives. *Annual Review of Psychology*, 56(1), 365-392. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.56.091103.070141>
- Pérez-Albéniz, A., Paúl, J., Etxeberría, J. Montes, M.P., & Torr, E. (2003). Adaptación

- del Interpersonal Reactivity Index (IRI) al español. *Psicothema*, 15, 267-272.
- Peterson, C., & Seligman, M.E. (2004). *Character strengths and virtues: A handbook and classification* (Vol. 1). Oxford University Press.
- Pettigrew, T.F. (1998). Intergroup contact theory. *Annual Review of Psychology*, 49, 65–85. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.49.1.65>
- Pettigrew, T.F., & Tropp, L. R. (2006). A meta-analytic test of intergroup contact theory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90, 751–783. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.90.5.751>
- Pfattheicher, S., Nielsen Y.A., & Thielmann I. (2021). Prosocial behavior and altruism: A review of concepts and definitions, *Current Opinion in Psychology*, <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2021.08.021>.
- Pigliucci, M. (2013). The demarcation problem. In M. Pigliucci & M. Boudry (Eds.), *Philosophy of pseudoscience: Reconsidering the demarcation problem* (pp. 9–28). Chicago: University of Chicago Press.
- Polk, L.V. (1997). Toward a middle-range theory of resilience. *Advances in nursing science*, 19(3), 1-13.
- Portt, E., Person, S., Person, B., Rawana, E., & Brownlee, K. (2020). Empathy and positive aspects of adolescent peer relationships: A scoping review. *Journal of Child and Family Studies*, 29(9), 2416-2433. <https://doi.org/10.1007/s10826-020-01753-x>
- Preston, S.D., & de Waal, F.B.M. (2002). Empathy: Its ultimate and proximate bases. *Behavioral and Brain Sciences*, 25(01), 1–71. <https://doi.org/10.1017/s0140525x02000018>
- Prince-Embury, S. (2013). The ego-resiliency scale by Block and Kremen (1996) and

- trait ego-resiliency. In *Resilience in children, adolescents, and adults* (pp. 135-138). Springer, New York, NY. [https://doi.org/10.1007/978-1-4614-4939-3\\_9](https://doi.org/10.1007/978-1-4614-4939-3_9)
- Richardson, D.R., Hammock, G.S., Smith, S.M., Gardner, W., & Signo, M. (1994). Empathy as a cognitive inhibitor of interpersonal aggression. *Aggressive Behavior*, 20. [https://psycnet.apa.org/doi/10.1002/1098-2337\(1994\)20:4%3C275::AID-AB2480200402%3E3.0.CO;2-4](https://psycnet.apa.org/doi/10.1002/1098-2337(1994)20:4%3C275::AID-AB2480200402%3E3.0.CO;2-4)
- Rand, D.G. (2017). Social dilemma cooperation (unlike Dictator Game giving) is intuitive for men as well as women. *Journal of experimental social psychology*, 73, 164-168. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.jesp.2017.06.013>
- Rand, D.G., Brescoll, V.L., Everett, J.A.C., Capraro, V., & Barcelo, H. (2016). Social heuristics and social roles: Intuition favors altruism for women but not for men. *Journal of Experimental Psychology: General*, 145(4), 389–396. <https://doi.org/10.1037/xge0000154>
- Regan, D.T., & Totten, J. (1975). Empathy and attribution: turning observers into actors. *Journal of Personality and social Psychology*, 32(5), 850.
- Reinders, H., & Youniss, J. (2006). School-based required community service and civic development in adolescents. *Applied Developmental Science*, 10, 2–12. [https://doi.org/10.1207/s1532480xads1001\\_1](https://doi.org/10.1207/s1532480xads1001_1)
- Richardson, G.E. (2002). The Metatheory of Resilience and Resiliency. *Journal of Clinical Psychology*, 58, 307–321. <https://doi.org/10.1002/jclp.10020>
- Richaud, C. (2014). Algunos aportes sobre la importancia de la empatía y la prosocialidad en el desarrollo humano. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 6(2), 171-176.

- Richaud de Minzi, M.C. (2006). *Children perception of parental empathy in relation with children empathy and social skills*. En M. C. Richaud Invited Symposium Social skills, parental styles and coping in children and adolescents, XXVII International Congress of Applied Psychology, Atenas, Grecia.
- Richaud de Minzi, M.C. (2008) Evaluación de la Empatía en población infantil argentina. *Revista de Investigación en Psicología*, 11(1), 101-115.
- Richaud de Minzi, M.C., Lemos, V. & Mesurado, B. (2011). Relaciones entre la percepción que tienen los niños de los estilos de relación y de la empatía de los padres y la conducta prosocial en la niñez media y tardía. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 29(2), 330-343.
- Richaud, M.C, Lemos, V.N., Mesurado, B., & Oros, L. (2017). Construct Validity and Reliability of a New Spanish Empathy Questionnaire for Children and Early Adolescents. *Front Psychol*, 8, 979. <https://dx.doi.org/10.3389%2Ffpsyg.2017.00979>
- Richaud, M., Mesurado, B., & Kohan Cortada, A. (2012). Analysis of dimensions of prosocial behavior in an argentinean sample of children. *Psychological Reports: Mental & Physical Health*, 111(3), 1-10. <https://doi.org/10.2466/10.11.17.pr0.111.6.687-696>
- Richaud, M., Mesurado, B., & Lemos, V. (2012). Links between perception of parental actions and prosocial behavior in early adolescence. *Journal of Child and Family Studies*, 22, 637–646. <https://doi.org/10.1007/s10826-012-9617-x>
- Richaud, M.C., & Mesurado, B. (2016). Las emociones positivas y la empatía como promotores de las conductas prosociales e inhibidores de las conductas agresivas. *Acción Psicológica*, 13(2), 31-42.

<https://dx.doi.org/10.5944/ap.13.2.17808>

Roberts, W., & Strayer, J. (1996). Empathy, emotional expressiveness, and prosocial behavior. *Child Development*, 67, 449–470.

<https://psycnet.apa.org/doi/10.2307/1131826>

Roberts, W., Strayer, J., & Denham, S. (2014). Empathy, anger, guilt: Emotions and prosocial behaviour. *Canadian Journal of Behavioural Science / Revue Canadienne des sciences du comportement*, 46(4), 465–74.

<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/a0035057>

Roberts, B.W., Walton, K.E., & Viechtbauer, W. (2006). Patterns of mean-level change in personality traits across the life course: A metaanalysis of longitudinal studies. *Psychological Bulletin*, 132, 1–25. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-2909.132.1.1>

Roberts, B.W., Wood, D., & Caspi, A. (2008). The development of personality traits in adulthood. In O. P. John, R. W. Robins, & L. A. Pervin (Eds.), *Handbook of personality: Theory and research*, (3rd ed., pp. 375-398). New York, NY: Guilford.

Roche Olivar, R. (1997). *Psicología y educación para la prosocialidad*. Buenos Aires: Ciudad Nueva.

Roche Olivar, R. (1998). El uso educativo de la televisión como optimizadora de la prosocialidad. *Psychosocial Intervention*, 7(3), 363-378.

Roche Olivar, R. (1999). *Desarrollo de la inteligencia emocional y social desde los valores y actitudes prosociales en la escuela*. Buenos Aires: Ciudad Nueva.

Roche Olivar, R. (Ed.) (2010). *Prosocialidad, nuevos desafíos*. Buenos Aires: Ciudad Nueva.

- Rodriguez, L.M. (2014a). Motivaciones y conductas prosociales en adolescentes argentinos. *Praxis. Revista de Psicología*. 16 (25), 69 – 87.
- Rodriguez, L.M. (2014b). *Evaluación de la empatía. Un estudio en adolescentes entrerrianos. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*
- Rodriguez, L.M. (2016). *Psicología del desarrollo moral en la adolescencia: un modelo integrativo*. Tesis de Doctorado en Psicología. Universidad Católica Argentina. Facultad de Psicología y Psicopedagogía. Recuperado de: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/tesis/psicologia-desarrollo-moral-adolescencia.pdf>
- Rodriguez, J.E., & López, M.B. (2020). Diferencias en la empatía por sexo e identidad sexual en adolescentes de Entre Ríos. *En XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Rodriguez, L.M., Mesurado, B., Oñate, M.E., Guerra, P., & Menghi, M.S. (2017). Adaptación de la Escala de Prosocialidad de Caprara en adolescentes argentinos. *Revista Evaluar*, 17(2), 177-187.
- Rothbart, M., Ahadi, S., & Hershey, K. (1994). Temperament and social behavior in childhood. *Merrill-Palmer Quarterly: Journal of Developmental Psychology*,

40, 21–39.

Rothbart, M.K., & Bates, J.E. (1998). Temperament. In W. Damon (Series Ed.) and N. Eisenberg (Vol. Ed.), *Handbook of child psychology: Vol. 3. Social, emotional, and personality development* (pp. 105–176). New York: Wiley.

Rothbart, M.K., & Bates, J.E. (2006). Temperament. In W. Damon, R. Lerner, & N. Eisenberg (Eds.), *Handbook of child psychology: Social, emotional, and personality development* (6th ed., Vol. 3, pp. 99-166). New York, NY: John Wiley.

Rothbart, M. K., & Rueda, M. R. (2005). The development of effortful control. In U. Mayr, E. Awh, & S. Keele (Eds.), *Developing individuality in the human brain: A tribute to Michael I. Posner* (pp. 167-188). Washington, DC: American Psychological Association.

Roth-Hanania, R., Davidov, M., & Zahn-Waxler, C. (2011). Empathy development from 8 to 16 months: Early signs of concern for others. *Infant Behavior & Development*, 34, 447–458.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.infbeh.2011.04.007>

Roustaei, A., Bakhshipoor, B., Doostian, Y., Goodiny, A.A, Koohikar, M., & Massah, O. (2017). Effectiveness of Resilience Training on Ego-control and Hardiness of Illicit Drug Users. *Addict Health*, 9(1), 24-31. Recuperado de: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC5628765/>

Salas-Wright, C.P., Olate, R. y Vaughn, M. (2012). Assessing empathy in salvadoran high-risk and gang-involved adolescents and young adults: a spanish validation of the basic empathy scale. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 57(11) 1393–1416.

<https://dx.doi.org/10.1177/0306624X12455170ijo.sagepub.com>

- Salovey, P., & Mayer, J.D. (1990). Emotional intelligence. *Imagination, Cognition and Personality*, 9, 185-211. <https://psycnet.apa.org/doi/10.2190/DUGG-P24E-52WK-6CDG>
- Sallquist, J., Eisenberg, N., Spinrad, T.L., Eggum, N.D., & Gaertner, B.M. (2009). Assessment of preschoolers' positive empathy: concurrent and longitudinal relations with positive emotion, social competence, and sympathy. *The Journal of Positive Psychology*, 4(3), 223–233. <https://dx.doi.org/10.1080%2F17439760902819444>
- Sánchez-Queija, I., Oliva, A., & Parra, A. (2006). Empatía y conducta prosocial durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 21(3), 259-271.
- Schroeder, D.A., & Graziano, W. G. (2015). The field of prosocial behavior: An introduction and overview. *The Oxford handbook of prosocial behavior*, 3-34. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1093/oxfordhb/9780195399813.013.32>
- Scourfield, J., John, B., Martin, N., & McGuffin, P. (2004). The development of prosocial behavior in children and adolescents: A twin study. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 45, 927-935. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1469-7610.2004.t01-1-00286.x>
- Seligman, M.E.P. (2002). *La auténtica felicidad*. Buenos Aires: Editorial Zeta.
- Seligman, M.E.P., & Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive psychology: An introduction. *American Psychologist*, 55(1), 5–14. <https://doi.org/10.1037/0003-066x.55.1.5>
- Serrano-Montilla, C., Alonso-Ferres, M., Navarro-Carrillo, G., Lozano, L. M., & Valor-Segura, I. (2021). Assessment of the effects of health and financial threat on



- prosocial and antisocial responses during the COVID-19 pandemic: The mediating role of empathic concern. *Personality and Individual Differences*, 178, 110855. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2021.110855>
- Shaffer, D. (2002). *Desarrollo Social y de la Personalidad*, 4ª edición. Madrid: Thomson.
- Shaffer, D., Kipp, K., Wood, E., Willoughby, T., Roberts, K., Gottardo, A., Krettenauer, T., Lee, J., & Newton, N. (2019). *Developmental Psychology: Infancy and Childhood*. Canada: Nelson Education Ltd.
- Shutts, K. (2015). Young children's preferences: Gender, race, and social status. *Child Development Perspectives*, 9(4), 262-266. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/cdep.12154>
- Silber, T. (2007). La entrevista motivacional para incrementar la Resiliencia del adolescente. *En Adolescencia y resiliencia*. Munist, Suárez Ojeda, Krauskopf & Silber (Comps.) Buenos Aires: Paidós.
- Singh-Manoux, A. (2000). Culture and gender issues in adolescence: Evidence from studies on emotion. *Psicothema*, 12, 93-100.
- Small, S., & Memmo, M. (2004). Contemporary models of youth development and problem prevention: Toward an integration of terms, concepts, and models. *Family Relations: An Interdisciplinary Journal of Applied Family Studies*, 53(1), 3–11. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3729.2004.00002.x>
- Smith, C.E., Kleinbeck, S.V., Boyle, D., Kochinda, C., & Parker S. (2001). Family Caregivers' Motives for Helping Scale derived from motivation-to-help theory. *Journal of Nursing Measurement*, 9(3), 239-257.
- Smith, K.D., Keating, J.P., & Stotland, E. (1989). Altruism reconsidered: The effect of

- denying feedback on a victim's status to empathic witnesses. *Journal of Personality and Social Psychology*, *57*, 641.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0022-3514.57.4.641>
- Sobral, J., Romero, E., Luengo, A., & Marzoa, J. (2000). Personalidad y conducta antisocial: Amplificadores individuales de los efectos contextuales. *Psicothema*, *12*, 661-670.275-289.
- Sonam, M.S. (2021). Relationship between Resilience and Stress in high school female students. *Solid State Technology*, *64*(1), 1839-1847.
- Soto, C.J., & Tackett, J.L. (2015). Personality traits in childhood and adolescence: Structure, development, and outcomes. *Current Directions in Psychological Science*, *24*, 358 –362. <http://dx.doi.org/10.1177/0963721415589345>
- Specht, J., Egloff, B., & Schmukle, S.C. (2011). Stability and change of personality across the life course: The impact of age and major life events on mean-level and rank-order stability of the Big Five. *Journal of Personality and Social Psychology*, *101*, 862–882. <http://dx.doi.org/10.1037/a0024950>
- Spinrad, T., Eisenberg, N., & Gaertner, B. (2007). Measures of effortful regulation for young children. *Infant Mental Health Journal*, *28*, 606–626.  
<https://doi.org/10.1002/imhj.20156>
- Staub, E. (1975). To Rear a prosocial child: reasoning, learning by doing and learning by teaching others. En D.J. De Palma y J. M. Foley (Eds.). *Moral development: current theory and research*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Staub, E., & Sherk, L. (1970). Need for approval, children's sharing behavior, and reciprocity in sharing. *Child Development*, *41*, 243 – 252.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.2307/1127403>

- Steger, M.F., Kashdan, T.B., & Oishi, S. (2008). Being good by doing good: Daily eudaimonic activity and well-being. *Journal of Research in Personality, 42*(1), 22–42. doi:10.1016/j.jrp.2007.03.004
- Steinberg, L., & Silk, J.S. (2002). Parenting adolescents. In M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Vol. 1: Children and parenting* (2nd ed., pp. 103–133). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Steinberg, L. (2008). *Adolescence*. Mc Graw-Hill.
- Stern, J.A., & Cassidy, J. (2018). Empathy from infancy to adolescence: An attachment perspective on the development of individual differences. *Developmental Review, 47*, 1-22.
- Stotland, E. (1969). Exploratory investigations of empathy. En Berkowitz (Ed.), *Advances in experimental social psychology, 4*, p.272.
- Strayer, J. (1980). A naturalistic study of empathic behaviors and their relation to affective states and perspective taking skills in preschool children. *Child Development, 51*, 815–822. <https://psycnet.apa.org/doi/10.2307/1129469>
- Strayer, J. (1993). Children's concordant emotions and cognitions in response to observed emotions. *Child Development, 64*, 188–201. [PubMed: 8436029]
- Strayer, J., & Roberts, W. (1989). Children's empathy and role taking: Child and parental factors, and relations to prosocial behavior. *Journal of Applied Developmental Psychology, 10*(2), 227-239.
- Streit, C., Carlo, G., & Killoren, S. E. (2020). Ethnic socialization, identity, and values associated with US Latino/a young adults' prosocial behaviors. *Cultural Diversity and Ethnic Minority Psychology, 26*, 102–111. <https://doi.org/10.1037/cdp0000280>

- Stürmer, S., & Snyder, M. (Eds.). (2010). *The psychology of prosocial behavior: Group processes, intergroup relations, and helping*. New York: John Wiley & Sons.
- Suárez Ojeda, E., & Autler, L. (2006). La resiliencia en la comunidad: un enfoque social. En E. Grotberg (Comp.) *La resiliencia en el mundo de hoy. Cómo superar las adversidades*. Barcelona: Gedisa.
- Suárez Ojeda, E. (2004). Resiliencia y subjetividad. En Melillo, Suárez Ojeda y Rodríguez (Comps.). *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida*. Buenos Aires: Paidós.
- Syed, M., & Seiffge-Krenke, I. (2015). Change in ego development, coping, and symptomatology from adolescence to emerging adulthood. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 41, 110–119. <https://doi.org/10.1016/j.appdev.2015.09.003>
- Syed, M., Eriksson, P.L., Frisén, A., Hwang, C.P., & Lamb, M.E. (2020). Personality development from age 2 to 33: Stability and change in ego resiliency and ego control and associations with adult adaptation. *Developmental Psychology*, 56(4), 815–832. <https://doi.org/10.1037/dev0000895>
- Tajfel, H., Turner, J.C., Austin, W.G., & Worchel, S. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. *Organizational identity: A reader*, 56(65), 9780203505984-16.
- Tamnes, C. K., Herting, M. M., Goddings, A. L., Meuwese, R., Blakemore, S. J., Dahl, R. E., & Mills, K. L. (2017). Development of the cerebral cortex across adolescence: a multisample study of inter-related longitudinal changes in cortical volume, Surface Area, and thickness. *Journal of Neuroscience*, 37(12), 3402-3412. <https://doi.org/10.1523/JNEUROSCI.3302-16.2017>

- Tangney, J.P., Stuewig, J., & Mashek, D.J. (2007). Moral Emotions and Moral Behavior. *Annual Review of Psychology*, 58(1), 345–372. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.56.091103.070145>
- Tarter, R.E., & Vanyukov, M. (2002). Re-Visiting the Validity of the Construct of Resilience. En M. D. Glantz, J. Johnson y L. Huffman (Eds.), *Resilience and development: positive life adaptations* (pp. 85–100). New York: Plenum.
- Taylor, L.K., & Carlo, G. (2021). Introduction to the Special Section: Prosocial development in risky and vulnerable contexts. *International Journal of Behavioral Development*, 45(4), 289–292. <https://doi.org/10.1177%2F0165025421990759>
- Taylor, S.E., Kemeny, M.E., Reed, G.M., Bower, J.E., & Gruenewald, T.L. (2000). Psychological resources, positive illusions, and health. *American Psychologist*, 55(1), 99–109. <https://doi.org/10.1037/0003-066x.55.1.99>
- Taylor, Z.E, Doane, L.D., & Eisenberg, N. (2013). Transitioning from high school to college: Relations of social support, ego-resiliency, and maladjustment during emerging adulthood. *Emerging Adulthood*. 1–11. <https://doi.org/10.1177%2F2167696813506885>
- Taylor, Z.E., Eisenberg, N., Spinrad, T.L., & Widaman, K.F. (2013). Longitudinal Relations of Intrusive Parenting and Effortful Control to Ego-resiliency during Early Childhood. *Child Development*, 84(4), 1145–1451. <https://doi.org/10.1111/cdev.12054>
- Taylor, Z.E., & Jones, B.L. (2019). Cultural Contributors to Ego-Resiliency and Associations with Depressive Problems in Midwestern Latino Youth. *Journal of Research on Adolescence*, 30(S2), 349–361.

<https://doi.org/10.1111/jora.12481>

Taylor, Z.E., Eisenberg, N., Eggum, N.D., Sulik, M.J., & Spinrad, T.L. (2013). The relations of ego-resiliency and emotion socialization to the development of empathy and prosocial behavior across early childhood. *Emotion*, 13, 822-831.

<https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/a0032894>

Taylor, L.K., Merrilees, C.E., Baird, R., Goeke-Morey, M.C., Shirlow, P., & Cummings, E.M. (2018). Impact of political conflict on trajectories of adolescent prosocial behavior: Implications for civic engagement.

*Developmental Psychology*, 54(9), 1785. <https://doi.org/10.1037/dev0000552>

Taylor, L.K., O'Driscoll, D., Dautel, J., & McKeown, S. (2020). Empathy to action: Child and adolescent outgroup attitudes and prosocial behaviors in a setting of intergroup conflict. *Social Development*, 29(2), 461-477.

<https://doi.org/10.1111/sode.12421>

Tejada Rivera, M. del C., & Espinoza Barría, M. (2022). Desarrollo neurobiológico de la empatía y la conducta prosocial desde la niñez hasta la adolescencia. *Revista de Psicología*, 12(1), 135-155. <https://doi.org/10.36901/psicologia.v12i1.1476>

Telle, N.T., & Pfister, H.R. (2015). Positive Empathy and Prosocial Behavior: A Neglected Link. *Emotion Review*, 8(2), 154-163.

<https://doi.org/10.1177%2F1754073915586817>

Tezón, M. I., & Mesurado, M. B. (2021). Validación de una escala de empatía para niños, niñas y adolescentes colombianos. *Revista Iberoamericana de Psicología*, 14(3), 121-129. Recuperado de:

<https://reviberopsicologia.iberro.edu.co/article/view/2248>

Tezón, M.I., Mesurado, B., & Garay Quevedo, O. (2019). *Relación entre la empatía y*

*gratitud como predictores de la prosocialidad en niños, niñas y jóvenes en Argentina y Colombia: un estudio transcultural.*

Thibaut, J.W., & Kelley, H. H. (1959). *The social psychology of groups*. New York: Wiley.

Titchener, E. (1909). *Elementary psychology of the thought processes*. New York: Macmillan.

Torralva, T. (2019). *Cerebro adolescente: riesgos y oportunidades*. Paidós.

Tugade, M. M., & Fredrickson, B.L. (2007). Regulation of positive emotions: Emotion regulation strategies that promote resilience. *Journal of Happiness Studies*, 8(3), 311–333. <https://doi.org/10.1007/s10902-006-9015-4>

Tur, A., Llorca, A., Malonda, E., Samper, P., & Mestre, M. (2016). Empatía en la adolescencia. Relaciones con razonamiento moral prosocial, conducta prosocial y agresividad [Empathy in Adolescence. Relations with Prosocial Moral Reasoning, Prosocial Behavior and Aggression]. *Acción Psicológica*, 13(2), 3-14. <https://dx.doi.org/10.5944/ap.13.2.17802>

Urbano, C., & Yuni, J. (2017). *Psicología y cultura de los adolescentes*. Encuentro Grupo Editor.

Urquiza, V. (2005). *Empatía y Razonamiento Moral Prosocial: Adaptación y Validación de instrumentos para su evaluación psicológica*. Informe Final de Beca Estímulo. Facultad de Psicología, U.B.A.

Vaish, A., Carpenter, M., & Tomasello, M. (2009). Sympathy through affective perspective taking and its relation to prosocial behavior in toddlers. *Developmental Psychology*, 45, 534–543. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/a0014322>

- van Aken, M.A., & Semon Dubas, J. (2004). Personality type, social relationships, and problem behaviour in adolescence. *European Journal of Developmental Psychology, 1*, 331-348.
- van de Groep, S., Zanolie, K., & Crone, E.A. (2020). Giving to friends, classmates, and strangers in adolescence. *Journal of Research on Adolescence, 30*, 290–297. <https://doi.org/10.1111/jora.12491>
- Van der Graaff, J., Carlo, G., Crocetti, E., Koot, H.M., & Branje, S. (2017). Prosocial Behavior in Adolescence: Gender Differences in Development and Links with Empathy. *Journal of Youth and Adolescence, 47*(5), 1086–1099. <https://doi.org/10.1007/s10964-017-0786-1>
- Van Lange, P.A.M., Balliet, D., Parks, C.D., & Van Vugt, M. (2014). *Social dilemmas: The psychology of human cooperation*. New York: Oxford University Press.
- Van Lange, P.A.M., Joireman, J., Parks, C.D., & Van Dijk, E. (2013). The psychology of social dilemmas: A review. *Organization Behavior and Human Decision Making, 120*, 125–141.
- Vecchione, M., Alessandri, G., Barbaranelli, C., & Gerbino, M. (2010). Stability and Change of Ego Resiliency from Late Adolescence to Young Adulthood: A Multiperspective Study Using the ER89–R Scale. *Journal of Personality Assessment, 92*(3), 212–221. <https://doi.org/10.1080/00223891003670166>
- Ventura Varas, D.J. (2020). *El papel de la empatía en los adolescentes con conducta agresiva: Una revisión sistemática*.
- Vinayak, S., & Judge, J. (2018). Resilience and empathy as predictors of psychological wellbeing among adolescents. *International Journal of Health Sciences and Research, 8*(4), 192-200.



- Wang, B., & Luo, W. (2007). The Progress and Comments of Psychological Resilience [J]. *Journal of Henan University (Social Science)*, 5, 127–30.
- Warneken, F., & Tomasello, M. (2009). The roots of human altruism. *British Journal of Psychology*, 100(3), 455-471. <https://doi.org/10.1348/000712608X379061>
- Weinstein, N., & Ryan, R. M. (2010). When helping helps: Autonomous motivation for prosocial behavior and its influence on well-being for the helper and recipient. *Journal of Personality and Social Psychology*, 98(2), 222–244. doi:10.1037/a0016984
- Wessels, H., Lamb, M.E., Hwang, C.P., & Broberg, A.G. (1997). Personality development between 1 and 8 years of age in Swedish children with varying child care experiences. *International Journal of Behavioral Development*, 21, 771–794. <http://dx.doi.org/10.1080/016502597384668>
- White, J.L., Moffitt, T.E., Caspi, A., Bartusch, D.J., Needles, D.J., & Stouthamer-Loeber, M. (1994). Measuring impulsivity and examining its relationship to delinquency. *Journal of Abnormal Psychology*, 103(2), 192–205. <https://doi.org/10.1037/0021-843X.103.2.192>
- Whiting, B.B., & Edwards, C.P. (1988). *Children of different worlds*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Windle, G., Bennett, K.M., & Noyes, J. (2011). A methodological review of resilience measurement scales. *Health and quality of life outcomes*, 9(1), 1-18.
- Windle, M. (2002). Critical Conceptual and Measurement Issues in the Study of Resilience. En M. D. Glantz, J. Johnson y L. Huffman (eds.), *Resilience and Development: Positive Life Adaptations* (pp. 161–176). New York: Plenum.
- Wispé, L.G. (1972). Positive Forms of Social Behavior: An Overview. *Journal of Social*

- Issues*, 28, 1–19. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1540-4560.1972.tb00029.x>
- Wispe, L. (1987). History of the concept of empathy. En N. Eisenberg & J. Strayer (Ed.), *Empathy and its development*. New York: Cambridge University Press.
- Xiao, S.X., Hashi, E.C., Korous, K.M., & Eisenberg, N. (2019). Gender differences across multiple types of prosocial behavior in adolescence: A meta-analysis of the prosocial tendency measure-revised (PTM-R). *Journal of adolescence*, 77, 41-58. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1016/j.adolescence.2019.09.003>
- Xue, S., Kaufman, M.R., Zhang, X., Xia, S., Niu, C., Zhou, R., & Xu, W. (2022). Resilience and Prosocial Behavior Among Chinese University Students During COVID-19 Mitigation: Testing Mediation and Moderation Models of Social Support. *Psychology Research and Behavior Management*, 15, 1531. <https://doi.org/10.2147/prbm.s364356>
- Yamagishi, T., & Mifune, N. (2008). Does shared group membership promote altruism? Fear, greed, and reputation. *Rationality and Society*, 20(1), 5-30. <https://doi.org/10.1177%2F1043463107085442>
- Yin, Y., & Wang, Y. (2022). Is empathy associated with more prosocial behaviour? A meta-analysis. *Asian Journal of Social Psychology*. <https://doi.org/10.1111/ajsp.12537>
- Yu, G., Li, S., & Zhao, F. (2020). Childhood maltreatment and prosocial behavior among Chinese adolescents: Roles of empathy and gratitude. *Child Abuse & Neglect*, 101, 104319. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2019.104319>
- Yue, T., & Huang, X. (2016). The cognitive neuroscience studies on positive empathy. *Advances in Psychological Science*, 24, 402–409.

<https://doi.org/10.3724/SP.J.1042.2016.00402>

- Yue, T., Wei, J., Huang, X., & Jiang, Y. (2016). Psychometric Properties of the Chinese Version of the Positive Empathy Scale Among Undergraduates. *Social Behavior and Personality: An International Journal*, 44(1), 131–138. <https://doi.org/10.2224/sbp.2016.44.1.131>
- Yue, T., Zhao, J., & Fu, A. (2021). Amplitude of Low-Frequency Fluctuations and Resting-State Functional Connectivity in Trait Positive Empathy: A Resting-State fMRI Study. *Frontiers in Psychiatry*, 12. <https://doi.org/10.3389/fpsy.2021.604106>
- Yuni, J.A., & Urbano, C.A. (2016). *Técnicas para investigar: recursos metodológicos para la preparación de proyectos de investigación*. Editorial Brujas.
- Zahn-Waxler, C. (2001). The development of empathy, guilt, and internalization of distress: Implications for gender differences in internalizing and externalizing problems. In R. Davidson (Ed.), *Anxiety, depression, and emotion: Wisconsin Symposium on Emotion, Vol. I* (pp. 222-265). New York, NY: Oxford Press.
- Zahn-Waxler, C, Cole, P.M., & Barrett, K.C. (1991). Guilt and empathy: Sex differences and implications for the development of depression. In J. Garber & K. A. Dodge (Eds.), *The development of emotion regulation and dysregulation* (pp. 243-272). Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Zahn-Waxler, C., Radke-Yarrow, M., Wagner, E., & Chapman, M. (1992). Development of concern for others. *Developmental Psychology*, 28, 126-136. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0012-1649.28.1.126>
- Zaki, J. (2014). Empathy: A motivated account. *Psychological Bulletin*, 140(6), 1608–1647. <https://doi.org/10.1037/a0037679>

- Zaki, J., & Mitchell, J.P. (2013). Intuitive prosociality. *Current Directions in Psychological Science*, 22(6), 466-470.  
<https://doi.org/10.1177%2F0963721413492764>
- Zapert, K., Snow, D.L., & Tebes, J.K. (2002). Patterns of substance use in early through late adolescence. *American Journal of Community Psychology*, 30, 835– 852.  
<https://psycnet.apa.org/doi/10.1023/A:1020257103376>
- Zeng, X., Chan, V.Y., Oei, T.P., Leung, F.Y., & Liu, X. (2017). Appreciative Joy in Buddhism and Positive Empathy in Psychology: How Do They Differ? *Mindfulness*, 8(5), 1184–1194.  
<https://doi.org/10.1080/17439760.2019.1651886>
- Zeng, X., Ran, L., Zhang, R., Oei, T., Yao, Z., Leung, F., & Liu, X. (2016). Development of the Appreciative Joy Scale. *Mindfulness*.  
<https://doi.org/10.1007/s12671-016-0599-4>
- Ziaei, M., Oestreich, L., Reutens, D.C., & Ebner, N.C. (2021). Age-related differences in negative cognitive empathy but similarities in positive affective empathy. *Brain Structure and Function*, 226(6), 1823–1840.  
<https://doi.org/10.1007/s00429-021-02291-y>

## Apéndice A: Instrumentos de recolección de datos aplicados

### Resiliencia del Yo: Escala de Resiliencia del Yo (ER89-R)- Adaptación de Hess y

Mesurado (2019)

¿En qué medida estás de acuerdo con estas afirmaciones?	Totalmente en desacuerdo			De acuerdo			Totalmente de acuerdo	
	1	2	3	4	5	6	7	
1. Soy generoso/a con mis amigos.	1	2	3	4	5	6	7	
2. Cuando algo me sorprende, me recupero rápido.	1	2	3	4	5	6	7	
3. La mayoría de las personas que conozco son simpáticas/agradables.	1	2	3	4	5	6	7	
4. Disfruto probar comidas nuevas que nunca antes he saboreado.	1	2	3	4	5	6	7	
5. Me gusta tomar diferentes caminos para llegar a lugares conocidos.	1	2	3	4	5	6	7	
6. Soy más curioso/a que la mayoría de la gente.	1	2	3	4	5	6	7	
7. Generalmente pienso cuidadosamente antes de actuar.	1	2	3	4	5	6	7	
8. Me gusta hacer cosas nuevas y diferentes.	1	2	3	4	5	6	7	
9. Mi vida diaria está llena de cosas que me mantienen interesado.	1	2	3	4	5	6	7	
10. Razonablemente rápido se me pasa el enojo hacia otra persona.	1	2	3	4	5	6	7	

**Control del Yo: Escala de Control del Yo (UC-Ego Undercontrol Scale)-**

**Adaptación de Hess y Mesurado (2021)**

<b>¿En qué medida estás de acuerdo con estas afirmaciones?</b>	<b>Estoy muy en desacuerdo</b>	<b>Estoy en desacuerdo</b>	<b>Estoy de acuerdo</b>	<b>Estoy muy de acuerdo</b>
1. Me pongo impaciente cuando tengo que esperar por algo.	1	2	3	4
2. Frecuentemente digo y hago cosas, sin detenerme a pensar.	1	2	3	4
3. Recuerdo “haberme hecho el enfermo” para evitar algo (por ejemplo, un castigo, ir al colegio, etc.).	1	2	3	4
4. Varias veces he tenido que recibir órdenes de alguien que no sabía tanto como yo.	1	2	3	4
5. Frecuentemente me involucro en cosas en las que más tarde no quiero estar.	1	2	3	4
6. No siempre digo la verdad.	1	2	3	4
7. Mi forma de hacer las cosas puede ser malinterpretada o molestar a otros.	1	2	3	4
8. A veces disfruto o me gusta ir en contra de las reglas y hacer cosas que se supone no debo hacer.	1	2	3	4
9. A veces pienso en hacer o decir algo que los demás considerarían inapropiado.	1	2	3	4
10. Me gusta llamar la atención de alguien que me gusta.	1	2	3	4
11. Me gusta detenerme y pensar bien las cosas antes de hacerlas.	1	2	3	4
12. Soy firme y planeo todo en vez de ser impredecible e impulsivo.	1	2	3	4
13. En general, soy una persona prudente (cuidadosa).	1	2	3	4
14. Antes de tomar una decisión tengo en cuenta cada parte/aspecto del asunto.	1	2	3	4

**Empatía negativa: Índice de Reactividad Interpersonal (IRI)- Adaptación de  
Richard de Minzi (2008)**

<b>¿Cuánto te describen las siguientes afirmaciones?</b>	<b>No me describe bien</b>	<b>Me describe un poco</b>	<b>Me describe bastante bien</b>	<b>Me describe bien</b>	<b>Me describe muy bien</b>
1. Sueño y fantaseo, bastante seguido, acerca de las cosas que me podrían suceder.	1	2	3	4	5
2. Me preocupa y conmueve la gente con menos suerte que yo.	1	2	3	4	5
3. Encuentro difícil ver las cosas desde el punto de vista de otra persona.	1	2	3	4	5
4. No me preocupan los problemas de los demás.	1	2	3	4	5
5. Me identifico con los personajes de una novela.	1	2	3	4	5
6. En situaciones de riesgo, tengo miedo.	1	2	3	4	5
7. No me involucro con los personajes de películas u obras de teatro.	1	2	3	4	5
8. Cuando tengo que decidir algo escucho diferentes opiniones.	1	2	3	4	5
9. Cuando veo que le toman el pelo a alguien tiendo a protegerlo.	1	2	3	4	5
10. Me siento vulnerable (no sé qué hacer) frente a una situación muy emotiva.	1	2	3	4	5
11. Intento comprender mejor a mis amigos/as imaginándome cómo ven ellos/as las cosas (poniéndome en su lugar).	1	2	3	4	5
12. Me es difícil entusiasarme con un buen libro o película.	1	2	3	4	5
13. Cuando veo a alguien lastimado, tiendo a estar calmado.	1	2	3	4	5
14. Las desgracias (dolor) de otros no me molestan mucho.	1	2	3	4	5
15. Si estoy seguro/a que tengo la razón en algo no pierdo tiempo escuchando los argumentos de los demás.	1	2	3	4	5

16. Después de ver una obra de teatro o cine me he sentido como si fuera uno de los personajes.	1	2	3	4	5
17. Cuando estoy en una situación emocionalmente tensa me asusto.	1	2	3	4	5
18. Cuando veo que alguien está siendo tratado injustamente, no siento ninguna compasión por él/ella.	1	2	3	4	5
19. Normalmente soy bastante eficaz (sé que hacer) en situaciones difíciles.	1	2	3	4	5
20. Estoy bastante afectado emocionalmente por las cosas que veo que ocurren alrededor.	1	2	3	4	5
21. Pienso que hay dos partes (diferentes puntos de vista) para cada situación e intento tenerlas en cuenta.	1	2	3	4	5
22. Me describiría como una persona bastante sensible.	1	2	3	4	5
23. Cuando veo una buena película puedo ponerme en el lugar del/de la protagonista muy fácilmente.	1	2	3	4	5
24. Tiendo a perder el control frente a situaciones difíciles.	1	2	3	4	5
25. Cuando estoy disgustado con alguien, intento ponerme en su lugar por un momento.	1	2	3	4	5
26. Cuando estoy leyendo una historia interesante o una novela imagino cómo me sentiría si los acontecimientos de la historia me sucedieran a mí.	1	2	3	4	5
27. Cuando veo a alguien que necesita urgentemente ayuda en una emergencia no sé qué hacer.	1	2	3	4	5
28. Antes de criticar a alguien intento imaginar cómo me sentiría si estuviera en su lugar.	1	2	3	4	5



**Empatía positiva: Escala de Empatía Positiva (Dispositional Positive Empathy Scale)- Adaptación de Hess y Mesurado (2021)**

<b>¿En qué medida estás de acuerdo con estas afirmaciones?</b>	<b>Totalmente falso</b>	<b>Algo falso</b>	<b>Algo verdadero</b>	<b>Totalmente verdadero</b>
1. Me pongo feliz cuando veo a otro recibir un regalo.	1	2	3	4
2. Me pongo contento/a cuando veo a otros en situaciones felices en la televisión o en una película.	1	2	3	4
3. Me siento feliz por otros que reciben buenas noticias.	1	2	3	4
4. Me río cuando otros se ríen, incluso si no sé de qué se están riendo los demás.	1	2	3	4
5. Soy feliz cuando veo a otros tener éxito.	1	2	3	4
6. Me entusiasmo cuando otros a mí alrededor están entusiasmados.	1	2	3	4
7. Me siento feliz cuando otros a mí alrededor están sonriendo.	1	2	3	4

**Conducta prosocial: Escala de Conducta Prosocial hacia diferentes objetivos- Adaptación de Mesurado, Guerra, De Sanctis y Rodriguez (2019)- Mesurado y Richaud (2016)**

<b>¿Cuánto te describen las siguientes afirmaciones?</b>	<b>Nada parecido a mi</b>	<b>Un poco parecido a mi</b>	<b>Algo parecido a mi</b>	<b>Bastante parecido a mi</b>	<b>Muy parecido a mi</b>
1. Aunque no sea fácil para mí, ayudo a personas que no conozco	1	2	3	4	5
2. Realmente disfruto haciendo pequeños favores a la gente que no conozco	1	2	3	4	5
3. Me esfuerzo por levantar el ánimo a la gente que parece triste, aunque no las conozca	1	2	3	4	5
4. Ayudo de buena gana a mis vecinos	1	2	3	4	5
5. Ayudo a otras personas en distintas tareas (ej. en sus trabajos, problemas u otras actividades)	1	2	3	4	5

6. Participo como voluntario en grupos que ayudan a personas necesitadas (ej. darles comida o ropa, grupos de servicio u otros proyectos de voluntariado)	1	2	3	4	5
7. Me implico en actividades de servicio en mi trabajo, barrio, etc.	1	2	3	4	5
8. Me gusta ser amable con los demás, aunque no los conozca.	1	2	3	4	5
9. Cuido de otras personas, aunque no los/las conozca	1	2	3	4	5
10. Aunque no sea fácil para mí, ayudo a mis amigos	1	2	3	4	5
11. Realmente disfruto haciendo pequeños favores para mis amigos/as	1	2	3	4	5
12. Me esfuerzo por levantar el ánimo a mis amigos/as cuando parecen tristes	1	2	3	4	5
13. Ayudo de buena gana a mis amigos/as	1	2	3	4	5
14. Siempre escucho a mis amigos/as cuando me cuentan sus problemas.	1	2	3	4	5
15. Me gusta ser amable con mis amigos	1	2	3	4	5
16. Me encanta hacer feliz a mis amigos	1	2	3	4	5
17. Yo les digo a mis amigos/as lo mucho que significan para mí	1	2	3	4	5
18. Yo cuido a mis amigos/as	1	2	3	4	5
19. Ayudo a mi familia aunque no sea fácil para mí	1	2	3	4	5
20. Realmente disfruto haciendo pequeños favores a mi familia	1	2	3	4	5
21. Me esfuerzo por levantarle el ánimo a los miembros de mi familia cuando parecen tristes	1	2	3	4	5
22. Ayudo de buena gana a mi familia (con cosas de la casa o cuidando a mis hermanos, hijos, etc.)	1	2	3	4	5
23. Siempre escucho a los miembros de mi familia cuando me cuentan sus problemas	1	2	3	4	5
24. Me gusta ser amable con los miembros de mi familia	1	2	3	4	5
25. Me encanta hacer feliz a mi familia	1	2	3	4	5

26. Yo les digo a mi familia lo mucho que los quiero	1	2	3	4	5
--	---	---	---	---	---

27. Cuido a los miembros de mi familia	1	2	3	4	5
--	---	---	---	---	---